

R. H. DE IBARRETA

LA RELIGIÓN AL ALCANCE DE TODOS



COLECCIÓN JOYARIO

DERECHOS RESERVADOS - LEY 11.723 - COLECCIÓN JOYARIO
Queda hecho el depósito, que marca la Ley.
IMPRESO EN ARGENTINA

Indice

Prologo para la edición Digital.....	3
ADVERTENCIA.....	5
HABITANTES DE LA TIERRA.....	6
INTRODUCCIÓN.....	7
EL UNIVERSO LA TIERRA.....	9
LA LUNA.....	13
LOS PLANETAS.....	15
EL SOL Y LAS ESTRELLAS.....	19
EL UNIVERSO SEGÚN LAS ESCRITURAS.....	22
PRIMERA PARTE.....	22
SEGUNDA PARTE.....	26
LA BIBLIA Y LA IGLESIA.....	29
MILAGROS.....	31
MILAGROS ATRIBUIDOS A JESÚS.....	34
LA CONCEPCIÓN Y EL NACIMIENTO.....	37
LA RESURRECCIÓN.....	39
LA SANTA BIBLIA.....	46
PRIMERA PARTE.....	46
SEGUNDA PARTE.....	49
LA ASCENSIÓN.....	52
LA IGLESIA.....	54
PRIMERA PARTE.....	54
SEGUNDA PARTE.....	59
LA IGLESIA CATÓLICA ROMANA.....	62
PRIMERA PARTE.....	62
SEGUNDA PARTE.....	68
LA RELIGIÓN DE ROMA.....	70
CATÓLICOS Y PROTESTANTES.....	74
EL INFIERNO.....	79
PRIMERA PARTE.....	79
SEGUNDA PARTE.....	84
TERCERA PARTE.....	87
EL ÁRBOL DE LA CIENCIA DEL BIEN Y DEL MAL.....	91
LA VERDADERA DOCTRINA CRISTIANA.....	97
EL CIELO SEGÚN LA IGLESIA.....	102
EL DIOS VERDADERO Y EL FALSO.....	106
DIOS Y EL ALMA.....	111
PRIMERA PARTE.....	111
SEGUNDA PARTE.....	116

Prologo para la edición Digital

Uno de los primeros textos verdaderamente ateos españoles. Realmente tiene el sabor añejo de la obra de divulgación que ha quedado ligeramente anticuada pero cuyo autor merece respeto por la empresa que acometió. Librito didáctico del que Gonzalo Puentes Ojea habla en el prólogo libro de Fernando de Orbaneja "Lo que Oculta la Iglesia". Nos dice:

"En 1887, R.H. Ibarreta publica su libro "La religión al alcance de todos" del que se vendieron veintiuna ediciones en los primeros ocho años. Este éxito insólito no debe asombrar si se pondera en su justa medida el excepcional valor del saber, inteligencia, coraje y saludable anticlericalismo de su autor, al servicio de una empresa urgente en aquella España de la Restauración alfonsina, donde todavía la ignorancia, el fanatismo y; la intolerancia -vicios celosamente fomentados por la Iglesia-, dominaban las mentes. Pero incluso entre quienes se habían liberado del yugo, ningún intelectual o simplemente hombre letrado, se había tomado la molestia de analizar críticamente los orígenes del cristianismo y las coordenadas ideológicas del Nuevo Testamento en el marco general de la Biblia. Muchos españoles cultos e incultos, habían perdido ya la fe. Unos, guiados por su ilustración. Otros, por su buen sentido y mi propia experiencia personal. En 1978, Ediciones Júcar tuvo la feliz iniciativa de reeditar, tras quedar relegado al olvido, el libro de Ibarreta, pletórico de sutil acumen crítico e irónica candidez. En cualquier otro país, de talante más libre y mente más despierta, el ensayo de Ibarreta se habría convertido en el omnipresente contracatecismo que hubiera alimentado la reflexión de los españoles dispuestos a pensar por su cuenta y sacudirse las orejas con las que la Iglesia y sus secuaces ciñen los oídos y los ojos de nuestros conciudadanos desde su más tierna infancia. Pero no en vano la Iglesia ha luchado siempre encarnizadamente por potenciar todos los resortes de la ignorancia. Modestamente, y con indudable sentido del humor, nuestro autor ofrecía su libro "A los habitantes de las aldeas", sin imaginar que la actual sociedad cosmopolita esa "aldea global" de la que hablan los agentes mediáticos siguiendo a McLuhan continua siendo, muy especialmente en los países hispánicos, una sociedad de aldeanos ignorantes y fanáticos consumidores de ancestrales leyendas y mitos religiosos. Aún con las limitaciones que imponían los conocimientos de su tiempo, Ibarreta nos ha legado análisis valiosísimos, y supo anticiparse, en la formulación de tesis nodales y perspectivas decisivas para la crítica bíblica, a lo que más tarde presentarían y elaborarían Wellhausen, Gunkel, Lietzmann, Weiss, Wrede, Schweitzer, Bousset, Loisy, Bultmann, Brandon, Maccoby y tantos otros. Su estilo claro y sencillo, acorde con un buen sentido admirable y siempre convincente, hace de su ensayo un logro excepcional. Los administradores de los misterios de Dios -por emplear la impagable e inquietante expresión paulina, en 1 Cor 4.1- suelen adoptar ante los Ibarreta una de estas dos actitudes: o bien silenciar vergonzantemente sus argumentos formalmente sencillos pero de evidencia cristalina, o bien alzar afectadamente la cerviz, y zambullirse seguidamente en las aguas turbias de pseudociencia de sus elucubraciones teológicas, saturadas de falsas premisas, delirantes paralogismos, peticiones de principio y pedantería exegética.

Estos administradores de profesión apuntan despectivamente con el dedo a los Ibarreta, y a quienes somos de su misma raza, como mentes alicortas e incapaces de elevarse a la

sublime contemplación de los misterios, para la que se exige el "sacrificium intellectus". Al parecer, ellos han decidido que el nivel más alto de la inteligencia humana no es el de la razón en cuanto instancia preferente y rectora de criterios que deben gobernar la facultad de juzgar sobre sucesos registrados en documentos sospechosos de falsedad y sobre doctrinas reveladas en escrituras supuestamente inspiradas por seres invisibles. Envueltos en las brumas del misterio, esos administradores despojan al ser humano del mayor atributo de su propia dignidad.

A riesgo de alargar este prólogo, deseo apuntar para el lector algunas intuiciones luminosas sobre ciertos elementos de la fe cristiana. Ibarreta escribe, con lógica impecable, que "un milagro es una alteración de las leyes de la naturaleza, cosa que no es posible producir a ningún hombre". Siendo esto así, "se nos dice que Dios lo hace con objeto de convencer a los hombres de algo en que, sin esto, no creerían; pero lo natural parece que, ya que Dios apela a medios prodigiosos y sobrenaturales, y si es todopoderoso y desea de buena fe persuadir a los hombres de alguna cosa, sería que lo hiciese sin necesidad de milagro intermedio; por ejemplo, en lugar de hacer el milagro de que viese el ciego, hiciera el que todos creyeran sin necesidad de él y por el simple efecto de su voluntad omnipotente". Ya sabemos que ante esta aporía lógica la Iglesia saca siempre a relucir su arbitraria y acomodaticia idea de la "economía" de la salvación, que bien podría calificarse como una risible falacia de la necesidad de lo contingente. Como ya mostrara Ludwig Feuerbach, los atributos antrópicos asignados a Dios por la teología se tornan automáticamente contradictorios desde el instante en que le son imputados en bloque a un ser infinito y perfecto. Descendiendo al plano de lo concreto, advierte Ibarreta que "en vano los compositores de los Evangelios nos cuentan prodigios más o menos ridículos y siempre inútiles. Mentira engendra mentira, acabando por enredar al embustero en sus propias redes...."

Al elaborar esta edición digital utilizando una imprenta en el año 1958 en Buenos Aires, quiero resaltar una vez más la fecha en que se publicó este libro por primera vez, año 1887, y el ambiente español en aquella época, carente de cualquier crítica seria a la religión.

Es cierto que Ibarreta se nos presenta en esta obra como deísta al decir en la página 6 "*Dios misericordioso no nos ha hecho para quemarnos*" o como dice en la 9 "*sino que Dios nos concedió la razón, y la razón nos muestra que todo lo que decimos tiene que ser verdad*". Pero no sabremos nunca, después de este demoledor ataque a la Biblia y a la religión cristiana, si su deísmo es real o solo fruto de la retórica. Quizás simplemente trató de evitar un último enfrentamiento con la conciencia de los fieles a los que iba dirigido este escrito.

Un clásico en su tema que no debe faltar en ninguna biblioteca atea.

Eliseo R. Pérez

ADVERTENCIA

Ni somos literatos, ni hacemos del escribir un negocio. La vista del fanatismo que, apoyado en la ignorancia, impera por completo en nuestros campos y pequeñas poblaciones, aun entre clases que se dicen educadas, es la que nos ha inspirado estas páginas.

El atraso en que España se halla en materias religiosas es tal, que personas que comparten nuestras opiniones sobre este particular, se asustan ante la idea de que ayudemos a abrir los ojos a nuestro engañado pueblo. ¡Hasta este punto está viciada la atmósfera de nuestra patria por el humo de los incensarios! unos nos preguntan si, enseñándoles la verdad» serán los hombres más felices. Desde luego afirmamos que serán menos infelices cuanto menos causas de infidelidad tengan, y el imaginario infierno de la Iglesia, por mal nombre llamada cristiana, es una de ellas. Otros nos arguyen que, si destruimos la Iglesia la sociedad va a desquiciarse. ¿Desde cuando, replicaremos nosotros, los principios inmutables de la moral y la justicia son propiedad exclusiva de la Religión de Roma, ni de ninguna otra? A los que esto nos digan, contestaremos con las' propias palabras de Jesucristo: "No he venido para destruir la ley, sino para que se cumpla" (San Mateo, Cap. V, vers. 17). Sí, nosotros venimos igualmente a que se cumplan los mandamientos de Cristo. Con ellos encabezamos y ponemos fin a esta obra. Lejos de quererlos destruir, nuestro único objeto es el que todos los conozcan: grabarlos, si posible fuese, en el corazón de todos nuestros semejantes.

No falta quien nos aconseja, diciéndonos que lo único que ganaremos será el odio de los sacerdotes de ese fariseísmo que, disfrazado de religión, tanto se practica en nuestro país, quienes tratarán de hacernos todo el daño posible, pintándonos como un aborto del infierno, capaz de todos los crímenes. Mientras a nuestras razones no opongan los ministros de la Iglesia otros argumentos que esos, nos concretaremos a decir que jamás hemos visto un pilla a quien la policía no le pareciese muy mala.

Pocos españoles han vivido por muchos años en países extranjeros, como a nosotros nos ha sucedido; pocos pueden comprender la vergüenza, el dolor con que hemos visto tratar del atraso, de la barbarie de nuestra patria en cuestiones religiosas. ¡Cuántas veces hemos mentido, sosteniendo no ser cierto lo que demasiado sabíamos que lo era; lo que hoy, que estamos en familia, consideramos un deber el atacar!

Además, la superstición no produce solamente el atraso intelectual y moral, sino también el material. Sin el fanatismo religioso que todavía nos domina, la segunda guerra carlista no habría sido posible. España no habría visto a sus hijos exterminarse por millares en una lucha continua de tres años, durante los cuales han sido azotados distritos enteros: lucha que en cualquier momento puede renovarse, porque mientras la causa exista, la paz no es paz, es una tregua. El día que, despertando España a la verdad, se vea libre para siempre de la pesadilla de la Iglesia romana, los millones que anualmente sirven para mantener a sus inútiles maestros se emplearán en practicar la verdadera religión, en hacer obras de caridad, socorriendo las necesidades de nuestros pueblos.

Si fuéramos a extendemos todo lo que el asunto requiere, no sólo excederíamos los límites de un prólogo, sino que éste resultaría mayor que la obra misma. Con b dicho basta, pues, para comprender hasta qué punto influye la superstición en el atraso moral y material de nuestro país.

Españoles somos y el colmo de nuestros deseos sería ver nuestra querida patria libre para siempre del fanatismo, que es una de las causas principales de su atraso. Si a este resultado logramos contribuir en algo con nuestra insignificancia, nos daremos por suficientemente recompensados por este pequeño trabajo.

HABITANTES DE LA TIERRA

Hoy, al fin, se permite en España lo mismo que hace ya muchos años se permite en otros países; el que sepáis la verdad. Aquí la veréis en este libro. Vuestros curas comprenderán que, si leéis, vais a descubrir las mentiras con que os tienen engañados, y os lo prohibirán, amenazándoos con el infierno. No tengáis miedo. Ni hay infierno, ni hay purgatorio. Leed este libro y quedaréis convencidos. Nosotros, que no ganamos nada en engañaros, como ganan ellos, os lo aseguramos.

Guardad este libro; leedle con cuidado hasta que lo comprendáis bien; leedle cien veces, si es preciso; leedle los domingos a vuestras mujeres, a vuestros hijos, a vuestros compañeros que no sepan leer. Dios misericordioso no nos ha hecho para quemarnos, del mismo modo que vosotros no sembráis el trigo para quemar después las espigas.

Advertid, sin embargo, que si hoy se permite informaros de que no hay infierno y de que nada os pasará ni en este mundo ni en el otro aunque no vayáis más a misa, no confeséis, ni comulgéis, ni os entierren en cementerio alguno, en cambio las leyes no dejarán en adelante escapar a ningún culpable.

El que no quiera ingresar en la cárcel, o el presidio, o subir a la horca, que cumpla los mandamientos que Jesucristo nos dio, y que son éstos: No mates. No robes. No adulteres. No digas falsos testimonios. Honra a tu padre y a tu madre, y ama a tu prójimo como a ti mismo.

INTRODUCCIÓN

Pretensión de los sacerdotes de las Iglesias cristianas. — Cómo y por qué se implantó el cristianismo en España. — La unión de la Iglesia y el Estado. — Los diezmos. — Triunfo parcial de la razón sobre el fanatismo.— Por qué no puede ser total. — Otras religiones. — Objeto de esta obra.

La Iglesia católica apostólica romana, como la católica apostólica griega, como la católica apostólica episcopal, como las católicas apostólicas protestantes, porque todas ellas se llaman a sí mismas católicas y apostólicas, sostienen que la religión cristiana es la única verdadera. ¿Por qué ha de ser cierto lo que ellas dicen? Porque las Iglesias cristianas afirman que su religión tiene por base un libro dictado por Dios, por cuya razón le llaman las Sagradas Escrituras, o sea la Biblia.

-¿Y quién nos garantiza que lo que dicen esas Iglesias es cierto?

-Sus propios ministros.

-¿Y tienen ellos algún interés en engañarnos? Tanto, que si los cristianos llegasen a comprender que la Biblia no está escrita por Dios, la mayor parte de esos sacerdotes se moriría de hambre si no se dedicaba a trabajar en otra cosa.

Y si las Sagradas Escrituras no son divinas, ¿cómo se explica el que los gobernantes, que deben ser personas entendidas, hayan permitido este engaño durante tantos siglos? Os lo explicaremos en las menos palabras posibles. La religión cristiana no ha sido siempre la de los españoles; durante miles de años tuvieron religiones muy diferentes. La que tenían antes del cristianismo se había puesto muy vieja, es decir, después de durar muchos siglos, todos fueron poco a poco comprendiendo que no podía ser la verdadera, a pesar de que también aquella religión había hecho y hacía milagros. Los Gobiernos de aquellos tiempos, que se habían valido de los sacerdotes de la religión vieja para mandar, se encontraron sin aquel apoyo, y después de examinar varias religiones adoptaron la cristiana, la cual, de la manera que entonces se practicaba, era muy superior a la religión antigua; pero, a pesar de la superioridad evidente de la religión cristiana, no era posible convencer al pueblo de que fuese más verdadera que la vieja.

-Pero, ¿qué necesidad tenía el Estado de la Iglesia para gobernar?

-Tenía mucha necesidad, porque en aquellos tiempos no había ejército permanente para conservar el orden dentro de España, y como el gobierno cometía todo género de abusos, se valía de los curas para contener a los pueblos, engañándolos.

-¿Y por qué no se sostenía un ejército permanente?

-Porque entonces España era mucho, muchísimo más pobre que ahora, y estaba muy mal organizada la administración; de suerte que no había dinero para pagar soldados más que en tiempo de guerra.

-Pues, ¿qué, ¿no tenía que pagar a los curas?

-No. Entonces los curas no cobraban sueldo del gobierno, sino que tenían lo que se llamaba diezmo, es decir, que todos estaban obligados a entregar a la Iglesia la décima parte de lo que recogían, fuese trigo, fuese lo que quisiera; y el que no lo hacía era excomulgado y se le echaba a la cárcel, y se le confiscaban todos sus bienes.

-¿Y por qué no se pagan ahora los diezmos?

-Como os hemos dicho, los gobernantes que implantaron la religión cristiana tuvieron que fingir creer en ella para convencer al pueblo, y, al efecto, cada vez que se fabricaba algún gran milagro se organizaban procesiones magníficas, a las que concurrían no

sólo un sinnúmero de Curas y muchos obispos, sino todos los jefes del gobierno, todos los altos dignatarios, toda la nobleza, que en aquellos tiempos era muy poderosa, todo, en fía, lo principal de la nación, y se prosternaban de rodillas ante algún pedazo de hueso, o alguna virgen que aseguraban había caído del cielo.

-Y si esto es así, ¿por qué los gobiernos no suprimen todos los curas?

-Porque vosotros no los dejáis.

-¿Cómo que nosotros no los dejamos?

-Porque los curas son muchos miles: no hay aldea en que no haya alguno, y los campesinos creen cuanto ellos les dicen. ¿Lo dijo el señor cura? Pues debe ser así, y es necesario obedecer. Si mañana el Gobierno suspende la paga a los curas, os encontraréis que no hay quien os diga misa, ni quien os confiese cuando muráis, ni haga todas esas mil fórmulas que, desde que tenéis uso de la razón, habéis visto practicar a todos, empezando por vuestros padres, como la única manera de adorar a Dios y de ir al cielo. ¿Creéis que entonces costaría gran trabajo a los curas sublevar a los pueblos de los campos? Pues sencillamente en que los curas de las Provincias Vascongadas y Navarra y parte de Aragón y Cataluña, hicieron tomar las armas a todos los habitantes, asegurándoles que la causa de Carlos VII era la causa de Dios.

-¡Toma, toma! Pues ahora comprendemos, por qué los curas de nuestro pueblo tienen todos el retrato de Don Carlos y el de una doña Margarita, que dicen es su mujer.

-Precisamente. Y por ese enorme poder que todavía conservan sobre vosotros los pobres por efecto de vuestra ignorancia, es por lo que los gobernantes, por más que algunos lo deseen, no se atreven a tocar a los curas, esperando que con el tiempo vosotros iréis aprendiendo y descubriendo cuan engañados estáis.

-¿Y hay otras religiones además de la cristiana?

-Sí; hay muchas.

-¿Y son muy malos los hombres de las otras religiones?

-No son mejores ni peores que vosotros.

-¿Y tienen esos hombres Escrituras Sagradas?

-Sí; los que creen en esas religiones tienen también libros que sus sacerdotes dicen fueron escritos por Dios, y que son completamente distintos de nuestras Sagradas Escrituras.

-¿De suerte que a los que nacen en aquellos países les es imposible creer que la religión cristiana es la verdadera? —Completamente imposible, que es lo mismo que a vosotros os sucede respecto a sus religiones/.

-Y son muchos los que creen en esas religiones?

-Más del doble que todos los cristianos, católicos, romanos, griegos y protestantes reunidos.

-¿Y son sus religiones tan antiguas como la nuestra?

-Sus religiones existen desde miles de años antes que la vuestra. Pero, en fin —nos diréis— si los cristianos no os pueden probar que sus Sagradas Escrituras son más divinas que las de esas religiones, vosotros tampoco podréis probar que no lo son.

-Si presentándoos los Vedas, que son las Sagradas Escrituras de la religión de Brahma, os mostramos que su Dios se contradice, no creeréis en él; si presentándoos el *Coran*, que son las Sagradas Escrituras de los mahometanos, os mostramos que su Dios miente, no creeréis en él. Pues bien, si presentándoos la Biblia, que son las Sagradas Escrituras de los cristianos, os mostramos de la manera más palpable que su Dios se contradice y miente, cendréis que confesar que ese Dios es tan falso como cualquiera de los anteriores. Ésto es lo que os vamos a probar, no de una, sino de veinte maneras diferentes en esta pequeña obra.

EL UNIVERSO LA TIERRA

Formación de la tierra. — Origen del hombre. — Transformación de los animales. — La vida. — El instinto. — La razón, don divino. — Origen de la creencia en el infierno. — Forma de la Tierra. — El espacio sin fin. — La atracción de la Tierra. — La atmósfera y sus efectos. — Movimiento de la Tierra. — Los santos de la ciencia. — El último ¿por qué? — Las religiones. — Diferentes modos de contestar a él.

En el principio la Tierra estaba hecha ascuas, o incandescente; durante muchos millones de años todo estuvo derretido, todo hervía en nuestro mundo, lo mismo el hierro y los demás metales, como las rocas.

El agua que hoy forma nuestros mares estaba convertida en vapor como el agua de las calderas de una de nuestras locomotoras.

En el transcurso de millones de siglos el mundo fue enfriándose y se formó una costra sólida, cada vez más gruesa. Mientras esta costra fue muy delgada, los movimientos de las materias derretidas del interior la levantaban por unos lados y la hundían por otros; de aquí las desigualdades del terreno, de aquí las montañas y los valles. Por último, la costra fue bastante espesa para resistir las fuerzas interiores; su superficie se fue enfriando; el agua, que el calor tenía convertida en vapor en forma de nubes, fue condensándose y formando los mares. La Tierra poco a poco fue cubriéndose de plantas y animales, muchos de ellos muy diferentes de los que hoy existen, y de los cuales el más perfecto que conocemos es el hombre.

Se preguntará cómo es que sabemos todo esto. Lo sabemos porque Dios nos lo ha dicho; pero no nos lo ha dicho inspirándonos el Espíritu Santo; no nos lo ha dicho tomando figura humana y poniéndose a discutir con nosotros ni tampoco hemos oído ninguna voz que viniendo del cielo, nos informase de ello, sino que Dios nos concedió la razón, y la razón nos muestra que todo lo que decimos tiene que ser verdad.

Figurémonos, que, después de haber dormido profundamente despertamos y hallamos un día sereno y despejado. Salimos y encontramos el suelo seco, pero vemos las piedras lavadas y pequeños surcos, como de agua que ha corrido: esto nos hace suponer que ha llovido. Continuamos nuestro paseo, y al llegar al río hallamos árboles arrancados junto a sus orillas, así como tierras y plantas arrastradas. El cielo está despejado, nosotros no hemos oído llover, nosotros no hemos visto la crecida del río; pero la razón, la razón divina nos muestra que ha llovido, y que el río ha salido de madre. Pues bien; en nuestro mundo hay pruebas tan claras como esas. Sabemos que la tierra ha estado hecha ascuas, porque todavía está incandescente en su interior; y sabemos que esto es así, porque vemos salir por los volcanes, que se hallan en comunicación con el fuego central, las materias derretidas y correr como un río de fuego líquido por las faldas de los montes, y vemos que después que este río se enfría queda convertido en piedra, como las rocas que forman nuestras montañas.

Sabemos que la costra o cáscara de nuestro mundo no puede tener más de cien kilómetros de grueso, porque según bajamos en las minas sentimos más y más calor, y con el termómetro, que es un instrumento para medirle, podemos calcular que a veinte leguas de profundidad será tal el calor, que todo estará derretido. Sabemos que ha habido animales diferentes de los que hoy existen, porque hemos encontrado sus huesos. Sabemos que cuando la costra de nuestra tierra era más delgada y endeble, la fuerza de las materias y los gases interiores han causado terremotos espantosos, en los que países en-

teros, diez veces mayores de España, se hundieron, anegándolos el mar, y después que millones de años, nuevos movimientos los levantaron, derramando los mares sobre otros puntos; y sabemos esto, porque a muchos cientos de leguas de donde ahora está el mar, y hasta en las cumbres de altas montañas, encontramos conchas marinas y esqueletos de peces. Sabemos que nuestras minas de carbón de piedra son bosques inmensos en las terribles conmociones que entonces tenía la Tierra quedaron enterrados, y el calor los carbonizó, haciendo así la Naturaleza, en grande escala, lo que los carboneros hacen en pequeña. Si el carbón se ha convertido en piedra, es por efecto de los incalculables años que han pasado; y sabemos que son árboles quemados, porque en los pedazos de carbón vemos la forma de troncos y las vetas de la madera, lo mismo que lo vemos en el que hacemos nosotros. Sabemos que el hombre proviene de otros animales, porque éstos tienden a perfeccionarse, adaptándose así a las condiciones más a propósito para las necesidades de la vida; y sabemos que esto es así porque lo vemos, y aquí tenéis un ejemplo.

Hay en la América del Norte unas profundas y grandes cuevas en las que reina perpetuamente la obscuridad más completa. En aquellas cuevas hay lagunas, y en las lagunas peces, y los peces no tienen ojos. Coged algunos de ellos, ponédlos en un estanque cubierto de modo que penetre un poco la luz; dejad que críen, y aumentad algo la luz; y cuando vuelvan a criar, dad más luz, aumentándola así cada nueva cría hasta que, por fin, críen a la luz del sol. Mirad entonces vuestros peces, y encontraréis que tienen ojos como los demás.

Hay más. Os hemos dicho que la vida no se crea, sino que existe desde que el mundo existe, y esto es tan cierto que en vano trataréis de destruirla. La vida que anima al pollo, existía en el líquido del huevo. Cortadle la cabeza al pollo y tiradlo. Quince días después id a verle, y encontraréis, que el pollo no está como lo dejasteis: huele mal, tiene gusanos, se ha podrido, según decís vosotros. Pues, ¿sabéis lo que es la podredumbre? Es la vida. Matasteis el pollo, pero no macasteis su vida, la cual ha tomado la forma de esa podredumbre; porque si hubieseis matado su vida, el pollo habría continuado como estaba recién muerto. Tomáis al pollo y lo tiráis en el campo, y la planta de trigo absorbe su jugo, y la vida, que hizo del huevo un pollo, y del pollo abono, hace del abono trigo, y el trigo lo coméis en el pan, y continúa transformándose en otra cosa; y así sucesivamente.

Vosotros habréis oído hablar, y acaso habréis visto, una casta de palomas que se llaman mensajeras. Coged una de ellas, tomad el ferrocarril y alejaos de vuestro pueblo, salid fuera de la provincia, fuera de España, llevadla a cien leguas, y soltadla allí. La paloma se eleva a cuarenta o cincuenta varas, vuela en redondo dos o tres veces y de pronto, como si hubiese visto su palomar, parte como una flecha, y desanda las cien leguas en algunas horas, dejando atrás todos los trenes de ferrocarril y presentándose en su casa. La paloma no ha podido ver el palomar a esa inmensa distancia, ni es posible, pues siendo la tierra redonda, como ya veremos, esta forma ocultaría el palomar a sus ojos; luego no es la vista, no es el olfato, porque no se huele a los quinientos cincuenta kilómetros que la paloma se halla de su casa; no es ninguno de los cinco sentidos que tenemos nosotros. ¿Qué sentido puede guiarla? Se ignora, porque para que nosotros supiésemos en qué consiste ese sentido, sería necesario que nosotros lo tuviéramos. Ese es el mismo sentido que hace que la abeja vuelva a su colmena y el perro a su casa. Los hombres, que somos muy vanidosos, no hemos querido reconocer esa superioridad de los animales en muchas cosas; y esos prodigios que ellos hacen y de los que nosotros somos incapaces, los calificamos no de sentido superior al nuestro, sino de instinto. Esto y mil cosas que sería largo de explicamos, las sabemos porque Dios nos lo ha enseñado dotándonos de razón y de inteligencia.

Como antiguamente las ciencias estaban muy atrasadas, los hombres ignoraban cómo se había formado el mundo y, por consiguiente, no sabiendo cómo explicar el fuego que salía de los volcanes, se imaginaron que aquéllos debían ser las entradas de alguna cueva terrible. De aquí el que los sacerdotes, no de la religión cristiana, porque entonces no había religión cristiana, sino de otras religiones, dijese que debajo de tierra había unos antros espantosos, en donde eran atormentados los que no les obedecían, asegurando que ellos tenían poder para entrar en ellos "y salir sin que les sucediese nada; y los pueblos lo creían, y temblaban cuando los sacerdotes les referían los tormentos que ellos habían visto dar a los que condenaban. De aquí los ministros de la religión cristiana sacaron la fábula del infierno.

II

Nuestra Tierra no es plana, como parece a la vista, sino redonda. Las montañas, que a nosotros nos parecen tan altas, no valen nada comparadas con el tamaño del mundo. Tomad una naranja de cáscara áspera y veréis en ella una porción de verruguitas o pequeñas protuberancias, lo cual no impide que la naranja sea redonda. Pues menos, mucha menos importancia que esas ligeras asperezas tienen para alterar la forma de la naranja, tienen nuestras más altas montañas para alterar la forma redonda de nuestra Tierra; del mismo modo que ella, son redondos todos los astros, el Sol, la Luna y las estrellas.

El cielo no es una bóveda sólida de cristal azul, del otro lado de la cual están los dioses Padre, Hijo y Espíritu Santo, acompañados de la Virgen y de los Santos; esto es como la creencia de los conejos, que se imaginaban que el cielo era un monte y que los ángeles servían para no dejar entrar a los cazadores; lo que a la vista parece bóveda azul, es ese mismo espacio sin fin por el que nuestro mundo vuela; en el espacio, o sea el vacío, no hay aire; pero el globo de nuestra Tierra, así como otras tierras que hay en el Universo, está rodeado de lo que llamamos atmósfera, sin la cual no podríamos respirar y, por lo tanto, moriríamos. La atmósfera, o sea el aire, es transparente, de lo contrario, ni nos veríamos unos a otros, no veríamos el sol, ni nada; la atmósfera siempre tiene humedad bajo la forma de partículas infinitamente pequeñas y, por lo tanto, invisibles. La luz reflejando en esa humedad y en el polvo que flota en ella, produce el color azul que vemos. Cuando la humedad ya es mucha, pierde la transparencia y el azul, poniéndose blanca o rosada, según el modo como recibe la luz del sol; a esa humedad condensada es a la que llamamos las nubes; por último, cuando las nubes se cargan excesivamente de humedad, la atracción de la tierra las hace caer, entonces, decimos que llueve. Si &1 llover da la casualidad de que brille el sol, entonces ya no vemos ni el color azul del cielo claro, ni el de las nubes, sino muchos colores; esto es lo que llamamos el arco iris.

Siendo la Tierra redonda, claro es que el Sol no puede alumbrarla toda a un tiempo, del mismo modo que nosotros no podemos nunca ver de una vez una bola entera, sino la mitad. El Sol, pues, no da luz más que a la mitad de la Tierra que mira hacia él; y si ésta estuviese inmóvil, sería siempre día en unos países y noche en otros. Pero como el mundo gira una vez cada, veinticuatro horas, va presentando, durante este tiempo, toda su superficie al Sol; de suerte que, mientras amanece en un lado, anochece en otro, y cuando son las doce del día para nosotros, son las doce de la noche para los que están justamente al otro lado de la Tierra. Las diversas posiciones que toma el mundo al girar alrededor del Sol son las que producen las estaciones. Si quisiéramos atravesar la Tierra con un pozo que, pasando por el centro del globo, fuese a salir al lado ¡puesto, o ensar-

tarla de parte a parte con un estoque, necesitaríamos hacer un pozo o conseguir un estoque de 12.733 kilómetros, o sea de 2J.300 leguas españolas, que es el largo que habría de tener un eje que quisiéramos ponerle a nuestro mundo.

III

La Tierra gira, es cierto, es indudable; pero ¿por qué? El Sol nos calienta y nos alumbra, no cabe duda; pero ¿por qué? Y así, en todas las cosas llegamos a un último ¿por qué? que ni vosotros, ni nosotros, ni todos los hombres que han existido, existen y existirán, podrán nunca contestar, porque esa causa primera, de la que sólo podemos conocer los efectos, o sea los resultados, esa causa es Dios. Pero no creáis que Dios se alegra o se incomoda; Dios no puede mentir, confiesa la imposibilidad completa en que se hallan los hombres para poder nunca comprender lo que es Dios; pero si la ciencia nos dice esto lealmente, en cambio nos demuestra de la manera más clara que Dios ni es ni puede ser nada de lo que las religiones de los hombres dicen que es, sea la religión cristiana, sea cualquier otra. Para el animal racional de este mundo que llamamos el hombre. Dios no es ni puede ser otra cosa que *las leyes inmutables de la naturaleza*; y ya comprenderéis que eso no puede tener cuerpo de ninguna clase, lo mismo que no puede tener cuerpo la idea de que dos y dos son cuatro, lo que no impide que la idea exista y que sea una verdad de la que no podéis dudar., Para poder comprender qué cosa es Dios, es necesario ser Dios.

Esto es todo cuanto los hombres, por más sabios que sean, pueden contestarnos; pero en cambio hay otros hombres de mala fe que, aunque saben todo cuanto sabemos nosotros, se han valido y se valen de esa pregunta que vosotros y todos se han hecho y hacen, de *¿qué cosa es Dios?* para explicárselo a su modo, diciendo que ellos saben lo que es, que Dios mismo se lo ha dicho, engañando así a los otros hombres para dominarlos y vivir a costa de ellos. En unos países Dios se llama de un modo, en otros de otro; en unos se explica de una manera, en otros de otra; estos diferentes nombres, estas diferentes explicaciones» son lo que llamamos religiones. En España, la explicación es por el método católico romano, y por eso decimos que la religión de los españoles es la católica romana.

LA LUNA

Lo que es la Luna. — El telescopio. — La luz de la Luna. — Tamaño y movimiento de la Luna. - Los cuartos de la Luna. - La luz de la Tierra. — Los eclipses. — Seguridad de la Luna. — Para qué creerán sus habitantes que ha sido hecha la Tierra

La Tierra, o el mundo que habitamos, no es el único que hay en el Universo. Muy cerca de nosotros tenemos uno, al que hemos puesto el nombre de Luna.

La Luna es una tierra como la nuestra. Con los grandes catalejos, llamados telescopios, que se usan para mirar a los astros, vemos sus montañas y sus valles. El tamaño de que se ve la Luna con esos telescopios es dos mil veces mayor que a simple vista, es decir, que si según la vemos, necesitaríamos para atravesarla un eje de un palmo para hacer lo mismo con la Luna vista por el telescopio, sería preciso un eje de dos mil palmos. La distancia que nos separa de la Luna es de 384.000 kilómetros, lo cual no es nada comparado a las distancias que nos separan de otras tierras. Antiguamente creían los hombres que la Luna era luminosa, como lo es el Sol, y que la luz crecía y menguaba con objeto de que nosotros pudiésemos medir el tiempo, sirviéndonos de reloj; el Espíritu Santo mismo era de esa opinión, según consta en la Biblia; pero ha resultado que los antiguos, incluso el 'Espíritu Santo, estaban equivocados.

La Luna es cuarenta y nueve veces más pequeña que la Tierra, y gira alrededor de nosotros precisamente lo mismo que hacemos nosotros alrededor del Sol; pero tiene una particularidad muy noble y es que, en lugar de dar muchas vueltas sobre sí misma mientras da una vuelta alrededor de nosotros (como hace nuestra Tierra girando 565 veces mientras gira una vez alrededor del Sol); tarda el mismo tiempo en girar alrededor de nosotros que en dar vuelta sobre sí misma, es decir, veintinueve días y medio en su movimiento de rotación y veintinueve días y medio en su movimiento de traslación, de lo que resulta que siempre tiene el mismo lado vuelto hacia nosotros. Esto equivale a colocarnos en medio de un cuarto y que una persona girase a nuestro alrededor conservando siempre la cara hacia nosotros y la espalda contra la pared, que es justamente lo que hace la Luna con la Tierra; de suerte que nadie ha visto ni verá jamás lo que hay del otro lado de nuestra vecina. La Luna tiene un movimiento más que tenemos nosotros, porque, además de girar sobre sí misma y alrededor de la Tierra, como la llevamos siempre en nuestra compañía, tiene que dar la misma vuelta que cada año damos nosotros alrededor del Sol.

Nuestra Tierra es una luna para los habitantes de la Luna, teniendo ellos la ventaja de que como nosotros somos mayores que ellos, les alumbramos con una luz tan fuerte como la que harían tres lunas y media. Naturalmente, cuando para nosotros es Luna llena nuestra Tierra es Luna nueva para los habitantes de ella. En cambio, cuando para nosotros es Luna nueva, a ellos les toca estar entre la Tierra y el Sol, y nuestro mundo es una magnífica luna para ellos. La luz que le reflejamos es tal, que daremos de ello un ejemplo conocido de todos. Cuando la Luna nueva tiene dos o tres días, no sólo vemos la parte iluminada por el Sol, sino la oscura también, distinguiendo la Luna entera. Esto proviene de que, siendo la Tierra, como hemos dicho, Luna llena para la Luna, cuando ella es nueva para nosotros, la luz que reflejamos es tan fuerte, que iluminamos la parte oscura de la Luna lo suficiente para distinguirla desde aquí; en una palabra, lo que nos hace ver toda la Luna es lo que sus habitantes deberán llamar la luz de la Tierra.

Cuando algunas veces, al pasar la Luna entre el Sol y nosotros, quedamos los tres en

línea recta, pasando ella precisamente por delante del Sol, nos lo tapa y decimos que hay eclipse de Sol. Esto no quiere decir que la Luna sean tan grande como el Sol; éste es muchísimo mayor que aquélla; pero como la Luna está cuatrocientas veces más cerca, le tapa, como nosotros tapamos una casa poniendo la mano a una, corta distancia de los ojos. Cuando, por el contrario, les tapamos nosotros el Sol a ellos, decimos que hay eclipse de Luna, y ellos dirán que hay eclipse de Sol. Las manchas que vemos en la Luna provienen principalmente de las diferencias del terreno, y son las sombras que estas producen. Sus montañas han sido medidas con tanta o más exactitud que las de nuestro mundo.

Para concluir con nuestra Luna, haremos notar que el Espíritu Santo dice en las Sagradas Escrituras que la Luna fue hecha simplemente para alumbrarnos por la noche. Si los habitantes de la Luna llegan a saber que hemos convertido a su mundo en un farol, quedarán profundamente indignados porque seguros estamos de que si como es dado suponer, también en la Luna hay algún Espíritu Santo, no habrá dejado de informarles de que nuestra Tierra es luminosa y gira alrededor de ellos con el objeto de alumbrarles; todo lo cual pueden creer con mucho más motivo que nosotros, pues ya hemos dicho que nuestra Tierra es para ellos una' magnífica luna, alumbrándoles con una luz tres veces y media más fuerte que la que nosotros recibimos de ellos. Esto sin contar con que, no teniendo allá nubes, no se les puede nublar su luna.

LOS PLANETAS

Los mundos compañeros del nuestro. — Los nombres que les hemos puesto. — El viaje al Sol. — Visita a los planetas. — El mundo Mercurio. Nuestra vecina la tierra Venus. — Sus montañas y sus nubes. — La Tierra vista desde el espacio. — Los Estados Unidos. — La religión de la caridad. — El Asia. — Europa. — España. — Los pequeños mundos. — El mundo Júpiter. — Su enorme tamaño y sus lunas. — Saturno y su anillo. Creencia probable de sus habitantes de que el cielo es el anillo. — Neptuno y los años que viven sus pobladores.

¿Qué es un planeta? Un planeta es una tierra o mundo como el que habitamos; por consiguiente, nosotros vivimos en un planeta al que llamamos la Tierra, el mundo, el globo terráqueo o el mundo, sencilla mente. De éstos hay varios alrededor de nuestro Sol, y vosotros, sin saberlo, veis en noches claras esos mundos que confundís con las estrellas, porque brillan, al parecer, del mismo modo. Pero sí los planetas brillan, no es porque sean soles, como lo son las estrellas, sino porque reflejan la luz del Sol, del mismo modo que ya hemos visto lo hace la Luna, Si nosotros nos colocásemos en alguno de esos planetas, veríamos brillar la Tierra como una estrella. Para los habitantes de esos mundos, nosotros estamos en el Cielo, así como ellos nos parecen a nosotros que están en él.

Estos planetas o tierras giran sobre sí mismos y alrededor del Sol lo mismo que nosotros lo hacemos, con la única diferencia de que unos giran sobre sí mismos más de prisa que otros, produciendo así sobre cada uno de ellos días más cortos o más largos. Igualmente los que están más apartados del Sol tardan más tiempo en dar la vuelta alrededor de él, produciendo años más largos, pues como sabemos, un año no es más que el tiempo empleado en dar vuelta alrededor del Sol.

He aquí los nombres de los ocho grandes planetas o mundos que, como nosotros, giran alrededor del Sol, empezando por el que está más cerca de éste; Mercurio, Venus, Tierra (el planeta o mundo en que vivimos). Marte, Júpiter, Saturno, Urano, Neptuno. Además, hay entre Marte y Júpiter, 172 pequeños mundos.

¿Queréis que hagamos un viaje para conocer estos planetas compañeros y vecinos nuestros? ¿Sí? Pues vamos al Sol, para empezar desde él nuestra excursión; nosotros os pagaremos el viaje.

Nos instalamos con toda comodidad en un coche salón, y pasamos el rato conversando. Después de escucharos hablar cuatro horas seguidas acerca del aspecto, del campo, de la cosecha y de la venta de trigo y cebada que pensáis efectuar el próximo sábado, que es el día del mercado en el pueblo en que ambos residimos, aprovechamos la oportunidad de oíros hablar con entusiasmo de un negocio cuyo resultado tocaréis cuarenta años más adelante, para haceros notar que, aunque vuestra razón debe mostraros que para esa época habréis muerto. Eso en nada os priva de sentir el mayor placer en vuestro proyecto, y al efecto os explicamos cómo en el hombre hay dos existencias distintas. La existencia natural, que consiste en comer, beber, etc., y la existencia mental, que nos hace vivir fuera del mundo sensible, transportándonos al mundo de las ideas; resultando de todo esto que como-siempre que no dormimos pensamos en algo, vivimos real y verdaderamente de las ilusiones que se forja nuestra imaginación. Esta tendencia a gozar con las ideas es la que hace que los hombres de noventa años y de más tomen en sus negocios tanto interés como cuando tenían treinta, pareciendo lo natural que, viéndose tan

cerca de la muerte les fuese todo indiferente.

Como probablemente habrías calculado que el viaje iba a ser UE poco más corto, desistiréis de vuestra excursión y preguntáis por el próximo cruce para tomar el tren de vuelta; pero, desgraciadamente, el ferrocarril del Sol está organizado de distinta manera que los de nuestro planeta, y resulta que, a pesar de ser tan largo el viaje, no hay estación alguna en todo el camino, ni más vía que una; de suerte que no queda más remedio que continuar. Esto nos explica la tristeza de los viajeros, porque ni volverán a poner sus pies en la Tierra, ni llegarán jamás al Sol, muriendo en el camino, no sólo ellos, sino sus hijos y sus nietos; en una palabra: los únicos que tendrán probabilidades de llegar vivos al Sol serán los bisnietos de los bisnietos de los que van en el tren y que deberán nacer doscientos y pico de años más adelante. De esto a estar de vuelta para el mercado del sábado hay alguna diferencia, porque entre ir y volver se pasarán unos quinientos sesenta y pico de años.

Acudamos nuevamente a nuestra inventiva, suponiendo que un alambre nos une con el Sol, y que, por un sistema desconocido, no sólo se pueden mandar despachos telegráficos, sino hasta objetos y, por lo tanto, personas. Figurémonos que cuelgan una caja en aquel alambre, que entremos en ella, que la cerramos, que partimos con la rapidez de la electricidad, y a los ocho minutos y medio llegamos al Sol, apeándonos en él sin que el calor tremendo de aquel homo de millones de leguas nos haga ningún efecto.

III

Henos aquí en el Sol; allí nos espera un amigo nuestro, el mejor y el único que tenemos, el mismo que nosotros queremos sea también amigo de vosotros todos, y cuyo nombre os diremos más adelante. Este amigo nos hace entrar en una máquina, con la que podemos recorrer el Universo en todas direcciones con la rapidez de la electricidad o con el paso de tortuga de nuestros ferrocarriles.

Salimos, pues, del Sol, y el primer planeta o mundo que encontramos es Mercurio, que es el más cercano a él; tanto, que si uno de nosotros fuese puesto allí, quedaría asado como un pavo queda asado en un homo. A sus habitantes les parecerá, sin embargo, que no hace bastante calor en el invierno, porque también ellos tienen invierno. Aunque están tan cerca del Sol, no le tocan con la mano, porque se hallan apartados de él cincuenta y siete millones (57.000.000) de kilómetros, o sea ciento cincuenta veces la distancia que hay entre la Tierra y la Luna. Mercurio es dieciocho veces más pequeño que nuestro mundo; pero por lo demás, tiene mares y tierra firme, montañas, atmósfera, nubes, iodo, en fin, igual a nosotros.

Pasemos al que sigue. Venus, que se halla a ciento siete millones (107.000.000) de kilómetros del Sol, y que después de la Luna es el planeta más cercano a nosotros, no estando separados de él más que por cuarenta millones de kilómetros. De todos los mundos que conocemos éste es el más parecido al nuestro; es, poco más o menos, del mismo tamaño, y gira sobre sí mismo en igual tiempo que nosotros; pero como está más cerca del Sol tarda sólo doscientos veinticuatro as en dar la vuelta alrededor de aquél, y por consiguiente ellos cuentan un año mientras nosotros contamos doscientos veinticuatro días.

Las montañas de Venus son el doble de altas de las más altas montañas de la Tierra, y sus nubes son extraordinariamente blancas, reflejando con gran intensidad la luz del Sol, y haciendo que parezca la estrella más brillante del cielo. Venus es lo que se llama el lucero del alba, o lucero de la tarde; pues según la posición que ocupa con respecto a nosotros en sus movimientos, unas veces lo vemos antes de salir el Sol y otras en segui-

da después de ponerse. Pasemos delante y acerquémonos al planeta que sigue, al que creemos reconocer, y así es en efecto, porque lo hemos visto mil veces representado en la forma de un globo de cartón o de madera, con sus mares y sus continentes dibujados en él; es, en fin, el planeta en que vivimos; es la Tierra. Esta se halla como sabemos, a ciento cuarenta y ocho millones de kilómetros del Sol.

Nuestro amigo, al notar el interés con que miramos este planeta, pone ante nuestros ojos un aparato con el cual vemos todo tan claro como si estuviésemos sobre la Tierra misma, «y que nos permite abarcar al propio tiempo toda la mitad de la inmensa mole que mira hacía nosotros, en medio de la cual se halla América en aquel momento. Allí vemos un país inmenso cruzado por ferrocarriles de miles y miles de leguas que unen entre sí magníficas ciudades, y sobre las que corren innumerables trenes. Este país se llama los Estados Unidos de América, el país, o mejor dicho, la nación o el pueblo más joven, y, sin embargo, el más/adelantado del mundo. Mirad esos ríos de media legua de ancho y demás, cubiertos de infinitos vapores; mirad aquel campo, tan grande él solo como una provincia de España, y ved las grandes máquinas de vapor con que aran, y que hacen no uno, sino cuatro surcos al mismo tiempo. Pero, ¿a que no veis ningún soldado? Es que no hay más que los bastantes para contener a las tribus de indios salvajes que están mil leguas más allá.

Aquí hay muchos millones de hombres y mujeres que jamás han entrado en ninguna iglesia, ni aun para casarse, porque aquí pueden casarse sin necesidad de curas; millones de hombres y mujeres que no han sido bautizados, y nadie cree que por eso sean peores que los demás hombres y mujeres cuya religión se llama la ‘caridad’, religión que no tiene más misas ni más rosarios que hacer bien al prójimo, religión cuyos fieles no tienen más iglesia que los hospitales que construyen y mantienen para curar a los enfermos, o los asilos para los viejos, los ciegos y todos los que están impedidos para trabajar, o las casas que fabrican expresamente par que los pobres trabajadores puedan vivir en ellas limpios y barato. Cuando mueren, no va ningún cura que haga cruces en el aire ni diga palabras en latín; sus bendiciones y sus oraciones son las lágrimas que derraman aquellos seres a quienes hicieron bien durante su vida, y que acompañan su cadáver. Aquí no hay...

Pero la Tierra, continuando en su movimiento, nos oculta la gran nación norteamericana, y en cambio pasa ante nuestros ojos un inmenso mar, sembrado de miles de islas; es el Océano Pacífico. Dé pronto un continente enorme se va presentando: es el país mayor de la Tierra: el Asia.

Acabamos de ver al pueblo más joven; ahora vemos al país más viejo; acabamos de ver el movimiento, el progreso, y ahora vemos la inmovilidad que conserva a este país en el mismo estado que hace seis mil años; acabamos de ver un pueblo cuyo gobierno no mantiene sacerdotes de ninguna religión, y ante nosotros se presenta otro que los tiene por cientos de miles.

Aquí, miles de años antes de existir la religión de los españoles, existían las religiones que tenéis a la vista. Ved sus templos, cuán diferentes son de los vuestros; observad sus ceremonias, que en nada se parecen a la misa, ni a las que veis en vuestras iglesias; mirad sus imágenes de dioses, que ninguna analogía tienen con las vuestras.

-Eso no es verdad —exclama nuestro paisano—, porque allí, dentro de aquel templo, veo yo una cosa que se parece a la Trinidad, solamente que no son dos hombres y una paloma, sino tres personas que salen del mismo cuerpo.

-Tenéis razón, esa es la Trinidad Brahamánica, de lo que, como más adelante veréis, sacó la suya la religión cristiana; porque esta Trinidad existe desde muchos siglos antes de haber nacido Jesucristo.

-Pero, ¿cómo nos decís que aquí no hay cristianos si estoy viendo al Papa vestido lo

mismo que lo veo en las estampas, con esa cosa en la cabeza que llaman la tiara?

-Ese no es el Papa de los católicos romanos, sino el Papa de los budistas, que es una religión que existe desde mucho antes que la vuestra.

-Pero, hombre, ¿la religión cristiana está hecha de retazos de otras religiones? —Esa es la verdad, como veréis en este libro.

Nuestro amigo toca un botón y haciéndose pasar por delante del próximo mundo, que es nuestro vecino Marte, nos encontramos de pronto en medio de una multitud de pequeños planetas.

-¿De dónde diablos ha salido tanto mundo chico? —pregunta nuestro paisano—.

-Pues han salido de un planeta mucho mayor, que nuestra Tierra, al que la fuerza de los gases interiores hizo reventar, arrojando sus pedazos tan lejos unos de otros, que cada uno se ha convertido en las pequeñas tierras que veis. Si son todos redondos, es por efecto del movimiento de rotación que, haciendo bailar como un trompo a cada pedazo, los ha hecho redondos. Este movimiento, como os hemos explicado, lo tienen todos los cuerpos celestes; de este movimiento proviene el que todos los cuerpos en el espacio hayan tomado la forma redonda que tienen.

Dejemos estos mundos de Juguete y continuemos al siguiente planeta o mundo, ante el cual quedamos estupefactos, porque lo que ante nosotros se presenta no es un mundo poco más o menos como el nuestro, sino un mundo 1.234 veces mayor que el nuestro, o lo que es lo mismo, que del planeta Júpiter, que así le llamamos, se pueden sacar mil doscientas treinta y cuatro Tierras como la nuestra.

Cómo Júpiter está mucho más lejos del Sol que nosotros (770 millones de kilómetros), tarda doce veces más tiempo en dar su vuelta alrededor del Sol, de lo que resulta que su año es igual a doce años de los nuestros, y sus cuatro estaciones son de tres años cada una. Si sus habitantes viven tantos años de los suyos como nosotros de los nuestros, un hombre de Júpiter, de cincuenta años, tendrá seiscientos de los nuestros. A este planeta le acompañan no una, sino cuatro lunas.

Pasamos corriendo delante de Urano, que no es más que sesenta y cuatro veces mayor que nosotros, y no tiene más que cuatro lunas, y vamos -derechos a Neptuno, que es el mundo que más lejos se halla del Sol, pues le separa de él la tremenda distancia de cuatro mil cuatrocientos millones (4.400.000.000) de kilómetros. Como está tan lejos, la vuelta que da alrededor del Sol es muchísimo mayor que la de la Tierra; de suerte que ellos tardan ciento sesenta y cinco años nuestros en darla, o lo que es lo mismo, el año para los habitantes de Neptuno es ciento sesenta y cinco veces más largo que para nosotros. Allá los niños que maman un año están mamando ciento sesenta y cinco años de los nuestros. Los chicos de doce años en Neptuno tendrían aquí mil novecientos ochenta años, y, por consiguiente, habrían nacido antes que Jesucristo. Sus hombres de cuarenta existirían desde hace seis mil seiscientos años, y, por lo tanto, habrían existido desde más de setecientos años antes de la época en que nos dice la Iglesia cristiana que Dios creó el Universo, y que fue, según ella, hace 5.882 años nada más. El mundo Neptuno es ochenta y cuatro veces mayor que el nuestro, y tiene una sola luna. A la gran distancia que se halla de Neptuno, el Sol parece veinte veces más pequeño que desde la Tierra, y lo que calienta es tan poco, que si uno de nosotros se trasladase a aquel planeta, a los cinco minutos quedaría helado como una piedra. En cambio, si ellos viniesen a nuestro mundo, los derretiría el calor.

EL SOL Y LAS ESTRELLAS

Cuántos mundos como él nuestro se necesitan para hacer un Sol.— Distancia a la estrella más cercana. — Perdemos de vista la Tierra. — Viaje a la estrella Sirio. — Los cometas. — Nuestro Sol queda convertido en una estrella apenas visible. — Las estrellas son todas soles como el nuestro. — Monstruoso tamaño de Sirio. — El número de soles y mundos no tiene fin. — La idea de Dios. — Quién era nuestro compañero. — Crueldades injustas de la Iglesia. — El motivo de ellas.

Vemos que desde Neptuno el Sol pierde mucha de su importancia, pero, sin embargo, ¿sabéis cuan grande es el Sol? Pues imaginad que os dan el encargo de fabricar un Sol del tamaño del que nos alumbra, y que ponen a vuestra disposición Tierras como ésta en que habitamos, del mismo modo que se ponen ladrillos a disposición de un albañil, que va a fabricar una casa. ¿Creéis que necesitáis ciento, o un millar, o cien millares? Pues necesitaríais más; porque para formar un globo del tamaño del Sol se necesitan mil doscientos sesenta y nueve millares de mundos como éste en que habitamos, y que tan enorme os parece (1.279.000 Tierras).

Como ya hemos dicho, el Sol, no es una excepción de los demás cuerpos" celestes, sino que, como todos, tiene movimientos de rotación,

-Bueno —nos diréis—, ya vemos que hay algunas otras Tierras y que la nuestra no es más que una de las pequeñas.

-Sí—contestaremos — pero sí no fuera más que eso, todavía seríamos alguna cosa; pero lo malo es que cada estrella es un sol como el nuestro, y que alrededor de cada uno de ellos giran mundos, lo mismo que sucede alrededor de nuestro Sol; y si no lo queréis creer, vamos allá.

Parece que a la tremenda distancia que Neptuno se halla del Sol debemos estar ya cerca de alguna estrella, o que, por lo menos, algunas se verán más claras y brillantes; pues os equivocáis, porque las estrellas parecen iguales, desde Neptuno que desde la Tierra; y la razón es muy sencilla. Si veis una montaña a ocho mil metros de distancia, y dando un paso largo disminuís la distancia en un metro, ninguna diferencia veréis en el tamaño de la montaña, la cual continuará a la distancia de ocho mil metros menos uno. Pues bien, la distancia de Neptuno a la estrella más cercana es ocho mil veces la distancia de Neptuno al Sol; es decir, que nuestro Sol está separado de la estrella más cercana ocho mil veces cuatro mil cuatrocientos millones de kilómetros (4.400.000.000) multiplicados por 8.000. Haced la cuenta, y empezareis a formaros una idea de las distancias que separan entre sí esas estrellas que os parecen una vara unas de otras, y hasta pegando, efecto que se produce por estar unas delante de otras.

Nuestro amigo va a llevarnos en su máquina a una "de las estrellas que más cerca están de nosotros, que es la más brillante de todas, y que parece un cristal que se mueve, produciendo destellos, unas veces anaranjados, y otras blancos y azulados. A esa estrella la llamamos Sirio.

Pasamos por entre una multitud de cometas que también giran alrededor del Sol, y que brillan porque reflejan la luz, y pronto perdemos de vista a Neptuno y a todos ellos. Nuestro Sol disminuye por grados y se convierte en una brillante estrella que va apagándose y concluye por confundirse entre las otras. Nos hallamos por algún tiempo en la más completa oscuridad, pues transformando nuestro Sol en una estrella insignificante, nada tenemos que nos alumbre más que las mismas estrellas.

Poco a poco la estrella Sirio, hacia la que volamos, aumenta su resplandor; pronto brilla bastante, para que nuestros cuerpos hagan sombra; por último, nos alumbrara claramente y vemos que Sirio es redondo como el Sol. Finalmente llegamos y quedamos confundidos porque Sirio no es un Sol como el nuestro, sino un Sol 2.600 veces mayor; es decir, que con esa estrella que os parece una lucecita, se pueden hacer dos mil seiscientos soles como ese astro que no podemos mirar de frente sin copar. A la distancia que está Sirio, nuestro Sol, con todos los mundos que le rodean, es un punto imperceptible perdido en el espacio.

Pero cualquiera dirección que tomásemos, mientras unos soles se perdiesen a nuestra vista, otros se presentarían haciéndonos parecer que siempre nos halláramos en medio de una esfera tachonada de estrellas, como nos parece en nuestro mundo; en vano-¡-volaríamos durante toda la eternidad; nunca llegaríamos al fin, porque la creación no tiene fin.

Ante esa creación, sin límites, ante el Universo infinito, tan diferente de que suponía ser, la sementera y el trigo desaparecen por un momento de la imaginación de nuestro paisano, porque, por primera vez en su vida, comprende lo que quiere decir esta palabra que está en boca de todos, y que tan pocos comprenden: "Dios".

Preguntaréis cómo probamos que lo que decimos es cierto, porque" bien se nos alcanza qué no puede haber ferrocarril ni telégrafo al Sol, ni menos volar por el espacio sin fin, como lo acabamos de hacer. Nuestro amigo, el que nos llevó en Su máquina voladora, os contéstala, aunque no es amigo, sino amiga, porque en esto, como en todo, el único desinteresado y verdadero amigo que puede tener el hombre es la mujer; pues bien, esta amiga es "la Ciencia". La máquina voladora es el telescopio, que dirigiéndole a diferentes partes del espacio, nos enseña todo cuanto nosotros os hemos enseñado, porque vosotros sois el paisano que creía llegar al Sol en veinticuatro horas de ferrocarril, y el aparato que la ciencia puso ante nuestros ojos para poder distinguir claramente los objetos, son los mil instrumentos que nos muestran ser cierto lo que el telescopio nos dice por medio del sentido de la vista.

Mientras tuvo bastante poder para hacerlo, la santa madre Iglesia romana encerraba en calabozos, y daba tormento, y hasta quemaba vivos a los que decían que había más mundos que el nuestro; pero, al fin, los gobiernos prohibieron el que se quemara a los hombres por decir la verdad.

No pudiendo ya negar los doctores de la Iglesia lo que los ojos-de los hombres ven, aseguran que, si bien los planetas son otros mundos como éste en que vivimos, no pueden estar habitados, porque en los que están más cerca del Sol que nosotros morirían los hombres de calor, y en los que se hallan más lejos morirían de frío; es decir, que la Naturaleza, que nos formó de manera que podamos vivir a la distancia que nos hallamos del Sol, no puede igualmente haber producido sobre los demás mundos, hombres diferentes de nosotros y a propósito para vivir a cualquiera distancia y bajo cualquier género de condiciones.

El que nosotros no podamos vivir en los otros mundos no es más que una prueba de nuestra imperfección; y sin salir de nuestra Tierra encontramos sitios 'en los que moriríamos, como, por ejemplo, en, el mar, lo que no impide que el mar esté lleno de seres vivientes. Es decir, que esos mundos, de los que distinguimos con toda claridad las montañas, los mares, las nubes, etcétera, están deshabitados; y que los miles de millones de mundos que giran alrededor de las estrellas están desiertos; y que en toda la infinita creación no hay más que nuestro insignificante planeta, en el que existan seres racionales.'

A la pregunta de cómo es posible que Dios haya formado tan infinito número de soles y mundos sin uso alguno, nos contestan que su objeto es alumbrar la Tierra. Es decir,

que el planeta Júpiter, que él sólo equivale a mil doscientas Tierras, ha sido formado con el objeto de que le veamos como una estrella más, que es lo que a la simple vista parece; porque en cuanto a alumbrar, aunque se suprimiese a Júpiter y cien más como él, no se notaría diferencia alguna en la poca luz que nos dan todas las estrellas. Es decir, que los millones de estrellas que no sólo no se distinguen a simple vista, sino ni aún con los más fuertes telescopios, así como los infinitos millones de soles y mundos que jamás podrán alcanzar a distinguir nuestros instrumentos son hechos para alumbrarnos.

Preguntaréis por qué los doctores de la Iglesia, que no tienen pelo de bobos, aseguran semejante barbaridad, pues no de otra manera puede esto calificarse. Lo sostienen, porque no les queda otro remedio; porque si confiesan la verdad, tienen que confesar que las Sagradas Escrituras, lejos de estar compuestas por inspiración de Dios, fueron escritas por hombres que nada sabían de ciencias físicas, y que han hecho, decir a su Dios en ellas disparates por cientos; porque en las Escrituras nos cuentan que Dios dijo que nos había hecho a nosotros a su imagen y semejanza, y si los otros mundos están habitados, los hombres de ellos no pueden ser iguales a nosotros; luego no es creíble que nuestra forma sea la de Dios más que la de los hombres de otros mundos; luego no hay tal imagen ni tal semejanza; luego su Dios ha dicho una mentira.

Del mismo modo se ven obligados a sostener que todos los astros han sido hechos para nosotros, aún los que no vemos, porque en las Sagradas Escrituras nos cuentan que Dios dijo que habían sido formados expresamente para alumbrarnos y para señalar los años, y las estaciones, y los días y las horas; en una palabra, su Dios dice en las Escrituras que todos los infinitos millones de soles y mundos fueron fabricados nada más que con el objeto de que podamos nosotros saber qué hora es.

Omitimos reflexiones. Al lado de tal aserto todo cuanto dijésemos les resultaría pálido.

EL UNIVERSO SEGÚN LAS ESCRITURAS

PRIMERA PARTE

Creación del Universo según las Sagradas Escrituras. — Errores evidentes que demuestran que la Biblia no fue escrita por inspiración de Dios. — Insignificancia palpable de nuestro mundo, el cual no es más que uno de los infinitos millones de mundos.

EL GÉNESIS

CAPITULO PRIMERO

1. En el principio crió Dios el cielo y la tierra.
2. Y la tierra estaba desnuda y vacía, y las tinieblas estaban sobre la haz del abismo; y el espíritu de Dios era llevado sobre las aguas.
3. Y dijo Dios: Sea hecha la luz. Y fue hecha la luz.
4. Y vio la luz, que era buena. Y separó a la luz de las tinieblas.
5. Y llamó a la luz día y a las tinieblas noche; y fue la tarde y la mañana un día.
6. Dijo también Dios: Sea hecho el firmamento en medio de las aguas; y divididas aguas de aguas.
7. E hizo Dios el firmamento, y dividió las aguas que estaban debajo del firmamento de aquellas que estaban sobre el firmamento. Y fue hecho así.
8. Y llamó Dios al firmamento cielo; y fue la tarde y la mañana el día segundo.
9. Dijo también Dios: Júntense las aguas que están debajo del cielo en un lugar y descúbrase la seca. Y fue hecho así.
10. Y llamó Dios a la seca, tierra, y a las congregaciones de las aguas llamó mares. Y vio Dios que era bueno.
11. Y dijo: Produzca la tierra hierba verde, y que haga simiente, y árbol de fruta que dé fruto según su género, cuya simiente esté en el mismo sobre la tierra. Y fue hecho así.
12. Y produjo la tierra hierba verde, y que hace simiente según su género, y árbol que da fruto, y que cada uno tiene su simiente según su especie. Y vio Dios que era bueno.
13. Y fue la tarde y la mañana del día tercero.
14. Dijo también Dios: Sean hechas lumbreras en el firmamento del cielo, y separen el día y la noche, y sean para señales, y tiempos, y días, y años.
15. Para que luzcan en el firmamento del cielo y alumbre la tierra. Y fue hecho así.
16. E hizo Dios dos grandes lumbreras: la lumbrera mayor para que presidiese al día, y la lumbrera menor para que presidiese a la noche; y las estrellas.
17. Y púsolas en el firmamento del cielo para que luciesen sobre la tierra.
18. Y para que presidiesen al día y a la noche y separasen la luz y las tinieblas. Y vio Dios que era bueno.
19. Y fue la tarde y la mañana del día cuarto.
20. Dijo también Dios: Produzcan las aguas reptil de ánima viviente, y ave que vuele sobre la tierra debajo del firmamento del cielo.
21. Y crió Dios las grandes ballenas y toda ánima que vive y se mueve, que produjeron las aguas según sus especies, y toda ave que vuela según su género. Y vio Dios que era bueno.
22. Y las bendijo, diciendo: Creced y multiplicaos, y hechind las aguas del mar; y las aves multiplíquense sobre la tierra.

23. Y fue la tarde y la mañana del día quinto.

24. dijo también Dios: Produzca la tierra ánima viviente en su género, bestias y reptiles, y animales de la tierra según sus especies. Y fue hecho así.

25. E hizo Dios los animales de la tierra según sus especies, y las bestias, y todo reptil de la tierra. Y vio Dios que era bueno.

26. Y dijo: Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza:

y tenga dominio sobre los peces del mar, y sobre las aves del cielo, y sobre las bestias, y sobre toda la tierra, y sobre todo reptil que se mueve en la tierra.

27. Y crió Dios al hombre a su imagen: a imagen de Dios lo crió: macho y hembra lo crió.

28. Y bendíjolos Dios, y dijo: Creced y multiplicaos, y henchid la tierra y sojuzgadla, y tened señorío sobre los peces de la mar, y sobre las aves del cielo, y sobre todos los animales que se mueven sobre la tierra.

29. Y dijo Dios: Ved que os he dado toda hierba que produce simiente sobre la tierra, y todos los árboles, que tienen en sí mismos la simiente de su género, para que os sirvan de alimento.

30. Y a todos los animales de la tierra, y a todas las aves del cielo, y a todos los que se mueven sobre la tierra, y en los que hay ánima viviente, para que tengan que comer. Y fue hecho así.

31. Y vio Dios todas las cosas que había hecho, y eran muy buenas. Y fue la tarde y la mañana del día sexto.

CAPITULO SEGUNDO

1. Fueron, pues, acabados los Cielos y la Tierra y todo el ornamento de ellos.

2. Y acabó Dios el séptimo de su obra, que había hecho; y reposó el día séptimo de toda la obra que había hecho, etc., etc.

Dejemos descansar a este Dios que se cansa, el día séptimo, octavo,- noveno, etc., y examinemos un poco qué especie de creación es la que nos cuentan que declaró Dios mismo ser la verdadera.

Si lo que las escrituras nos cuentan es verdad, es una cosa clara que su Dios no formó antes el Universo, porque no supo por dónde, empezar. Su Dios, hemos dicho, se hallaba provisto de materiales; pero el que tengamos ladrillos y cal no quiere decir que tengamos una casa; y de esto nos informa la Santa Biblia, asegurándonos que la Tierra, o mejor dicho, la materia antedicha (puesto que todavía no había Tierra), estaba "desnuda y vacía" (Vers. 2). ¿Por qué estuvo ese Dios desde la eternidad, sin fabricar su Universo? Porque entre la materia creada no había ninguna luminosa, y por lo tanto, Dios estaba a oscuras, según nos lo afirma la Santa Escritura, diciéndonos que las "tinieblas estaban sobre la haz del abismo" (Vers. 2). Acaso se dirá que Dios no necesita luz para nada; sí, pero es Dios, lo cual es una cosa muy diferente del Dios de las Sagradas Escrituras, porque éste necesita no sólo la luz, sino de otras muchas cosas que necesitamos los mortales como vamos a probarlo.

Algunos doctores de la Iglesia aseguran .con mucha gravedad que separar la luz de las tinieblas quiere decir separar el día de la noche, lo cual no es así, pues el texto dice, del modo más terminante, que 'creó la luz, la separó de las tinieblas y después fue que llamó día'. Para que los sabios doctores afirmasen la verdad, sería preciso que la Escritura dijese: creó la luz y la llamó día. La causa de esto es que Moisés era de los que creían que había cuerpos que producían oscuridad, del mismo modo que otros producen luz; y que siendo la luz y las tinieblas dos cosas distintas, podían mezclarse como quien mezcla café con leche. De este mismo modo vemos a mucha gente imaginarse que el frío y el calor son dos cosas diferentes, siendo así que no existe el frío, sino más o me-

nos calor.

Después de dormir tiempo suficiente. Dios creó por segunda vez la luz. Esto no nos dice la Escritura, pero tampoco se necesita, puesto que si no la hubiera creado de nuevo no habría aclarado, y por lo tanto no habría empezado el segundo día, durante el cual hizo el firmamento "en medio de las aguas" (Vers. 6), y "dividió las aguas que estaban debajo del firmamento de aquellas que estaban sobre el firmamento" (Versículo 7). De esto resulta que la traducción del padre Scio diciendo que su Dios iba "sobre las aguas" no es la verdadera; de lo contrario no nos habría metido a todos debajo del agua; pues, según las Sagradas Escrituras, lo que tenemos sobre nuestras cabezas no es el espacio sin fin, sino un firmamento bien firme y sólido que sostiene sobre sí una infinita cantidad de agua; y ahora comprendemos cómo era posible la manera como nos refiere el diluvio la Santa Escritura, que fue dejando correr las fuentes o grifos del Cielo sobre la Tierra, la cual, como era plana y estaba tapada con el firmamento, se fue llenando como quien llena una botella. Con la confección de esta cueva hecha dentro del agua, se dio el Dios de Moisés por satisfecho y, apagando nuevamente la luz, dio por fin al día segundo.

Llegamos a la tercera creación de la luz, o sea el día tercero, durante cuyo transcurso el trabajo fue importante, consistiendo en separar, en el lodo que formaba el suelo de la cueva del mundo, el agua de la tierra, formando los mares y continentes: además creó la hierba, los árboles y, en general, toda la vegetación, concluyendo con esto el día tercero.

No deja de ser notable que el Dios de Moisés, que con tanta minuciosidad nos refiere la creación de las plantas y animales, olvídate por completo explicarnos cómo formó las montañas; porque, naturalmente, el suelo de aquella cueva, que era barro líquido, sería tan plano como un mar.

Por cuarta vez se levanta el Dios de las Santas Escrituras, y por cuarta vez crea la luz para ver lo que va a hacer. Natural parece que, a fuerza de encender y apagar la luz, habría ya adquirido la habilidad de crearla brillante del primer golpe, sin tener que clarificarla de las tinieblas, como le sucedió la primera vez; pero, sin embargo, con objeto sin duda de ahorrarse aquel trabajo, "hizo dos grandes lumbreras" (Vers. 16), una para alumbrar el día y otra para alumbrar la noche o, lo que es lo mismo, el Sol y la Luna.

A lo que parece, aquel Dios creía que la Luna era una lumbrera como el Sol, porque ninguna diferencia nos dice existiese entre uno y otra, resultando así la Luna con luz propia, si bien Dios se olvidó de decirnos por qué, si esto es así, crece y mengua, y cómo es que, si la hizo para alumbrarnos por la noche, no lo hace más que unas cuantas noches al mes. (Ya hemos visto que los habitantes de la Luna tienen mucho más derecho a creer que nuestra Tierra fue hecha para alumbrarles a ellos).

Pasemos al versículo 17, que dice: "Y púsolas en el firmamento del cielo". Veamos si tal cosa es posible.

Según las Sagradas Escrituras, la Tierra es plana; démosle, pues, gusto a la Santa Biblia haciéndola plana, lo cual no se puede efectuar sino de este modo: tomemos la naranja de que nos hemos servido para otras demostraciones, cortémosla por la mitad, saquemos la carne de una de las mitades, no dejando más que la cáscara, que quedará de la misma forma que el solideo con que se tapan la coronilla vuestros sacerdotes; tomad esta media naranja hueca y ajustadla a la otra media, de modo que parezca otra naranja entera. Meted la naranja así preparada debajo del agua, y tendréis la representación exacta de lo que el Dios de Moisés nos dice ser el universo entero. La parte hueca de la naranja es la cueva en medio de las aguas, que está debajo de la cáscara hueca, y que naturalmente resulta plana; representa la Tierra llana de la Santa Biblia.

Ya tenemos la imagen de la creación de las Escrituras; ahora se trata de colocar el Sol dentro del firmamento. Siendo el hueco de la bóveda del firmamento igual a media

Tierra, del mismo modo que el hueco de la naranja es igual a media naranja, claro está que dentro del 'firmamento no cabría más que un sol del tamaño de la mitad de la Tierra, y no sólo no habría sitio para la Luna, sino que aquel sol llenaría el firmamento hasta el punto de aplastar y quemar todas las plantas que Dios había creado el día anterior. Pero esto no es lo peor, sino que el Sol no es del tamaño de la mitad de la Tierra, sino un millón doscientas mil y pico de veces mayor que la Tierra entera y, por consiguiente, más de dos millones de veces más grande que el hueco del firmamento. Querer, pues, colocarle dentro, sería lo mismo que si dentro de la media naranja hueca quisiéramos meter una casa. Pues Moisés lo hizo, o por lo menos así nos lo dice en sus Santas Escrituras. Después de esto, el cuento del toro que se metió por el cañón de la escopeta, es una cosa muy natural.

SEGUNDA PARTE

Cómo la Iglesia oculta los errores de la Biblia, sustituyéndola con Historias Sagradas. — Inmenso interés de los sacerdotes en conservar a sus fieles en la ignorancia. — El Talado del Papa. — Por qué las Escrituras dicen desatinos. — Ignorancia de Moisés. — El telón del firmamento. — Los siete cielos. — Los siete días de la semana. — La lluvia, según los contemporáneos de Moisés.

Los sacerdotes de la Iglesia comprendieron que una vez enterados los hombres de lo que real y verdaderamente es el Universo, si llegaban a leer la Biblia, verían en ella todo cuanto vosotros acabáis de ver; pero al mismo tiempo no era posible privarles de toda noticia acerca de su Dios y de cómo se formó el mundo y, por lo tanto, compusieron todas esas Historias Sagradas con las que enseñan a los muchachos y en las que se dice simplemente que Dios creó el Universo en seis días". De esta manera han salido de este mal paso; porque Universo se llama a lo que vemos ser el verdadero Universo; del mismo modo que República se llama a la República de Andorra, que es un pequeño valle, y República se llama a la República norteamericana, que es mayor que todas las naciones de Europa Juntas.

Por eso a vuestros sacerdotes no les gusta que leáis la Biblia, porque si la leéis empezaréis a abrir los ojos y comprender la verdad, y entonces los curas, que ganan diez, y veinte, y treinta mil reales por decir mía misa por la mañana y enterarse de vidas ajenas en el confesionario, tendrían que dejar ese modo tan agradable de pasar la vida; y los canónigos, que ganan sus buenos miles por ir a dormir la siesta al coro de las catedrales, tendrían que despabilarse; y los obispos y arzobispos tendrían que dejar sus palacios y sus coches y sus miles y miles de duros de sueldo; y el Papa tendría que salir del palacio del Vaticano de Roma, palacio tan inmenso, que dentro de él, hay museos enteros; palacio cuyos jardines, si quisierais recorrerlos a pie, os sería imposible hacerlo en un día entero y tendríais que subir en uno de los magníficos coches que usa el Papa para pasearse en ellos, como nosotros lo hemos visto por nuestros propios ojos.

Ese es el Sumo Pontífice que os dicen está prisionero, cuando en aquel enorme edificio no hay más guardias que sus propios guardias, con uniformes más ricos que los de nuestros capitanes generales, porque dentro de aquel palacio el Papa es dueño y señor absoluto.

Lejos de estar preso, el mayor placer del gobierno italiano sería verle salir de su palacio; pero no tengáis cuidado, que no lo hará, mientras no lo echen de él. ¿Sabéis cuántas habitaciones tiene ese edificio en que vive nuestro Papa? ¿Serán cincuenta, o llegarán acaso a ciento? De seguro que no pasarán de quinientas. No os canséis en adivinar, porque os quedaréis cortos; porque en aquel palacio, además de su inmensa biblioteca, la más rica del mundo, en manuscritos, cuyo valor es incalculable; además de los museos, cada uno de cuyos cuadros o estatuas vale millones; además de sus capillas, una sola de las cuales; llamada Sixtina, es mayor que muchas catedrales; además de los talleres, en los que se fabrican mosaicos que valen sumas prodigiosas; además de sus salones, en cada uno de los cuales caben mil personas; además, en fin, de toda esa inmensidad, el palacio Vaticano, en el que vive el Papa de la Iglesia de Roma, contiene cuatro mil cuatrocientas veintidós grandes habitaciones y seis mil quinientas ochenta y tres pe-

queñas, pero no tanto que no pueda haber una cama en la más pequeña de ellas. Total, más de once mil habitaciones.

Allí los pintores más famosos que han existido no han pintado cuadros de una vara, ni de dos, sino las paredes y los techos de las habitaciones; ¿qué decimos habitaciones? ¿Habéis oído hablar de Rafael? Pues Rafael fue un pintor italiano, el más grande que jamás ha producido la Naturaleza. El Museo que posee un cuadro de él, se considera rico; una pintura de aquel gran maestro, aunque no sea más que de un palmo de cuadrado, vale una fortuna de millones; pues en el palacio de vuestro Papa hay corredores cuyas paredes están pintadas por Rafael. La magnificencia de aquel edificio maravilloso es indescriptible el valor de los cuadros que encierra no es de millones, ni de cientos de millones, sino de miles de millones. Repitamos las palabras de Jesús: "Los que tengan oídos, que oigan". ¡Once mil habitaciones para un hombre solo, y tantos infelices que no tienen un techo que les guardezca; y este hombre es el que pretende ser el representante de Cristo, que vivió de limosna y ordenó a sus apóstoles no tener bienes!

¿Y sabéis de dónde viene todo ese lujo, todo ese aparato, mayor que el de ningún rey? Pues viene de los millones que le da el gobierno de Italia, porque sin ellos no tendría el Santo Padre bastante para pagar a sus guardias y mantener sus caballos; viene de lo que vosotros, de lo que todos los millones de crédulos y engañados católicos pagáis; porque una parte de todo cuanto entregáis en las iglesias a vuestros curas se separa para mandarlo a Roma, para mantener esa magnificencia de que se ha rodeado vuestro Papa para deslumbrar a los que en peregrinación van a postrarse ante él, y a besarle, no las manos, sino los pies.

II

Desde luego comprenderéis que Dios no puede haber escrito tantos desatinos como hay en la Biblia, y naturalmente preguntáis:

-¿Quién los escribió?

-Los escribió Moisés—.

-¿Y quién es Moisés?

-Moisés fue el fundador o inventor de vuestra religión y, como todos los fundadores o inventores de religiones, tuvo que empezar la suya por el principio, es decir, refiriéndonos de qué manera le había contado su Dios haber fabricado el mundo.

¿Sabéis cuál es el verdadero origen de los siete días de la semana? Pues el mismo que el de los siete cielos. Domingo viene de la palabra latina "dominus", o señor, o sea el día del Sol, como todavía se llama en algunos idiomas. (En inglés el domingo se llama "sunday"; "sun", sol; "day", día). De aquí el domingo. Del mismo modo, con los restantes días de la semana; lunes, día de la Luna; martes, día del planeta Marte; miércoles de Mercurio; jueves, de Júpiter o Jove, que también así se llama; viernes, de Venus y sábado, de Saturno. La semana existía miles de años antes de nacer Moisés, y al escribir éste la Santa Biblia se lo ocurrió darle un origen divino, haciendo que su Dios trabajase seis días y descansase uno. Otras religiones, en las que no se dice una palabra de que Dios trabajase tantos días, tienen la semana al igual que la nuestra.

Os diremos de qué manera se explicaba entonces la lluvia. Hoy la ciencia nos muestra que las lluvias provienen de vapores que el calor del Sol levanta invisiblemente de los mares. Esto, aunque no se ve, tenemos instrumentos que nos lo enseñan tan claro como un reloj marca la hora, midiendo la cantidad de humedad de la atmósfera. Estos vapores, al llegar a cierta altura, los condensa el frío, que es cada vez más fuerte según nos elevamos sobre la tierra, siendo ésta la razón por la que dura tanto la nieve en las

montañas. Una vez condensados o hechos más espesos los vapores, los vemos, y eso es lo que llamamos las nubes. Estas nubes las lleva el viento a todas partes, y caen luego en forma de lluvia. Si el agua no es salada, como lo es el agua del mar, es porque al evaporarse se separa de la sal. Esta experiencia podéis hacerla cociendo agua de mar en una cazuela, hasta que toda se evapora, y entonces veréis que la sal ha quedado en la cazuela.

En tiempos de Moisés se figuraban que Dios que estaba del otro lado de la bóveda, metido en otra bóveda para no mojarse, abría unas compuertas y soltaba el agua sobre la tierra; pero que, como la bóveda era sumamente alta, el agua se convertía en nubes antes de que llegara abajo, que es lo que ellos veían suceder cuando un chorro de agua, como por ejemplo un torrente en las montañas, cae de una gran altura; cuando acontece que una parte del agua se evapora formando una nube de la que se desprende humedad bajo la forma de lluvia fina. Se dirá que esto se halla en contradicción con la creencia de los siete cielos de cristal, pero no es así; porque, según los contemporáneos de Moisés, aquel cristal era diferente del que fabricamos nosotros, y dejaba que el agua se filtrase, como se filtra a través de las piedras de destilar, ayudando de este modo a que la lluvia se extendiese sobre mayor espacio de terreno. Además, los cielos cristalinos tenían otro uso muy importante, y que prueba la sabiduría del Dios de Moisés. Cuando aquel Dios abría las compuertas del firmamento, junto con las aguas se escapaban peces, los cuales iban a dar contra el cristal del último cielo, y, resbalando sobre él, caían en alguno de los mares de que se creía estaba rodeada la Tierra, evitando así el que de cuando en cuando, le cayese a alguien un tiburón o una ballena encima del paraguas.

Moisés podía haber dicho que su Dios fabricó la bóveda en la obscuridad, y formó después el Sol dentro de ella; pero como la idea que Moisés tenía de Dios era la de un Dios-Hombre que hablaba, que dormía, que se cansaba, etc., y como los hombres no trabajan a oscuras, por eso hizo que su Dios fabricase una luz especial con la que se alumbró hasta el cuarto día, en el que por fin formó el Sol y las estrellas.

LA BIBLIA Y LA IGLESIA

Pretensión de los sacerdotes de que, aunque las Escrituras no sean divinas, la religión católica es verdadera. — De cómo esto es un desatino. — La Biblia, única base sobre la que pueden apoyarse las Iglesias cristianas. — Quién fue Jesús. — El verdadero infierno y el purgatorio.

No ha faltado reverendo padre que, no pudiendo negar los evidentes disparates de la Biblia, ha llegado hasta decir que, aunque las Escrituras no sean inspiradas por Dios, la religión cristiana es, sin embargo, la verdadera.

Este es un desatino mayor que todos los de Moisés, y os lo probaremos de este modo. Imaginaos que vivís en una casa que tiene dos pisos, y que un arquitecto la reconoce y os dice que el primer piso está ruinoso y se va a caer, y que vosotros contestáis: "No importa que se caiga el primer piso, porque no somos nosotros los que vivimos en el segundo". Pues bien, la Biblia es el cimiento y el primer piso de las Iglesias cristianas; si aquella se cae, todas van al suelo. Si las Escrituras Sagradas dicen mentiras, y son inspiradas por un Dios, aquel Dios es un embustero; y si no son divinas, todos los prodigios que se cuentan en ellas son falsos, porque Dios no se va a hacer cómplice de las mentiras de Moisés, autorizándole para hacer milagros y engañar así a los hombres.

Acaso diréis que Moisés no es Jesucristo, y Jesucristo era Dios. Sentimos quitaros esta última ilusión, porque Jesucristo siempre afirmó que las Escrituras Sagradas eran divinas, y que el Dios de Israel, que era el Dios de Moisés, era el verdadero; y si Jesús hubiese sido Dios, habría empezado por decirnos que Moisés se había equivocado. Jesús no sabía más de lo que sabía Moisés, y creía también que la atmósfera era una bóveda sólida, y que las estrellas eran pequeñas luces que podían caerse sobre la Tierra, según él mismo lo aseguró. El Dios de la Iglesia cristiana es el mismo Dios de Moisés, o sea el Dios de vuestras Sagradas Escrituras; y, según vuestra creencia. Jesús no era hombre sino ese mismo Dios, que tomó forma humana; de suerte *que si la Biblia está escrita por inspiración divina y Jesucristo era Dios, resulta éste responsable de las mentiras de las Escrituras.*

-¿Luego Jesucristo no puede ser Dios?

-Precisamente, Jesucristo no sólo fue la bondad y la caridad mismas, sino también un hombre de grandísima y clara inteligencia, que en aquellos tiempos bárbaros se elevó a la concepción de la verdadera idea de Dios infinito, diciéndonos que a Dios no se le honra con templos, ni con ayunos, ni con ceremonia alguna, sino que la única manera de adorarle es "haciendo buenas obras". Jesucristo fue un hombre admirable, a quien todos debemos, no sólo respetar, sino tomar por modelo, porque fue tan perfecto como puede serlo un hombre. Pero no por eso debemos adorarle, porque un hombre no debe adorar a otro. Jesús no fue crucificado por decir que era Dios; Jesucristo no dijo tal cosa, por más que os aseguren lo contrario. Jesucristo quiso suprimir los sacerdotes, porque para dirigirse a Dios, ningún hombre necesita de otro, como nadie necesita de otro que coma por él!, ni tampoco para elevar el alma a Dios son necesarias reglas, ceremonias y palabras aprendidas de memoria; por eso los sacerdotes Judíos, a quienes semejantes doctrinas iban a arruinar, le hicieron perecer.

-¿De suerte que todos esos milagros que nos cuentan no son ciertos?

-Los milagros de la religión cristiana no son *más ciertos* que los de cualquiera reli-

gión, porque todas las religiones los tienen por cientos de miles. Los milagros de Moisés y los profetas judíos, así como los de Jesús y los santos, no han existido más que en la imaginación de los que escribieron la Biblia y las vidas de los santos, así como las aventuras de don Quijote no existieron más que en la imaginación de su autor, Miguel de Cervantes. En otra parte de este libro os damos un ejemplo de cómo se escriben las vidas de los santos.

-Entonces, lo que nos dicen nuestros curas del infierno y del purgatorio, ¿no es verdad?

-No hay tal infierno ni tal purgatorio.

-Entonces, ¿podemos hacer lo que nos dé la gana?

-Perfectamente. Pero será bueno que esa gana no sea la de tomar algunas pesetas que encontréis en otro bolsillo que no sea el vuestro, ni hacer que se equivoque el buey de vuestro vecino entrando en vuestra cuadra; porque, si robáis, se os presentarán con toda seguridad dos agentes del diablo, bajo la forma de una pareja de la guardia civil, que meterá no sólo vuestra alma, sino también vuestro cuerpo, en el limbo de la cárcel, y después seréis llevados ante la Santísima Trinidad bajo la forma del juez, el fiscal y el escribano, quienes te arrojarán al infierno del presidio por una docena de años, en donde os atormentarán con una cadena al pie, haciéndoos trabajar desde la mañana hasta la noche. Ni tampoco os dé la gana de hacer agujeros en el cuerpo de otra persona, ni querer averiguar lo que tiene dentro de la cabeza con un garrote; porque si matáis, no iréis al infierno, sino que os subirán a un tablado, y allí se os aparecerá Satanás en persona bajo la forma de verdugo, el cual os meterá el cuello en el collar de hierro, apretándolo de tal suerte que ya no serviréis más que para que os lleven al cementerio a hacer compañía al que despachasteis para allá. Que no os dé la gana, en fin, de hacer daño alguno al prójimo, porque sin necesidad de diablo, ni de infierno, ni de purgatorio, os arrepentiréis de ello cuando sea demasiado tarde. Y tú, si eres mujer, no faltes a la fe que, tu mano en la de él, y de tu propia voluntad a tu esposo prometiste; porque si tal hicieras, no irás después de muerta a ningún infierno, bajo tierra, ni serás arrojada en un presidio, ni subirás a ningún cadalso; pero sufrirás mil veces más que todas esas penas te harían sufrir, porque todos te despreciarán con razón; porque tus hijos los pedazos de tus entrañas, que quieres más que a tí misma, te maldecirán; porque tus inocentes hijas se avergonzarán de llamarte madre. ¡Cuántas hemos conocido que, sin titubear un momento, se hubieran arrojado en vuestro infierno si con eso hubiesen podido lavar la mancha infamante que con su conducta estamparon en las frentes de sus hijos! Pasemos ahora a examinar cómo se formaron las Iglesias llamadas cristianas, y en particular la católica apostólica y romana que, como veréis, no tiene ningún parecido con las doctrinas que predicó Jesucristo.

MILAGROS

Qué es un milagro. — La cacería del emperador de Rusia. -Inutilidad de los milagros si se hallan en contra de la razón.

Un milagro es una alteración de las leyes de la Naturaleza, cosa que no es posible producir a ningún hombre.

Se nos dice que Dios lo hace con objeto de convencer a los hombres de algo en que, sin esto, no creerían; pero natural parece que, ya que Dios apela a medios prodigiosos y sobrenaturales, y si es Todopoderoso y desea de buena fe persuadir a los hombres de alguna cosa, lo hiciese sin necesidad de milagro intermedio; por ejemplo, en lugar de hacer el milagro de que viese el ciego, hiciera el que todos creyeran sin necesidad de él y por el simple efecto de la voluntad omnipotente.

Imaginémonos que entramos en un café, y que en una mesa inmediata oímos a un desconocido referir ante varias personas que, hallándose en San Petersburgo, se presentó una mañana en su casa el emperador de Rusia a. invitarle a una cacería en un punto, para llegar al cual tenían que tomar el tren a una hora fija; pero que, en lugar de salir directamente para la estación, el emperador insistió en que primero habían de ir a su palacio para montar allí en un coche que los conduciría al ferrocarril, en cuya operación perdieron tanto tiempo, que cuando llegaron había partido el tren, razón por la cual no pudo asistir a la cacería. Esto nos hace suponer o que el emperador de Rusia es tonto, que pudiendo haber ido desde luego en su coche, no lo hizo; o que es un pillo que, bajo el pretexto de ir a buscarlo, se burló de su convidado; ó que no tiene poder ni dinero bastante para hacer que se ponga un tren extraordinario; o que el tonto, el pillo y además embustero, es el individuo que cuenta tales majaderías. El desconocido es uno de los muchos escritores de milagros; las personas que le escuchan y creen que aquello es cierto, los creyentes en los milagros de las diversas religiones; el emperador de Rusia representa uno de esos dioses milagrosos; la invitación a la cacería es la invitación a que creamos en él; el tiempo perdido en ir al palacio a buscar el coche, y que nos hace perder la cacería, no siéndole posible mandar poner otro tren, en la imposibilidad en que cada Dios de esos se halla de convencer a todos los hombres de que él es el único Verdadero Dios. Ahora bien; podéis elegir entre creer que vuestro Dios milagroso es tonto; pillo o impotente, o que los escritores de milagros son además de todo eso, unos embusteros de primera fuerza. Además de ser los milagros contrarios a la omnipotencia de Dios, no debe ocultárseles a esos dioses que los milagros no son creídos sino de aquellos que no los ven; de lo contrario, que se nos diga cuántos de los propios testigos de los milagros que se nos cuentan de Jesús creyeron que fuesen ciertos, y cuántos creen hoy nada más que por verlos escritos en un libro y oír afirmar a un cura que aquello es verdad.

No faltan personas que aseguran haber presenciado milagros; pero nosotros hemos tenido curiosidad de hacer viajes a sitios en los que diariamente ocurren prodigios, y a pesar de haber permanecido en dichos puntos por días y días, nos ha sido imposible presenciar milagro de ninguna especie, si bien no podemos menos de referir el hecho de una señora baldada que, en Nuestra Señora de Lourdes, al salir de la piscina, aseguraba hallarse completamente curada, pero a quien, sin embargo, no le era posible dar un paso, teniendo que volver arrastrada en la misma silla en que había venido. En estos lugares

milagrosos sucede siempre que los que allí residen se burlan de ellos, y sólo encontramos creyentes según nos vamos alejando; de lo que resulta que un milagro es tanto más creído cuando más lejos se halla el sitio en que tuvo lugar y más tiempo hace que ocurrió.

II

Si un individuo se presentase diciéndonos ser Dios, y en apoyo de su aserio hiciese prodigios sobre los que ninguna duda pudiese caber, como por ejemplo, el que a su orden se obscureciesen o se alumbrasen los astros, no dejaríamos de creer por un momento en su divinidad.

Empero si este mismo individuo nos asegurase que uno y uno son tres, dudaríamos de ello.

Los milagros no son particularidad del cristianismo, sino que los tienen todas las religiones, y no hay ninguno, por disparatado e inútil que sea, que no haya encontrado sus creyentes. Así vemos en la historia de la Humanidad creer en lo que hoy parece ridículo; pero, sin embargo, por miles de años constituyen aquellas ridiculeces las religiones de las civilizaciones tan adelantadas como la egipcia, la griega y la romana. ¿Durarán la trinidad cristiana tanto como duró la trinidad egipcia, o la divinidad de Jesús tanto como la de Júpiter? Hoy mismo se hallan los hombres divididos en numerosas religiones, y si en algo vemos claramente confirmado lo de la paja en el ojo ajeno, es en la cuestión de milagros. Al efecto citaremos lo que a nosotros nos ocurrió viajando por Tierra Santa, donde viven mezclados y practican públicamente su religión cristianos y musulmanes. Visitábamos una de las varias tumbas mahometanas milagrosas, cuando entró una familia irlandesa, católica, que viajaba también por el país que Jesús ha hecho para siempre memorable. El guía que les acompañaba les informó de que los ex votos que cubrían las paredes habían sido regalados por fieles musulmanes que quedaron milagrosamente curados con sólo tocar el sepulcro del santo-hombre mahometano. A esto los irlandeses sonreían incrédulamente, maravillándose de la candidez de aquellas pobres gentes. La madre argüía que sin duda se habían curado por medios naturales; el padre se inclinaba a que todo aquello eran engaños de los sacerdotes musulmanes, a quienes calificaba de tunantes, mientras que una de las hijas advirtió que ella había leído que el diablo solía hacer cosas que parecían milagros, para engañar a los fieles.

Después de escuchar sus opiniones, nos permitimos observar que acaso Dios, que es infinitamente bueno y justo, hacía, en efecto, aquellas curas milagrosas, pues para El no debía ser de gran importancia el que las ceremonias del culto fuesen estas o aquellas, siempre que se guardasen sus mandamientos, cosa que los mahometanos hacen al igual de los cristianos. A tales blasfemias, que no menos debieron parecer nuestras razones a aquella buena familia, nos respondieron unánimemente que era imposible. Entonces nosotros pusimos en duda las curas atribuidas a la eficacia de una imagen milagrosa venerada en un convento cristiano, cerca de aquella población; pero a su vez fueron inútiles las razones de que pudieron haber sanado por medios naturales, ni mucho menos el que fuese engaño de los reverendos frailes para atraer gente y limosnas a su convento. Excusamos decir que no nos atrevimos a insinuar que el diablo podía tener alguna mano en el asunto, pues probablemente nos habrían tomado por el mismísimo Satanás.

Esta anécdota nos demuestra prácticamente que cada uno examina a la luz de su razón los milagros de las religiones que no son la suya, admirándose de que haya quien crea en ellos, sin observar que, si aplicase el mismo análisis a la propia, encontraría que sus prodigios no se apoyan en fundamentos más sólidos. *El resultado lógico de esta*

pluralidad de milagros contradictorios es el da anularse recíprocamente.

MILAGROS ATRIBUIDOS A JESÚS

Documentos sobre los que se apoyan los milagros de Jesús. — Los Evangelios y los evangelistas. — Ignorancia que reina acerca de ellos. — Las Escrituras y el método usada por los que las compusieron.

Es evidente que mientras la razón humana no cambie, no hay otro medio de que un hombre persuada a los demás de que es un ser sobrenatural, más que haciendo cosas sobrenaturales; y siendo, pues, indispensables los milagros, preciso es que no pueda caber duda alguna acerca de ellos; y para que esto suceda es necesario que las autoridades sobre las que reposen se hallen conformes en mi todo. Sí, por ejemplo, los datos que constituyen la historia de César no viniesen de cuatro biografías, escritas por otros tantos individuos, de los cuales uno no nos dijese nada de su expedición a la Gran Bretaña, otro refiriese ésta, pero suprimiese su conquista de las Galias; el tercero narrase estos acontecimientos omitiendo su estancia en Egipto, y así sucesivamente, nos veríamos perplejos, sin saber cuáles hechos eran dignos de entero crédito y cuáles no. Ahora bien. Si esto nos sucedería con acontecimientos perfectamente posibles, ¿con cuánta más razón no debemos dudar de hechos maravillosos, cuando vemos que unos autores los refieren, mientras otros los omiten por completo? Porque, por muy sorprendente que esto parezca, los milagros atribuidos a Jesús se hallan en este caso.

Si una persona nos dijese haber asistido a una representación en la que un prestidigitador había hecho pruebas tan sorprendentes como inexplicables, añadiendo que el público le había silbado, creeríamos, una de dos: o que aquella persona tenía interés en engañarnos, o que el público, lejos de parecerse sorprendentes e inexplicables los tales juegos, había descubierto el secreto, burlándose del ejecutante y de su habilidad. Pues bien; los evangelistas nos cuentan de Jesús numerosos milagros y, sin embargo, están unánimes en que los judíos, ante los que fueron ejecutados, no creyeron en ellos. Se nos dan, pues, como pruebas, unas narraciones escritas, no por personas imparciales, sino interesadas, narraciones que han pasado de copia en copia y de traducción en traducción durante diecinueve siglos. Como más adelante veremos, se ignora a punto fijo quiénes fueron sus autores, hasta el idioma en que originalmente se escribieron; se concede que, de los cuatro historiadores, dos cuentan lo que no vieron; y a pesar de esto se quiere que creamos en lo mismo en que los propios testigos no creyeron.

II

Los Evangelios son simplemente cuatro biografías o historias de la vida de Jesucristo, escritas por cuatro individuos, cuyos nombres eran: Mateo, Marcos, Lucas y Juan. La Iglesia asegura, sobre su palabra, que aquellos escritores estaban divinamente inspirados, y les ha conferido el título de santos. Si se nos pregunta quiénes fueron, contestaremos del modo siguiente:

SAN MATEO

En el Evangelio escrito por este autor se dice (Cap. IX, versículo 9), que Jesús hizo un nuevo discípulo que se llamaba Mateo. De aquí ha deducido la Iglesia que el compositor de este Evangelio debe ser el discípulo citado. Por lo demás, es todo lo que se sabe de él, pues mientras unos afirman que después de la muerte de Jesús predicó en África, otros lo niegan, diciendo que de Judea se internó en Asia, llegando a Persia, en donde murió después de fundar una iglesia floreciente; pero ambas historias son contradichas por una tercera, en la que se cuenta que se fue a las Calías, donde murió mártir, aplastado entre dos piedras.

SAN MARCOS

Se ignora por completo quién fue ni de dónde era este evangelista, pues unos le dicen hebreo, otros griego y otros romano. En lo que todos están acordes es en que no fue discípulo de Jesús, escribiendo su Evangelio por tradición y sin haber presenciado nada de lo que refiere. De su vida, unos dicen que fue a Egipto, en donde murió; otros que fue secretario de San Pedro, siendo crucificado al mismo tiempo que él.

La misma incertidumbre que con el anterior, reina acerca del idioma en ore escribió, estando divididos los Santos Padres entre el hebreo y el griego. Del mismo modo se ignora de dónde vino la traducción latina aprobada por la Iglesia. A pesar de no saberse a punto fijo cómo, cuándo ni en dónde murió, se conservan los huesos en la iglesia de San Marcos, en Venecia, apoyándose los venecianos en la razón de que, si bien no se puede probar que los huesos son los de San Marcos, nadie ha podido probar que no lo son. El Evangelio de este escritor es el más conciso, siendo la mitad aproximadamente del de cualquiera de sus tres compañeros.

SAN LUCAS

Este escritor, con una buena fe que le honra, empieza su Evangelio diciéndonos que no ha visto nada de lo que va a contar. Según unos, fue judío; según otros, griego. Unos dicen que fue discípulo favorito de San Pablo, acompañándole la mayor parte de su vida; otros aseguran que si bien fue convertido por San Pablo, se separó de él en cuanto quedó instruido en la religión, pasando a predicar a Italia y a Sicilia, en cuya última murió de cerca de noventa años. A pesar de estos varios autores, partidarios de que ningún santo debe morir en su cama, le hacen perecer, unos enterrado vivo, otros aserrado por el medio; otros, en fin, nos tícen simplemente que murió martirizado. La mayoría de los Santos Padres se inclinan a que escribió en griego, si bien no falta quien dice fue hebreo. Del mismo modo que con los anteriores, se ignora la procedencia de la traducción latina que aprobó la Iglesia.

SAN JUAN

San Mateo dice en su Evangelio (Cap. IV, versículo 21), que Jesús tomó por discípulos dos hermanos llamados Santiago y Juan, por lo que se da como seguro que este último debe ser el evangelista, y que, por lo tanto, era Judío. Lo único que se sabe de este asunto es que pasó los primeros años de su vida entre los griegos del Asia Menor, escribiendo su evangelio setenta años después de la muerte de Jesucristo y por los recuerdos

que de aquella época conservaba. Acerca del idioma en que escribió, no hay la inseguridad que con los otros, pues siendo general la opinión de que su Evangelio fue escrito para uso de los griegos, claro está que estaría en griego. En cuanto a la traducción latina que la Iglesia admitió como buena, reina la misma ignorancia que con las otras tres acerca del traductor, etc. Por extraordinario que parezca, a este santo no lo ha martirizado ningún historiador, que nosotros sepamos, dejándole morir tranquilamente de más de cien años, habiendo compuesto su Evangelio y el "Apocalipsis" pasado ya de los noventa.

A San Juan se le llama el Águila de la Iglesia, y se le representa acompañado de una de estas aves.

Como acabamos de ver la incertidumbre que reina acerca de los Evangelios y de los evangelistas no puede ser mayor, ignorándose por completo de dónde vinieron los Evangelios en latín que la Iglesia tuvo por conveniente admitir como traducciones de unos originales que nadie sabía en qué idioma fueron escritos. Y no es que nosotros exageremos; todo cuanto hemos dicho consta en los propios escritos de San Jerónimo, el famoso traductor al latín del Anticuo Testamento, San Agustín, San Juan Crisóstomo, San Gregorio, Tertuliano y algunos otros, entre los que citaremos una autoridad más moderna y más al alcance de todos, la del reverendo padre Scio, traductor al castellano y anotador de las Sagradas Escrituras, por cuyo trabajo mereció que el mismo Papa Pío VI le dirigiese una carta congratulándole y dándole las gracias por el servicio que con su obra había prestado a la Iglesia Romana. Dicho reverendo padre pone al principio de cada Evangelio una corta biografía del que lo escribió, y en ella se verán confirmados la mayoría de los datos que hemos estampado.

Algunos de los Santos Padres, desesperados por no poder averiguar quiénes fueron los evangelistas, resolvieron la cuestión diciendo que, siendo éstos simplemente el instrumento de que se valió el Espíritu Santo para comunicarse con los hombres, poco importaba la personalidad de ellos. Haremos notar que estos doctores de la Iglesia han olvidado informarnos cómo el encontrar unas historias que nadie sabía de dónde habían venido ni quiénes las habían escrito, indica que son obra del Espíritu Santo. De seguir este principio resultaría el Espíritu Santo responsable de los escritos más contradictorios, cuyos autores se ignoran. Advertiremos que la narración de milagros y hechos inútiles y ridículos llena las tres cuartas partes de los Evangelios. Si dejamos éstos reducidos a la verdadera historia conocida de Jesús y a sus mandamientos y preceptos morales, bastarían quince minutos para leer cualquiera de ellos ¡Hasta tal punto es sencilla la verdadera doctrina cristiana!

LA CONCEPCIÓN Y EL NACIMIENTO

Según San Mateo. — Según San Lucas. — Negación de la perpetua virginidad de María por los evangelios mismos. — Hermanos y hermanas de Jesús. — Contradicciones entre San Mateo y San Lucas. — El degüello de los inocentes. — Imposibilidad de esta fábula. — San Marcos y San Juan omiten por completo la milagrosa concepción y nacimiento de Jesús. — Reflexiones.

Mateo empieza su narración con una genealogía que, tomando raíz en el patriarca Abraham, y pasando por el rey David, concluye no en María, madre de Jesucristo, sino en José, su marido; y como a renglón seguido nos dice que aquella le concibió por obra del Espíritu Santo, obra en la cual José no tomó parte, la genealogía está, pues, de más. De la misma manera. San Lucas, nos da la genealogía de José; pero como este evangelista es muy prolijo, por más que escribió de oídas, no se detiene en Abraham, sino que continúa eslabonando nombres hasta llegar al mismo Adán, advirtiéndonos, por si acaso lo ignorábamos, que éste fue hijo de Dios. Tenemos, pues, a José, o según la Iglesia, a San José provisto de dos genealogías (una de ellas completa), y a Jesucristo sin ninguna; y ahora preguntamos nosotros: ¿Es posible que San Mateo y San Lucas o, mejor dicho, el Espíritu Santo, que hablaba por boca de ellos, se distrajese hasta el punto de no reparar en el disparate que cometía? No faltan Santos Padres que han querido explicar esto diciendo que José y María eran primos; pero aun cuando José hubiera sido padre de María y se hubiese casado con su propia hija, debía haberse hecho constar, evitándole decir absurdos al Espíritu Santo. En cuanto a los otros dos evangelistas. San Marcos y San Juan, igualmente inspirados por el Espíritu Santo, ignoraban esta milagrosa concepción; porque si no ¿cómo se explica el que no nos digan ni una palabra acerca de tan maravilloso acontecimiento?

El lector nos dispensará esta digresión y, reanudando el hilo, diremos que San Mateo nos refiere que por aquel tiempo vinieron unos magos de Oriente a Jerusalén¹, guiados por una estrella, preguntando por "el rey de los judíos" que acababa de nacer. Que al saber esto el rey Herodes se turbó, "y toda Jerusalén con él". Que preguntados los escribas, contestaron que el tal rey debía nacer en Belén y que, en efecto, allá fueron los magos para adorarle. (San Mateo, Cap. II).

Todo esto es sobrenatural; pero el colmo de lo inconcebible es que, habiéndose turbado Herodes y toda Jerusalén, no se le ocurriese a nadie el ir a mandar a alguien a Belén, que está a una hora (cinco Kilómetros) de camino, para averiguar lo que hubiese de cierto. En lugar de esto, Herodes dice a los magos que pregunten por el niño y se lo hagan saber, para ir él a adorarle. En cuanto a "toda Jerusalén", que tanto se turbó no vuelve a ocuparse más del asunto, lo cual no deja de ser milagroso. Por último, los magos van a Belén, adoran al niño, le ofrecen tesoros y desaparecen después con estrella y todo, sin despedirse de Herodes y sin que se vuelva a saber de ellos. Por su parte José, avisado por un ángel, toma a María y al niño y sale camino de Egipto. Dejemos ahora hablar a San Mateo (Cap. II. vers. 16);

"Entonces Herodes, cuando vio que había sido burlado por los magos, se irritó mucho e hizo matar todos los niños que había en Belén y en toda su comarca, de dos años

¹ Es muy curiosa la creencia general entre los católicos romanos de que eran tres reyes. San Mateo, único que habla de ellos, dice "unos magos"

abajo..."

San Lucas nada absolutamente nos dice de todo esto, contándonos, por su parte, que al nacer Jesús apareció en el aire "una tropa numerosa de la milicia celestial, que alaba a Dios" (Cap. II, versículo 13), lo cual, visto por unos pastores fueron a adorar al recién nacido.

Resulta, pues, que los magos de San Mateo se convierten en pastores en manos de San Lucas, y que la solitaria estrella de un evangelista la transforma el otro en una numerosa tropa celestial que canta por el aire, en todo lo cual hay milagro. También lo es y no pequeño el que en todo Belén no se percatasen más que unos pastores del concierto aéreo de la celestial tropa.

Acabamos de ver de que manera nos refieren la concepción y el nacimiento de Jesús, San Mateo y San Lucas y, naturalmente, se deseará saber que es lo que sobre el particular dicen los otros dos evangelistas, San Marcos y San Juan; pero aquí entra el milagro mayor de todos; porque ni uno ni otro dicen una palabra de en dónde nació Jesús, ni quién lo concibió, ni quién lo engendró, ni de magos, ni de estrella, ni de Herodes, ni de degüello, ni de huida a Egipto, ni de pastores, ni de tropas celestes, ni de nada, en fin, referente a su nacimiento. Escribir la vida de una persona y no decimos quién es, ni quiénes eran sus padres, ni de dónde ha venido, no parece racional, y lo lógico es suponer que los primeros capítulos de estos Evangelios fueron suprimidos, tomando la Iglesia sobre sí la responsabilidad "de corregir la plana al Espíritu Santo, cosa que, por otra parte, ha hecho siempre que le ha parecido conveniente."

LA RESURRECCIÓN

PRIMERA PARTE

Según San Mateo. — Según San Marcos. — Según San Lucas. — Según San Juan. — Sistema usado para escribir la Biblia.

Con objeto de que no se nos tache de parciales, copiamos palabra por palabra todo lo que los evangelistas nos dicen sobre el particular:

EVANGELIO DE SAN MATEO

CAPITULO XXVIII

1. Mas en la tarde del sábado, al amanecer el primer día de la semana, vino María Magdalena, y la otra María, a ver el sepulcro.

2. Y había habido un grande terremoto. Porque un ángel del Señor descendió del Cielo, y llegando revolvió la piedra, y se sentó sobre ella.

3. Y su aspecto era como un relámpago, y su vestido como la nieve. ,4. Y de temor de él se asombraron los guardas, y se quedaron como muertos.

5. Mas el ángel, tomando la palabra, dijo a las mujeres. No tengáis miedo vosotras, porque sé que buscáis a Jesús, el que fue crucificado.

6. No está aquí: porque ha resucitado como dijo. Venid y ved el lugar donde había sido puesto por el Señor.

7. E id luego, decid a sus discípulos que ha resucitado; y he aquí va delante de vosotros a Galilea; allí le veréis. He aquí os lo ha avisado de antemano.

8. Y salieron al punto del sepulcro con miedo, y con gozo grande fueron a dar las nuevas a sus discípulos.

9. Y he aquí que salió al encuentro diciendo: —Dios os guarde» Y ellas se llegaron a él, y abrazáronle sus pies, y le adoraron.

10. Entonces les dijo Jesús: —No temáis: id, dad las nuevas a mis hermanos para que vengan a Galilea, allí me verán.

11. Y mientras ellas iban, he aquí que algunos de los guardas fueron a la ciudad, y dieron aviso a los príncipes de los sacerdotes de todo lo que había pasado.

12. Y habiéndose juntado con los ancianos, y tomado consejo, dieron una grande suma de dinero a los soldados.

13. Diciendo: Decid: Vinieron de noche sus discípulos y lo hurtaron mientras nosotros estábamos durmiendo.

14. Y si llegase esto a oídos del presidente, nosotros y él os haremos creer, y miraremos por vuestra seguridad.

15. Y ellos tomando el dinero, lo hicieron conforme habían sido instruidos. Y esta voz, que se divulgó entre los judíos, dura hasta hoy día.

16. Y los once discípulos se fueron a la Galilea al monte, a donde Jesús les había mandado.

17. Y cuando le vieron le adoraron; más algunos dudaron.

18. Y llegando Jesús les habló diciendo: —Se me ha dado toda potestad en el Cielo y en la Tierra.

19. Id, pues y enseñad a todas las gentes; bautizándolas en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

20. Enseñádoles a observar todas las cosas que os he mandado. Y mirad que yo estoy con vosotros todos los días hasta la consumación del siglo.

EVANGELIO DE SAN MARCOS CAPITULO XVI

1. Y como pasó el sábado, María Magdalena y María madre de Santiago Salomé compraron aromas para ir a embalsamar a Jesús.
2. Y muy de mañana el primero de los sábados, vienen al sepulcro salido ya el sol.
3. Y decían entre sí: —¿Quién nos quitará la losa de la puerta del sepulcro?
4. Mas reparando vieron revuelta la losa; porque era muy grande.
5. Y entrando en el sepulcro, vieron a un mancebo sentado al lado derecho, cubierto de una ropa blanca y se pasmaron.
6. Y él les dice: —No os asustéis; buscáis a Jesús Nazareno, el que fue crucificado; ha resucitado; no está aquí: ved aquí el lugar en que le pusieron.
7. Mas id y decid a sus discípulos, y a Pedro, que va delante de vosotros a Galilea; allí lo veréis, como os dijo.
8. Y ellas saliendo huyeron del sepulcro, porque las había tomado temor y espanto; y a nadie dijeron nada; porque estaban poseídas del miedo.
9. Mas habiendo resucitado por la mañana, el primer día de la semana apareció primeramente a María Magdalena, de la cual había lanzado siete demonios.
10. Ella lo fue a decir a los que habían estado con él, que estaban afligidos y llorando.
11. Y ellos, cuando oyeron que estaba vivo, y que ella le había visto, no lo creyeron.
12. Mas después de esto se mostró en otra forma a dos de ellos que se iban a una aldea.
13. Y éstos fueron a decirlo a los otros; y tampoco lo creyeron.
14. Finalmente estando sentados a la mesa Jos once, se les apareció; y les afeó su incredulidad y dureza de corazón!, por no haber creído a los que le habían visto resucitado.
15. Y les dijo: Id por todo el mundo y predicad el Evangelio a toda criatura.
16. El que creyere y fuere bautizado, será salvo, más el que no creyere, será condenado,
17. Y estas señales seguirán a los que creyeron; lanzarán demonios en mi nombre; hablarán nuevas lenguas.
18. Quitarán serpientes, y si bebieran alguna cosa mortífera, no les dañará; pondrán las manos sobre los enfermos y sanarán ².
19. Y el Señor Jesús después que les habló fue recibido arriba en el Cielo, y está sentado a la diestra de Dios.
20. Y ellos salieron y predicaron en todas partes, obrando el Señor con ellos y confirmado su doctrina con los milagros que la acompañaban.

EVANGELIO DE SAN LUCAS CAPITULO XXIV

1. Y el primer día de la semana fueron muy de mañana al sepulcro llevando las aromas, que habían preparado.
2. Y hallaron la losa revuelta del sepulcro.
3. Y entrando no hallaron el cuerpo del Señor Jesús.
4. Y aconteció que estando consternadas por esto, he aquí dos varones que se pararon Junto a ellas con vestiduras resplandecientes.
5. Y como estuviesen medrosas y bajasen el rostro a la tierra les dijeron: -¿Por qué buscáis entre los muertos al que vive?

² Viendo San Jerónimo que ni él mismo, ni nadie, podía ejecutar estos milagros, y no atreviéndose a suponer que Jesucristo hubiese dicho tales mentiras, calificó de falso este capítulo del Evangelio. La Iglesia, sin embargo, lo aceptó como bueno, haciendo quedar a Jesús como un embustero

6. No está aquí, mas ha resucitado; acordaos de lo que os hablé, estando aún en Galilea.
7. Diciendo; Es menester que el Hijo del hombre sea entregado en manos de hombres pecadores, y que sea crucificado, y que resucite al tercer día ³.
8. Entonces se acordaron de las palabras de él.
9. Y salieron del sepulcro, y fueron a contar todo esto a los once; y a todos los demás.
10. Y las que refirieron estas cosas a los Apóstoles eran María Magdalena y Juana y María madre de Santiago, y las demás que estaban con ellas.
11. Y ellos tuvieron por un desvarío estas sus palabras; y no las creyeron.
12. Mas levantándose Pedro, corrió al sepulcro; y bajándose vio sólo los lienzos que estaban allí echados, y se fue, admirando entre sí ¡o que había sucedido.
13. Y dos de ellos aquel mismo día iban a una aldea llamada Emmaus, que distaba de Jerusalén unos sesenta estadios.
14. Y ellos iban conversando entre sí de todas estas cosas que habían acaecido.
15. Y como fuesen hablando y conferenciando el uno con el otro, se llegó a ellos el mismo Jesús; y caminaba en su compañía.
16. Mas los ojos de ellos estaban detenidos, para que no le conociesen.
17. Y les dijo: -¿Qué pláticas son éstas, que tratáis entre vosotros caminando, y por qué estáis tristes?
18. Y respondiendo uno de ellos, llamado Cleofás, le dijo: -¿Tú solo eras forastero en Jerusalén y no sabes lo que allí ha pasado estos días?
19. El les dijo: -¿Qué cosa? Y respondieron: -De Jesús Nazareno, que fue un varón profeta, poderoso en obras y en palabras delante de Dios y de todo el pueblo ⁴.
20. Y cómo le entregaron los sumos sacerdotes y nuestros príncipes a la condenación de muerte, y le crucificaron.
21. Mas nosotros esperábamos que él era el que había de redimir a Israel, y ahora sobre todo esto, hoy es el tercer día que han acontecido estas cosas.
22. Aunque también unas mujeres de las nuestras nos han espantado, las cuales antes de amanecer fueron al sepulcro.
23. Y no habiendo hallado su cuerpo, volvieron diciendo que habían visto allí visión de ángeles, los cuales dicen que él vive.
24. Y algunos de los nuestros fueron al sepulcro; y lo hallaron así como las mujeres lo habían referido; mas a él no le hallaron.
25. Y Jesús les dijo: -¡Oh, necios y tardos de corazón para creer todo lo que los profetas han dicho!
26. Pues qué, ¿no fue menester que el Cristo padeciese estas cosas y que así entrase en su gloria?
27. Y comenzando desde Moisés, y de todos los Profetas, se lo declaraba en todas las Escrituras que hablan de él ⁵.
28. Y se acercaron al castillo, a donde iban: y él dio muestras de ir más lejos.
29. Mas lo detuvieron por fuerza diciendo: quédate con nosotros porque se hace tarde, y está ya inclinado el día. Y entró con ellos.
30. Y estando sentado con ellos a la mesa tomó el pan, lo bendijo» y habiéndolo partido, se lo daba.

³ *San Juan contradice esto terminantemente, los discípulos no entendían “que fuese menester el que Jesús resucitase” (Capítulo XX, vers. 9).*

⁴ *Esto demuestra que los apóstoles tenían a Jesús por profeta pero no por Dios.*

⁵ *Estas palabras que San Lucas pone en boca de Jesús, son una insigne falsedad: ni Moisés ni ninguno de los profetas le menciona una sola vez.*

31. Y fueron abiertos los ojos de ellos, y lo conocieron; y él entonces desapareció de su vista.

32. Y dijeron uno a otro: -¿Por ventura no ardía nuestro corazón dentro de nosotros, cuando en el camino nos hablaba y nos explicaba las Escrituras?⁶.

33. Y levantándose en la misma hora, volvieron a Jerusalén; y hallaron congregados a los once y a los que estaban con ellos.

34. Que decían: Ha resucitado el Señor verdaderamente y ha aparecido a Simón.

35. Y ellos contaban lo que les había acontecido en el camino; y cómo le habían conocido al partir el pan.

36. Y estando hablando estas cosas, se puso Jesús en medio de ellos y les dijo: Paz a vosotros; Yo soy, no temáis.

37. Mas ellos, turbados y espantados, pensaban que veían algún espíritu.

38. Y les dijo: ¿Por qué estáis turbados y suben pensamientos a vuestros corazones?

39. Ved mis manos y mis pies, que yo mismo soy; palpad y ved; que el espíritu no tiene carne ni huesos, como veis que yo tengo.

40. Y dicho esto les mostró las manos y los pies.

41. Mas como aun no lo acabasen de creer y estuviesen maravillados de gozo, les dijo: ¿Tenéis aquí algo de comer?

42. Y ellos les presentaron parte de un pez asado y un panal de miel.

43. Y habiendo comido delante de ellos, tomó las sobras y se las

44. Y les dijo: Estas son las palabras que os hablé, estando aún con vosotros; que era necesario que se cumpliese todo lo que está escrito en mí en la ley de Moisés, y en los profetas y en los salmos.

45. Entonces les abrió el sentido para que entendiesen las Escrituras.

46. Y les dijo: Así está escrito y así era menester que el Cristo padeciese, y resucitase al tercer día de entre los muertos.

47. Y que se predicase en su nombre penitencia y remisión de pecados a todas las naciones, empezando en Jerusalén.

48. Y vosotros testigos sois de estas cosas.

49. Y yo envío al prometido de mi padre sobre vosotros; mas vosotros permaneced aquí en la ciudad hasta que seáis vestidos de la virtud de lo alto.

50. Y los sacó fuera hasta Betania; y alzando sus manos, los bendijo.

51. Y aconteció que bendiciéndolos, se fue de ellos, y era llevado arriba al cielo.

52. Y ellos, después de haberle adorado, se volvieron a Jerusalén con gran gozo.

53. Y estaban siempre en el templo loando y bendiciendo a Dios. Amén.

Debemos recordar que, a pesar de ser este evangelio tan minucioso, nos dice él mismo que ni fue discípulo de Jesucristo, ni vio nada de todo lo que cuenta.

EVANGELIO DE SAN JUAN

CAPITULO XIX

38. Después de esto, José de Arimatea (que era discípulo de Jesús, aunque oculto) rogó a Pilatos que le permitiese quitar ("de la cruz") el cuerpo de Jesús. Y Pilatos se lo permitió. Vino, pues y quitó el cuerpo-de Jesús.

39. Y Nicodemo, el que había ido primeramente de noche a Jerusalén también, trayendo una confección como de cien libras de mirra y de áloe.

40. Y tomaron el cuerpo de Jesús, y lo ataron en lienzos con aromas, así como los judíos acostumbraban sepultar.

41. Y en aquel lugar en donde fue crucificado, había un huerto;

V en el huerto un sepulcro nuevo, en el que aun no había sido puesto alguno.

⁶ Toda esta conversación y merienda son de la exclusiva cosecha de San Lucas. Ningún otro la refiere.

42. Allí, pues, por causa de la Parasceve⁷ de los judíos, porque estaban cerca del sepulcro, pusieron a Jesús.

CAPITULO XX

1. Y el primer día de la semana vino María Magdalena de mañana al sepulcro, cuando era obscuro; y vio quitada la losa del sepulcro.

2. Y fue corriendo a San Pedro, y al otro discípulo, a quien amaba Jesús, y le dijo: Han quitado al Señor del sepulcro, y no sabemos en dónde le han puesto.

3. Salió, pues Pedro y aquel otro discípulo y fueron al sepulcro.

4. Y corrían los dos a la par; mas el otro discípulo se adelantó corriendo más de prisa que Pedro, y llegó primero al sepulcro.

5. Y habiéndose bajado, vio los lienzos puestos; mas no entró.

6. Y llegó, pues. Simón Pedro, que le venía siguiendo, y entró en el sepulcro, y vio los lienzos puestos.

7. Y el sudario, que había tenido sobre la cabeza, no puesto con los lienzos, sino en lugar aparte.

8. Entonces entró también otro discípulo, que había llegado primero al sepulcro; y vio y creyó.

9. Porque aun no entendían la Escritura, que era menester que él resucitara entre los muertos⁸.

10. Y se volvieron otra vez los discípulos a su casa. 11. Pero María estaba fuera llorando junto al sepulcro. Y esperando así llorando se bajó y miró hacia el sepulcro.

12. Y vio dos ángeles vestidos de blanco, sentados, el uno a la cabecera y el otro a los pies, en donde había sido puesto el cuerpo de Jesús.

13. Y le dijeron: Mujer, ¿por qué lloras? Díceles: Porque se han llevado de aquí a mi Señor, y no sé dónde le han puesto.

14. Y cuando esto hubo dicho, se volvió a mirar atrás, y, vio a Jesús que estaba de pie; mas no sabía que era Jesús.

15. Jesús le dice: Mujer ¿por qué lloras? ¿A quién buscas? Ella, creyendo que era el hortelano le dijo: Señor, si tú le has llevado de aquí dime en dónde le has puesto; y yo lo llevaré.

16. Jesús le dice: María. Vuelta ella, le dice 'Rabboní' (que quiere decir Maestro).

17. Jesús le dice: No me toques, porque aun no he subido a mi Padre; más vé a mis hermanos y díles: Subo a mi Padre y vuestro Padre; a mi Dios vuestro Dios.

18. Vino María Magdalena dando las nuevas a los discípulos: Que he visto al Señor, y esto me ha dicho.

19. Y como fue la tarde de aquel día el primero de la semana, y estando cerradas las puertas, en donde se hallaban juntos los discípulos por medio de los judíos, vino Jesús y se puso en medio, y les dijo: —Paz a vosotros.

20. Y cuando esto hubo dicho les mostró las manos y el costado. Y se gozaron los discípulos viendo al Señor.

21. Y otra vez les dijo: Paz a vosotros: Como el padre me envió, así también yo os envío.

22. Y dichas estas palabras sopló sobre ellos, y les dijo: Recibid el Espíritu Santo.

23. A los que perdonaréis los pecados, perdonados les son: y a los que retuviereis, les son retenido⁹.

⁷ La Pascua de los judíos, de quien lo Han tomado los cristianos.

⁸ San Marcos dice (Cap. XXVII, vers. 63 y 64) que era tan notorio el que resucitaría, que se pusieron guardas alrededor del sepulcro a ver si resultaba cierto.

⁹ Ningún otro evangelista dice palabra acerca de este soplo y poderes encendidos a los apóstoles.

24. Pero Tomás, uno de los doce que se llamaba Didímo, no estaba con ellos cuando vino Jesús.

23. Y los otros discípulos le dijeron: Hemos visto al Señor. Mas él les dijo: Si no viere en sus manos la hendidura de los clavos, y metiere mi dedo en el lugar de los clavos, y metiere mi mano en su costado, no lo creeré.

26. Y al cabo de ocho días, estaban otra vez sus discípulos dentro, y Tomás con ellos: vino Jesús cerradas las puertas, y se puso en medio y dijo: Paz a vosotros.

27. Y después dijo a Tomás: Mete aquí tu dedo y mira mis manos; y da acá tu mano, métela en mi costado; y no seas incrédulo, sino fiel.

28. Respondió Tomás y dijo: Señor mío, y Dios mío.

29. Jesús le dijo: Porque me has visto, Tomás, has creído. Bienaventurados los que vieron y creyeron¹⁰.

30. Otros muchos milagros hizo también Jesús en presencia de sus discípulos, que no están escritos en este libro.

31. Mas estos han sido escritos para que creáis que Jesús es el Cristo, el hijo de Dios, y para que creyendo tengáis vida en su nombre.

CAPITULO XXI

1. Después se mostró otra vez Jesús a sus discípulos en el mar de Tiberíades. Y se mostró así:

2. Estaban juntos Simón Pedro y Tomás, llamado Didimo, y Natanael, que era de Cana de Galilea, y los hijos de Zebedeo, y otros dos de sus discípulos.

3. Simón Pedro les dice: Voy a pescar. Le dicen: Vamos también nosotros contigo. Salieron, pues, y subieron en un barco; y aquella noche no cogieron nada¹¹.

4. Mas cuando vino la mañana, se puso Jesús en la ribera, pero no conocieron los discípulos que era Jesús.

5. Y Jesús les dijo: 'Hijos, ¿tenéis algo de comer? Le respondieron: No.

6. Les dice: Echad la red a la derecha del barco, y hallaréis. Echaron la red, y ya no la podían sacar por la muchedumbre de los peces.

7. Dijo entonces a Pedro, aquel discípulo a quien amaba Jesús:

El Señor es. Y Simón Pedro, cuando oyó que era el Señor, se ciñó su túnica (porque estaba desnudo) y se echó en el mar.

8. Y los otros discípulos vinieron con el barco (porque no estaban lejos de la tierra, sino como doscientos codos): tirando de la red con los peces.

9. Y luego que saltaron en tierra, vieron brasas puestas y un pez sobre ellas, y pan.

10. Jesús les dice: Traed acá de los peces que cogisteis ahora.

11. Entonces subió Simón Pedro y trajo la red a tierra llena de grandes peces, ciento y cincuenta y tres. Y aunque eran tantos no se rompió la red.

12. Jesús les dice: Venid, comed. Y ninguno de los que comían con él osaban preguntarle: Tú, ¿quién eres? sabiendo que era el Señor.

13. Llega pues Jesús, y tomando el pan se lo da, y asimismo del pez.

14. Esta fue ya la tercera vez que se manifestó Jesús a sus discípulos, después que resucitó de entre los muertos.

15. Y cuando hubieron comido, dice Jesús a Simón Pedro: Simón, hijo de Juan, ¿me amas más que éstos? Le responde: Sí, Señor, tú sabes que te amo. Le dice: Apacienta

¹⁰ Esta listona acerca de Santo Tomás es tan ridícula, que sólo al fantástico San Juan pudo ocurrírsele. Ningún otro evangelista dice una palabra acerca de ella.

¹¹ A pesar de lo que el mismo San Juan nos dice en el capítulo XX, versículos 21 y 23, los apóstoles, después de haber recibido el Espíritu Santo por medio de un soplo de Jesucristo, se preocupaban más por ganarse la vida pescando que predicando.

mis corderos.

17. Le dice tercera vez: Simón hijo de Juan, ¿me amas? Pedro *se* entristeció, porque le había dicho la tercera vez: ¿Me amas? y le dijo: Señor, tú sabes todas las cosas: tú sabes que te amo. Le dijo: Apacienta mis ovejas.

18. En verdad, en verdad te digo, que cuando eras mozo, te ceñías e ibas a donde querías; mas cuando ya fueras viejo, extenderás tus manos y te ceñirá otro, y te llevará donde tú no quieras.

19. Esto dijo, señalando con qué muerte había de glorificar a Dios. Y habiendo dicho esto, le dice: Sígueme.

20. Volviéndose Pedro, vio que le seguía aquel discípulo a quien amaba Jesús, y que en la cena estuvo recostado sobre su pecho, y le había dicho: Señor, ¿quién es el que te entregará?

21. Y cuando Pedro le vio dijo a Jesús; Señor, ¿y este, qué?

22. Jesús le dijo: Si muero que él quede hasta que yo venga, ¿qué te va a ti? Tú, sígueme.

23. Salió, pues, esta palabra de entre los hermanos, que aquel discípulo no muere. Y no le dijo Jesús: No muere. Sino: Si quiero yo que quede hasta que yo venga, ¿a ti qué te va?¹².

24. Este es aquel discípulo que da testimonio de estas cosas, y escribió estas cosas, y sabemos que su testimonio es verdadero.

25. Otras muchas cosas hay que hizo Jesús: que si se escribiesen una por una, me parece que ni en el mundo cabrían los libros que se habían de escribir.

Según San Lucas y San Martos, nada de lo que San Juan refiere en su último capítulo es cierto, por haber ya subido Jesús al Cielo. Por lo demás, como San Juan escribió setenta años después de la muerte de Jesús, difícilmente podía encontrar quien le contradijese.

Por estos capítulos de los Evangelios (que hemos copiado literalmente de la traducción de las Sagradas Escrituras por el padre Scío, que es la aprobada por la Iglesia, en España), podrá formarse el lector una idea del sistema adoptado para escribir la Biblia, sistema en el cual los detalles de acontecimientos secundarios se cuentan con la mayor prolijidad, mientras que los verdaderamente importantes se tocan a la ligera y de un modo más o menos vago, a fin de que se presten a varias interpretaciones. En cuanto al estilo, es eminentemente pesado, obedeciendo todo a la idea de hacer la lectura de las Sagradas Escrituras lo más desagradable posible, evitando así el que, enterándose las gentes de su contenido, comprendan el engaño de que son víctimas. Esto es tan cierto, que si bien es raro el que en una casa protestante falte la Biblia, es mucho más raro encontrar quién se haya querido tomar el trabajo de leerla.

De ser la Escritura más conocida, pronto perdería su carácter de libro sagrado, pasando a la categoría de lo que realmente es este célebre libro de los libros, al que dedicaremos un capítulo antes de entrar en el análisis del pretendido milagro de la resurrección.

¹² En varias partes (le los Evangelios vemos decir a Jesús que muy pronto vendría a fundar su reino, razón por la cual los primeros cristianos esperaban su segunda venida de un día para otro.

LA SANTA BIBLIA

PRIMERA PARTE

Qué es la Biblia. —. Nombre que tiene el Dios de las Sagradas Escrituras.

— Moisés y la ciencia. — El Dios-Hombre y el verdadero. — Origen del pueblo hebreo, según Moisés. — La humanidad no desciende toda de Adán y Eva, según la Biblia. — El Diluvio. — Su causa verdadera y la imaginaria. — La poligamia autorizada. — Gobierno de los hebreos. — Salomón. — Los profetas.— Los Evangelios. — Galimatías bíblico. — Decisión definitiva de su divinidad.

I

La Biblia, o sea la Sagrada Escritura (hacemos esta advertencia porque hay muchos que se imaginan ser dos obras distintas), es simplemente la "Historia Antigua de la Nación Judía, Hebrea o israelita", a la que también se llama el "Pueblo Escogido", el "Pueblo de Israel" y el "Pueblo de Dios", pues con todos estos nombres se conoce el Dios de esta nación. Tiene en la Biblia el nombre de Jehová, y es el mismo Dios que los cristianos creen tomó cuerpo bajo la forma de Jesucristo, razón por la cual suele llamársele el Dios de Israel; también se le llama el Dios Padre en la trinidad cristiana.

Moisés, que era israelita, fue el autor de la primera y principal parte de las Sagradas Escrituras, y en lugar de empezar su Historia de la Nación Judía diciéndonos que se ignoraba su origen, porque los pueblos, como las personas, no pueden acordarse de cuándo empezaron a existir, comienza nada menos que por la creación del mundo, o mejor dicho, del Universo. Ya hemos visto qué especie de Universo nos cuenta que hizo Jehová.

Una vez formado el mundo con todos sus animales, incluso hombres y mujeres, nos refiere la Sagrada Escritura que Jehová hizo un hombre y una mujer, de cuya pareja debía descender una nación especial que aquel Dios quería proteger y distinguir sobre las demás naciones de la Tierra. Esta nación o este pueblo es el pueblo judío, siendo esta razón por la que se le llama en la Biblia el "Pueblo escogido de Dios". De los exclusivos descendientes de este hombre y esta mujer, expresamente formados por la propia mano de Jehová, y a quienes puso los nombres de Adán y Eva, es de los que Moisés nos dice en las Sagradas Escrituras que salió el pueblo hebreo, que era el suyo.

De no haber existido más que Adán y Eva, los hijos de éstos habrían tenido que tomar por mujeres a sus propias hermanas, cosa prohibida por su mismo Dios en las Escrituras (Levítico", Cap. XX, vers. 17). Los hijos de Adán y Eva tomaron por esposas mujeres de los pueblos que descendían de los otros hombres y mujeres, creados anteriormente por Jehová, y a las que la Biblia llama "las hijas de los hombres", las cuales, por el mero hecho de unirse a los hijos de Adán, quedaban incluidas en el pueblo escogido y pasaban por ser "las hijas de Dios". Esto es precisamente lo que sucede todavía entre los israelitas que conservan el culto primitivo en toda su pureza.

En todos los pueblos de origen muy antiguo existe el recuerdo de una gran inundación que hizo perecer ahogados a la mayor parte de los hombres. Aquello consistió en un horrible terremoto en el que hundiéndose la tierra por unos lados y levantándose por otros, hizo que los mares cambiasen de sitio, derramándose sobre los continentes, y haciendo desaparecer bajo el agua países enteros. Esto lo vemos reproducirse continuamente, aunque en menor escala, y en el año 1883 hemos tenido un ejemplo en el terremoto de Java, en el que se han hundido en el mar montañas enteras, mientras que en

otras partes la fuerza del fuego y los gases interiores han levantado el fondo de los mismos, formando nuevas islas y arrojando el agua sobre otros puntos, causando estos trastornos la muerte de muchos miles de personas y la desaparición completa de varias poblaciones.

Según Moisés, lo que se llama el diluvio no consistió en un temblor de tierra, sino en lo siguiente: Los hombres se habían vuelto tan malos, que Jehová, se arrepintió de haberlos creado"; palabras textuales de las Sagradas Escrituras ("Génesis", Cap. VI, vers. 6 y 7). No pudiendo hacerlos mejores, y no siéndole posible castigarlos de otro modo, pues tanto Jehová como Moisés no sabían una palabra de Infierno, determinaron ahogar, no sólo a los hombres, sino hasta a los animales. Con este objeto, Jehová no se contentó ya con abrir las compuertas del cielo, como cuando quería hacer llover, sino que "fueron rotas todas las fuentes del abismo y las cataratas de los cielos fueron abiertas" ("Génesis", Cap. VII, vers. 11), dejando correr el agua sobre los desdichados hombres y animales, quienes, encerrados entre la media naranja sólida de arriba y la tierra plana debajo, quedaron ahogados como ratones en trampa. Como Moisés escribió miles de años después de ocurrido todo esto, pudo despacharse a su gusto. El padre Scío trata de disculpar esta atrocidad de Jehová, asegurándonos que todos los hombres (menos Noé y su familia) eran irnos malvados; suponemos que los niños de pecho eran unos malvados execrables. Lo peor del caso es que los hombres fueron, después del diluvio, tan malos como antes.

El reverendo padre Scío, en una de las numerosas notas con que quiere simular las contradicciones y absurdos de la Biblia, nos informa que Jehová permitía la poligamia con objeto de que aumentase rápidamente la población; pero a este sabio doctor de la Iglesia se le olvidó notar que siendo las mujeres poco más o menos tantas como los hombres, si uno tomaba dos mujeres, otro tenía que quedarse sin ninguna. Además, si ese Dios-Hombre de la Iglesia es omnipotente, le habría bastado una palabra para crear todos los millones de seres humanos que le hubiese dado la gana.

La creencia muy extendida entre los cristianos, de que Jesús abolió la poligamia, es un error; ésta fue abolida por los mismos judíos, los cuales no permiten más que una mujer, y respetan el matrimonio al igual que los cristianos. Otros hay que se imaginan que entre el mandamiento "no cometerás adulterio" y la poligamia hay contradicción, lo cual es otro error. El adulterio no puede cometerse más que con aquella que no es nuestra mujer; y si hay autorización para tener varias, no hay adulterio. Este se castiga entre los judíos con la pena de muerte. Lo^o mahometanos, cuya religión es sacada de la cristiana y la judía, tienen los diez mandamientos y la poligamia.

La monarquía hebrea llegó a su apogeo bajo el reinado de Salomón, si bien el inmenso poder que los historiadores judíos le dan en las Sagradas Escrituras, son pura obra de sus imaginaciones orientales, pues ni aun en los tiempos de su mayor poderío tuvo la nación judía una extensión mayor que la mitad de España.

Unida a esta antigua historia hebrea va una porción de sermones de individuos a quienes los judíos llaman profetas y que equivalen a los modernos predicadores cristianos. Las profecías de aquellos santos varones se reducían a decir que las costumbres estaban perdidas, que los hombres se hacían cada vez peores, que cuando menos lo esperasen iba a suceder alguna cosa, etcétera, etcétera.

Cualquier acontecimiento desgraciado, lo atribuían a la cólera de los dioses, las profecías eran del calibre siguiente: cuando salía mal alguna guerra y los enemigos se aproximaban a Jerusalén, profetizaban que la cosa iba a andar mal y que Jehová había decretado que los enemigos asolasen al país y entrasen en Jerusalén, en castigo de las maldades de sus habitantes. Afortunadamente aquellos santos profetas no sabían jota de infierno; de lo contrario, no habrían dejado de amenazar a los israelitas. A todas estas

vulgaridades hay que añadir escritos del citado rey Salomón, y de algunos otros, más o menos poéticos, más o menos filósofos y más o menos indecentes, porque las Sagradas Escrituras están sazonadas con tales obscenidades, que su lectura es completamente imposible, no sólo a una soltera, pero ni a una casada que tenga algún pudor. El conjunto de todo esto es lo que se llama el Antiguo Testamento.

Los cristianos admitieron como divinos esta historia y estos escritos de los judíos, y continuaron su redacción añadiendo los cuatro Evangelios, o sean las cuatro vidas de Jesús, compuestas por San Mateo, San Marcos, San Lucas y San Juan, y algunos escritos de San Pablo, San Juan y otros. Esta segunda parte, exclusivamente cristiana, que viene a constituir un quinto de las Escrituras, es la que se llama el Nuevo Testamento, que en unión del Antiguo forman esa famosa Biblia de la que unos por ignorantes, otros por tontos o pretenciosos y no pocos por pillos, hablan con tanta admiración. Habiendo sido escrita la Biblia por innumerables personas, cada una de las cuales ha hecho decir a su Dios lo que le ha parecido bien, resulta que éste se contradice a cada paso.

Con la Biblia se puede probar que los hombres son y no son responsables de sus acciones; puede probarse que Jesucristo era Dios y no lo era; que subió al cielo y no subió; que el Espíritu Santo es un Dios y que no lo es; que Dios es justo y que es injusto; que es bondadoso y que es cruel; que es bueno y que es malo; que es sabio y que es tonto; que es todopoderoso y que no lo es, etc., etc. En las Escrituras consta que hay brujas y brujos, y que hay hombres que pueden saber el porvenir sin ser profetas y pueden hacer milagros sin ser santos. Con ellas en la mano puede probarse que el Papa católico romano es el Anti-Cristo, y que sus sacerdotes son los demonios, mientras éstos, hace ya un siglo, aseguraban probar que el Anti-Cristo era Napoleón I. Con las Escrituras Sagradas delante puede demostrarse que ni hay alma, ni vida futura, buena ni mala, y sin embargo en las mismas se dice que Jesús hablaba de otra vida. Con la Biblia puede atacarse y defenderse todas cuantas doctrinas pueden ocurrírseles a los hombres, de cualquier clase que aquéllas sean.

El estilo alegórico, enigmático y hasta incomprensible en que expresamente está escrita la Biblia, sobre todo en la parte de profecías, es tal, que hay punto en que no se sabe si la profecía se refiere a alguna guerra entre los judíos y sus enemigo? y la entrada de éstos en Jerusalén, o como gravemente aseguró el doctor de la Iglesia, a la guerra franco-prusiana, y a la entrada de los alemanes en París en 1871. Del mismo modo hay profecía que no se sabe si se refiere a algún bicho raro, o al Espíritu Santo, o a Jesucristo o a una locomotora, pues no falta reverendo Padre que asegura que el ferrocarril y el telégrafo están profetizados en la Biblia, a la cual añadiremos nosotros que, hablándose en ella también de grandes animales que vuelan debe ser esto alguna evidente profecía referente a aparatos de navegación aérea.

Con lo dicho basta para que cualquiera comprenda que las Sagradas Escrituras son sencillamente el resultado de lo que los judíos, empezando por Moisés, fueron escribiendo durante dos mil o tres mil años, a las cuales más tarde contribuyeron también los cristianos, saliendo de todo ello este galimatías de los galimatías.

SEGUNDA PARTE

La resurrección, base de la divinidad de Jesús. — Incredulidad de los Apóstoles. — De la aparición del cuerpo de Jesús. — Los inescrutables designios de Dios. — Jesús, resucitado, no es visto de nadie más que de sus propios discípulos de Jesús, única base de la resurrección. — Falsedad evidente de esta fábula.

I

La resurrección es el hecho principal en que la Iglesia se apoya para decir que Jesús era Dios, lo cual no es lógico, pues San Mateo, en el capítulo XXVII, versículos 52 y 53, nos dice que al morir Jesús resucitaron muchos santos, salieron de sus sepulcros y fueron a Jerusalén en donde se presentaron a muchos; y a pesar de ello la Iglesia, no sólo no los ha tomado por Dioses, sino que ni siquiera se saben los nombres de aquellos santos resucitados, quienes, después de su excursión, se volverían a sus sepulcros, aburridos de no encontrar ningún conocido, quienes ya habrían muerto. Y aquí ocurre una dificultad, y es: cómo las gentes que los vieron en Jerusalén sabían que eran santos, que acaso hacía doscientos o trescientos años que habían muerto. Además, los milagros de Jesús no son mayores que los de cualquier santo de los que la Iglesia Romana tiene miles, y las prodigiosas maravillas que Moisés ejecutó, según él mismo nos refiere en las Sagradas Escrituras; y, sin embargo, ni judíos ni cristianos tienen a Moisés por Dios.

A pesar del mar de palabras inútiles con que los evangelistas nos quieren obscurecer los hechos, vemos que al amanecer del primer día de la semana, que para los judíos es el domingo, había ya desaparecido del sepulcro el cuerpo de Jesús. Dicho sepulcro consistía en una cueva tallada en piedra y tapada con una losa. (San Marcos, Cap. XV, vers. 46). Ahora bien: San Mateo nos cuenta (Cap. XII, vers. 40), que Jesús había dicho estas palabras: "El hijo del hombre estará tres días y tres noches en el corazón de la tierra". Muriendo el viernes por la tarde, era necesario, para que la profecía se cumpliera, que no resucitase hasta el lunes por la tarde. Habiendo desaparecido el cuerpo el domingo de madrugada, resulta que no estuvo en el sepulcro más que un día y dos noches, y que la prisa de los evangelistas en resucitarle hace salir falsa la profecía.

San Mateo dice que en la mañana del domingo fueron "dos mujeres", Magdalena y María, a ver el sepulcro. San Marcos dice que eran "tres", Magdalena, María (madre de Santiago y Salomé), las que fueron. "salido ya el sol", no a ver el sepulcro, sino a "embalsamar el cuerpo", para cuyo efecto compraron aromas; pero esto lo contradice redondamente San Juan, afirmando que el "cadáver había sido ya embalsamado el viernes" con nada menos que cien libras de mirra y áloe. A nosotros nos parece milagroso el que nadie viese la inutilidad de embalsamar un cuerpo que había de resucitar a los tres días. Igualmente contradice San Juan a sus compañeros asegurándonos que "sólo María Magdalena fue a visitar el sepulcro", y esto no ocurrió "salido ya el sol", según dice San Mateo, sino "cuando aun era oscuro".

San Mateo nos cuenta que ocurrió "un gran terremoto"; pero como los demás no refieren este fenómeno, debemos atribuirlo a lo muy partidario que era aquel santo de esta clase de milagros. Según el mismo autor, "un ángel" bajó del cielo y, quitando la piedra de la entrada se sentó sobre ella. Igualmente nos asegura que el tal ángel estaba "vestido de blanco y tenía aspecto de relámpago". San Marcos lo contradice, diciéndonos que era "un mancebo" sin relámpago; que se hallaba sentado no fuera sino dentro. En cambio,

San Lucas desmiente todo esto, pues según él ni fue un ángel, ni un mancebo, sino "dos varones". Para acabar de mostrarnos lo muy de acuerdo que todos se hallan, San Juan, que fue el único evangelista que dice vio el sepulcro, no notó ni ángeles de relámpago, ni mancebos, ni varones. Lo que éste refiere es que Magdalena, habiendo ido al sepulcro y encontrándole vacío, vino a decirles a Pedro y a él que habían quitado el cadáver y no sabía en dónde lo habían puesto; y que habiendo corrido allá, no encontraron más que los lienzos y la sábana en que había estado envuelto el cuerpo. Es cierto que dice que después de que él y Pedro dejaron el sepulcro. Magdalena descubrió dos ángeles dentro de él, no dejando de ser milagroso el que ellos no lo hubiesen visto.

Los sacerdotes no dudan por un momento de que Jesús ha resucitado; y a pesar de que este hecho tenía que convencerles de su divinidad, en lugar de reconocer su error y correr a adorarle, dan dinero a los soldados a fin de que digan que el cuerpo había sido robado, sin calcular que gastaban dinero en balde; pues si había resucitado, los desmentiría presentándose nuevamente ante todos, si que a ellos les fuese posible impedirlo, puesto que claro estaba que era Dios; y si no había resucitado, quedaba probado que Jesucristo era un hombre y, por lo tanto, ninguna necesidad tenían de comprar a los soldados. También es milagroso el que, tanto éstos como los sacerdotes judíos, hiciesen traición a su propia conciencia continuando en su error, cosa inconcebible. Esta leyenda, que corre pareja con la de la traición de Judas, es tan disparatada que ninguno de los otros evangelistas se ha atrevido a decir una palabra de guardias ni sacerdotes.

Todos cuantos fueron a visitar el sepulcro lo encontraron abierto y vacío; natural, es pues, CJUO los judíos, que no volvieron a ver a Jesús ni muerto ni vivo, no creyeran en tal resurrección, sino que era un hombre como cualquiera otro, y que los discípulos suyos hicieron desaparecer el cadáver con objeto de poder decir que había resucitado. El mismo San Mateo no puede menos de confesar "que, en su tiempo, esa era la creencia general". Lo mismo exactamente sucedería hoy si entre nosotros se repitiese un acontecimiento semejante.

II

No pudiendo negar los defensores de la divinidad de Jesús el hecho de que los judíos no creyeran en sus milagros, lo que parece indicar que no los hizo, alegan que es porque Jesús no quería que creyesen, de lo contrario todos se habrían convencido de que era Dios, y nadie se habría atrevido a crucificarle, aunque él mismo lo hubiese pedido. Perfectamente, contestaremos; pero si esto es así, ¿qué objeto se llevaba en hacer milagros inútiles? Lo natural entonces habría sido empezar por hacerse crucificar, resucitar y dar comienzo a su predicación, haciendo milagros que sirviesen.

Como el castellano dice que "doctores tiene la Iglesia que sabrán contestaros", cada vez que se nos ha ocurrido dudas por el estilo de ésta, nos hemos dirigido humildemente a algún señor doctor, quien ha empezado siempre su explicación diciéndonos palabras en latín, no adelantando con ellas más que perder el tiempo en traducirlas. Una vez hecho esto, han resultado ser citas de San Agustín, o San Gregorio, o San Jerónimo, o algún otro santo; pero como las opiniones de estos santos no tienen para nosotros más fuerza que la del sabio doctor con quien hablamos, porque lo que nosotros queremos son razones, dígalas quien las diga, concluye el doctor de la Iglesia por asegurarnos gravemente que estos que a la luz de la razón son desatinos, clarísimos» no son desatinos, sino "los inescrutables designios de Dios", esperando que él nos concederá su gracia para creer en lo que nos es completamente imposible creer.

Este es un modo muy satisfactorio de despachar a los curiosos; pero como nosotros

no hemos supuesto que por haber nacido de padres católicos romanos y habernos ellos enseñado que esta religión era la verdadera, debíamos de dar aquello por cierto sin examinar otras que tienen tantos y aún más creyentes que la cristiana, y como en todas . hallamos dudas, cada vez que hemos visitado un diferente país en el que creen en una religión diferente, y con objeto de averiguar si realmente existe alguna verdadera, nos hemos dirigido a sus sacerdotes pidiendo nos explicasen las dudas que nos impedían creer en su religión; éstos no nos citaron a los Santos Padres cristianos, sino a los Santos Padres de sus religiones: a Moisés, a Confucio, a Mahoma, etc.

Pero, como ya hemos visto, a nosotros no nos convencen los hombres, aunque tengan los nombres más famosos del mundo; a nosotros, nos convencen las razones, y estos doctores de estas religiones concluían .siempre por decirnos que los que parecían desatinos no eran desatinos, sino "los inescrutables designios 'de Dios", esperando que d nos iluminaría y nos haría ver que la religión de que nos hablaba era la única verdadera. Con esto hemos quedado completamente convencidos de que "esos designios son inescrutables", puesto que inspiran a los hombres el que crean de buena fe en religiones totalmente contrarias y, por consiguiente, falsas; pero lo que no tiene nada de inescrutable son los designios de todos los sacerdotes de todas las religiones, designios que consisten sencillamente en engañar a la crédula humanidad para vivir a costa de ella.

LA ASCENSIÓN

Según San Lucas. — Según San Marcos. — Contradicciones entre estos dos evangelistas. — Jesús sube al cielo la noche del mismo día que resucita. — San Mateo y San Juan dejan a Jesús en la Tierra. — Reflexiones.

I

Repetimos aquí todo lo que los Evangelistas nos dicen acerca de la Ascensión:

"San Lucas (Cap. XXIV, vers. 51). —Y aconteció que mientras. los bendecía se partió de ellos, y era llevado al cielo".

"San Marcos (Cap. XVI, vers. 19). —Y el Señor Jesús, después que les habló, fue recibido arriba en el cielo y está sentado a la diestra de Dios".

San Mateo. — Este evangelista nada dice sobre el particular.

San Juan. — Tampoco éste dice una palabra.

Los evangelistas, después de resucitar a Jesucristo, no supieron. qué hacer con él. San Marcos y San Lucas dicen que subió al cielo, a pesar de que, como sabemos, ni uno ni otro fueron discípulos, ni vieron semejante ascensión, lo cual no impide a San Marcos asegurarnos que al llegar Jesús tomó asiento a la derecha de Dios.

Si el lector quiere tomarse el trabajo de repasar el capítulo que copiamos de San Marcos, verá que "la ascensión no la presenciaron más que los once discípulos", quienes estaban sentados a m mesa, resultando que Jesús, al elevarse, tuvo que atravesar el techo de la habitación, circunstancia conocida de muy pocos. Según San Lucas, no fue dentro de una habitación, sino que Jesús los llevó a Betania, que está a unos cinco kilómetros de Jerusalén, teniendo allí lugar la ascensión. Aquí Jesús hace la subida en campo raso; pero si leemos con detención, veremos que aquélla "tuvo que ser presenciada de noche". En efecto; este evangelista nos dice, en el versículo 29, que cuando llegaron los discípulos a Emmanus comieron, volviendo a Jerusalén ¹³. En Jerusalén estuvieron con los otros discípulos, se apareció Jesús comieron y hablaron nuevamente, saliendo después hasta Betania, con todo lo cual tenía que haber llegado la noche. Si añadimos que c) que nos cuenta estas cosas es el famoso San Lucas, el mismo que líos dice escribió "de oídas", podremos medir mejor el crédito que merecen sus palabras. Resumen: que ni aun los dos únicos escritores que refieren este milagro están de acuerdo, ni cómo ni dónde tuvo lugar.

II

La Iglesia dice que el Todopoderoso e Infinito Dios tenía que venir a este mundo, perdido entre los infinitos millones de mundos que pueblan el espacio, para ser sacrificado en él por seres por él mismo creados, y que no tienen más importancia ante su inmensidad que el insecto apenas visible que, sin notarlo, aplastamos bajo nuestro pie.

¹³ Emmaus no está a sesenta kilómetros de Jerusalén como dice el Evangelio, distancia que equivaldría a unos once kilómetros. Emmaus está a cuatro horas largas de camino según nos consta, por haber hecho la excursión. Nosotros hemos recorrido con los Evangelios en la mano todos los puntos principales de que en ellos se había, y, por lo tanto, podemos hablar con perfecto conocimiento de causa.

A la pregunta de ¿qué objeto llevaba Dios en ello?, nos contesta la Iglesia que lo hizo para rescatarnos de un Dios malo llamado el Diablo. Semejante cosa es el colmo del absurdo. Lo único concebible es que Dios destruyese al Diablo o nos hiciera menos imperfectos, o nos perdonase lisa y llanamente; pero decir que Dios estaba agraviado y para desagraviarse se hizo hombre y se sacrificó él a sí mismo, es un rompecabezas sin solución, inventado expresamente para confundir a los crédulos fieles. Por lo demás, no es cierto que nos haya rescatado; porque, una de dos: o antes de Jesús todos los hombres iban al infierno, lo cual no sólo habría sido una injusticia, sino que resultaría que una porción de santos anteriores a Cristo están en el infierno; o todos los hombres van ahora al Cielo, lo cual niega la Iglesia.

Si Jesús realmente hubiese resucitado, lejos de haberse ocultado a todos y de desaparecer en seguida, habría recorrido no el rincón de la Tierra llamado Judea, sino el mundo entero, convenciendo a todos, sin excepción, no con milagros tan ridículos como inútiles, sino con su divina voluntad, ante la cual nada ni nadie habría podido resistirse. Sí rebajando a Dios infinito hasta nosotros deseara persuadir a los hombres de alguna cosa, no necesitaría resucitar muertos, curar enfermos ni sacar demonios del cuerpo sino que diría "sea", y sería.

LA IGLESIA

PRIMERA PARTE

El cristianismo y el paganismo. — Paralelo entre el paganismo y el romonismo. — Edicto de Constantino. — Origen de la Iglesia. — Los obispos. — Los Concilios. — Composición de Evangelios. — Concilio de Nicea. — Prueba de que Jesús no era Dios. — La trinidad cristiana y la trinidad de Brahma. — Jesús declarado Dios -el año 3.25. — El Concilio de Antíoquía decreta que Jesús no es Dios, el año 341. — Concilios contradictorios. — El Papa y el Gran Lama. — El obispo Arrío. — Los católicos romanos y los cristianos amaños. — Recaredo I declara que Jesús es Dios, el año 600. — Prueba de que no existía la trinidad. — La trinidad de otras religiones. —. La fe. — Por qué hubo que w⁻¹ventarla. — El sabio predicador y el sentido común.

Se nos ha repetido y repite que la religión cristiana echó por tierra la pagana. Esto es cierto, y prueba afortunadamente que la Humanidad avanza y que la razón y la verdad se abren camino.

La religión cristiana (advirtiendo que decimos cristiana, no romana), era inmensamente superior a la idolatría del paganismo de la que no hay ni puede haber más que un Dios. En los sitios de' reunión de los primeros cristianos no se rebajaba al Ser Supremo presentándole con figura humana. La adoración de ídolos bajo la forma de santos, como hoy la practica la Iglesia romana, habría horrorizado a aquellos verdaderos observadores de las doctrinas de Jesucristo. El paganismo, en cambio, reconocía una multitud de dioses poseídos de todos los vicios y pasiones de la Humanidad, bajo cuya forma se representaban. Con el nombre de semidioses adoraban hombres que habían existido, culto que corresponde exactamente al que hoy da a los santos la Iglesia de Roma. Por último tenían diosas, lo mismo que los católicos tienen vírgenes y santas.

Aquella religión se hallaba completamente desprestigiada entre las personas pensadoras, desde antes de nacer Jesús; y, sin embargo, es tal la 'fuerza de la educación y de la costumbre, que sólo después de trescientos años de lucha continua logró el Dios único de Jesucristo vencer a los dioses humanos y absurdos del paganismo. Por último, el año 313, el emperador Constantino proclamó un edicto, decretando que la religión cristiana no sólo sería tolerada en sus Estados, sino que el gobierno contribuiría a su sostenimiento al igual que la pagana.

II

Ya desde el segundo siglo después de Jesucristo habían empezado algunos hombres ambiciosos a formar congregaciones, de las que se hicieron jefes siendo éste el origen de los pastores u obispos, quienes, so pretexto de apacentar las ovejas del Señor, lo que hacían eran esquifarlas. De estos mismos hombres, y del cristianismo que más adelante fundaron, nos ocupamos en los capítulos dedicados a la Iglesia Romana.

En las muchas reuniones que tuvieron lugar desde fines del siglo II hasta principios del siglo IV después de Jesucristo, y que celebraban en sitios secretos, tanto por temor a los paganos como por no hacer partícipe a nadie de sus determinaciones, se forjaron los mil y un documentos falsos que más tarde sirvieron de base para engañar y dominar una

gran parte de la humanidad. De las reuniones secretas celebradas en Roma salió el Evangelio de San Mateo, que por este motivo fue y es el favorito de la Iglesia Romana, así como de las celebradas en Constantinopla, en Efeso, en Cartago, etc., etc., salieron los innumerables Evangelios que existieron durante los primeros siglos del cristianismo, documentos que, como luego probaremos, no pudieron haber sido escritos por los individuos a quienes se atribuyen.

Una vez que, por medio del decreto del emperador, los jefes cristianos se vieron, no sólo libres para ejercer públicamente su culto, sino protegidos y mimados por Constantino, quien deseaba atraerlos a su partido, determinaron los obispos de toda la cristiandad reunirse en un gran Concilio, decidiendo fuese convocado en Nicea, como así se hizo en el año 325, después de Jesucristo. El Concilio tenía dos objetos principales: primero, averiguar si Jesús había sido realmente Dios; y segundo, fijar un código de creencias, leyes y reglamentos que rigiese a todos los cristianos sin excepción.

Lo primero que han hecho siempre todos los fundadores de religiones ha sido presentarse como instrumentos de Dios, y los reverendos obispos no se olvidaron de esta primera parte, votando por unanimidad el que se hallaban inspirados por el Espíritu Divino y que, por consiguiente, Dios, y no ellos era el que hablaba. Una vez inspirados por obra y gracia de sí mismos, se puso a disposición lo de si Jesucristo había sido hombre o Dios.

Por regla general, cuando decimos a los católicos que durante los primeros trescientos años después de Jesucristo, ni la mayoría de los cristianos mismos creía que hubiese sido Dios, dudan de nuestra palabra, pues las gentes hoy se imaginan que aquella era una cosa tan conocida y notoria, como es conocido el que hace trescientos años Felipe III era rey de España. Sin embargo, cualquiera que desee convencerse de que Jesús era tenido por hombre por los primeros cristianos, no tiene más que leer algunas de las muchas "Historias de los Concilios" o "Historias de las iglesias cristianas" aún las escritas por los propios doctores de la Iglesia Romana. Pero ¿qué mejor obra podemos citar que los propios Evangelios, en los que a menudo vemos que los mismos apóstoles dudaban que Jesús fuese Dios, ni que fuera posible hubiese resucitado? Por último, el haberse reunido el Concilio de Nicea con el objeto de decidir este punto, prueba de la manera más clara y evidente el que, por lo menos, una parte muy importante de los cristianos no creía que Cristo hubiera sido más que hombre; y lo sucedido después del Concilio nos demostrará si estamos o no en lo firme. Parece que, hallándose todos los obispos divinamente inspirados, habrían sido todos de la misma opinión acerca de si Jesús era o no Dios; pues nada de eso; porque fueron tales los escándalos de los inspirados obispos, que después de cinco¹ siglos ha llegado hasta nosotros la frase de 'se armó la de Dios es Cristo', que fue justamente lo que sucedió en el famoso Concilio de Nicea.

Tanto los defensores de la divinidad como sus contrarios presentaron en su apoyo infinidad de Evangelios contradictorios, pero la ventaja estaba de lado de los que negaban la divinidad, pues podían probar su dicho de varias maneras, con los propios Evangelios que presentaban sus adversarios. He aquí una de las pruebas;

Ya hemos visto que San Lucas y San Marcos hacen subir a Jesús al Cielo con el mismo cuerpo humano que tenía en la Tierra, llegando San Marcos hasta asegurar que "se sentó a la derecha de Dios" (Cap. XVI, Vers. 19), de lo que resulta no sólo el que Dios era un hombre de carne y hueso, sino que, habiéndose sentado "a la derecha" de otro, claro está eme había dos. De aquí los desatinos: el que Dios tenía cuerpo, como los dioses de los paganos, y el que había dos dioses; y como esto no era posible, había que convenir, o que Jesucristo no era Dios o que no lo era el otro. Resultaba, pues, que con llevar a Jesús al Cielo, no se adelantaba nada; y si, como decían San Mateo y San Juan, Jesús no subió, ¿en dónde estaba, puesto que en los Evangelios se afirma terminante-

mente que después de resucitado "no era espíritu sino que tenía carne y huesos" ¿como antes? (San Lucas, Cap. XXIV, Vers. 39). Otros eran de opinión de que había vuelto a morir; pero entonces no era creíble que hubiese resucitado, ni mucho menos el que hubiese sido Dios.

En apoyo de tan peregrina y absurda teoría presentaron los partidarios de ella más de veinte Evangelios en los que se hacía hablar a Jesús del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo y, por consiguiente, de la Trinidad. Estos Evangelios fueron más adelante declarados falsos por la Iglesia, con excepción de uno: el de San Juan. De esta manera desatinada explicaron cómo Jesús podía ser Dios, sin que hubiera más que un Dios. Después de mil disputas se puso a votación la Santísima Trinidad, resultando aprobada por la mayoría, y en su consecuencia se declaró oficialmente que, además del Dios Jehová, Jesús había sido y era Dios, existiendo otro Dios llamado Espíritu Santo; pero al mismo tiempo se decretó que, siendo aquello un misterio divino, a pesar de ser cada Dios un Dios aparte, no formaban entre los tres más que uno, añadiendo que, si esto no lo podía entender nadie, consistía en que las cosas de Dios están por encima de la inteligencia humana.

La existencia de la Santísima Trinidad se decidió por mayoría de votos, pero los obispos honrados que votaron en contra, protestaron de tan descaradas imposturas; y fue tal la agitación que entre una gran parte de los cristianos produjo el decreto del Concilio de Nicea que el año 341 se reunía un nuevo Concilio en Antioquía, en el cual el Espíritu Santo declaró, por boca de los cientos de obispos allí reunidos, que Jesucristo no era Dios, que había venido al mundo en figura de hombre, y que, por consiguiente, no había trinidad alguna, declarando así el Espíritu Santo mismo que no existía Dios Espíritu Santo. A este Concilio siguieron otros muchos, en los que tan pronto el Espíritu Santo inspiraba que había trinidad como que no la había.

Del mismo modo que la idea de la trinidad cristiana fue sacada de la de Brahma, de la misma manera el Papa romano es una copia exactísima del Papa de los budistas, o sea el Gran Lama, no sólo en las atribuciones, sino hasta en el traje; y como la religión de Buda existe desde siglos antes de Jesucristo, claro está que no es el Gran Lama el que ha copiado al Papa, como pretenden los doctores de la Iglesia.

III

Si la trinidad cristiana es verdadera, claro está que tiene que haber existido desde que Dios existe. Resulta, pues, que Dios ocultó este misterio a los hombres durante más de cuatro mil años, pues antes de Jesucristo nadie sabía palabra de semejante cosa. Así, pues, del mismo modo que Dios tuvo aquel capricho durante aquel tiempo, igualmente puede hoy estamos ocultando algún otro misterio esencial- pues todo se puede esperar de un Dios que, como el Dios de la Biblia, está perpetuamente cambiando de opinión.

Muchos sabios Padres de la Iglesia, y muchos que no son padres más que de sus hijos, pero que también la echan de sabios, exponen como argumento a favor de la trinidad cristiana el que otras religiones antiquísimas, y muy anteriores a aquélla, han tenido y tienen trinidades. Semejante alegato, lejos de ayudar a la trinidad, la perjudica, como lo vamos a demostrar.

Esas antiquísimas religiones, que existían desde mucho antes que Moisés, estaban en consonancia con la barbarie en que entonces se hallaban los hombres, pues es cosa bien sabida que al hombre, cuanto menos civilizado, más admira lo incomprensible y maravilloso, dando desde luego por seguro que aquello debe estar por encima de su inteligencia, como si todos los hombres no tuviesen sentido común que es lo único que se re-

cesita para examinar cualquier religión, por mucho que sus sacerdotes quieran enmarañarla. La razón es bien sencilla: porque siendo los sacerdotes hombres como los demás, si los otros no la entienden, tampoco ellos, y, por lo tanto, no tienen el derecho a echar-sela de doctores, ni pretender autoridad alguna sobre nadie.

Los fundadores de aquellas antiguas religiones comprendieron que, cuanto más incomprensibles las hiciesen, más creerían en ellas aquellos hombres ignorantes, y al efecto las adornaron de trinitades y de otros mil misterios igualmente absurdos. Si hubiesen hecho sus religiones sencillas y bien comprensibles, todos habrían podido discutir de igual a igual con los ministros de ellas; y en cuanto esto hubiera sido así, quedaba el engaño descubierto, porque las otras religiones no pueden sostenerse ante el análisis de la razón más de lo que pueden sostenerse los dogmas de las Iglesias cristianas.

En las religiones fundadas en tiempos más modernos, y por consiguiente menos bárbaros, no h."y trinitades ni misterios análogos. '

La pretensión de la Iglesia de convertir a Jesús, no sólo en un Dios,' sino en un Dios de carne y hueso, hizo indispensable el volver a las antiguas trinitades y misterios, obligando al cristianismo a dar un paso atrás, paso al que la Iglesia romana añadió otro, restableciendo él culto de imágenes, clara, terminante y expresamente prohibido en el segundo mandamiento de la Ley de su propio Dios, y en más de treinta diferentes partes de las Sagradas Escrituras. El decir, pues, que las trinitades de las otras religiones son un argumento a favor de la cristiana, es lo mismo que decir que, porque los antiguos creían que la atmósfera era una media naranja azul sólida, nosotros debemos volver a aquella opinión, por más que veamos ser esto un desatino.

IV

Si a una persona educada que no hubiese oído jamás hablar de trinidad alguna se le explicase su creación y objeto, nos diría que los Santos Padres fueron libres de inventarla, pero que tal disparate no habría podido jamás hacerse creíble a los hombres. Eso mismo comprendieron perfectamente los doctores de la Iglesia, que no son tontos aunque lo parecen, y al efecto idearon una cosa especialísima, que todo buen cristiano debe anteponer a su sentido común en cualquier asunto que a su religión concierna; esa cosa, que se elevó a la categoría no sólo de virtud sino la primera de las virtudes, se llama fe.

No faltan algunos que pretenden demostrar que la fe es racional. Nosotros hemos asistido a un sermón que una de las lumbreras con que la Iglesia romana cuenta en nuestro país, predicó acerca de este asunto. Este sabio Padre, después de haberse extendido a su sabor en las consideraciones de ordenanza, de que la fe es una gracia divina y la razón el orgullo implantado por el diablo en nuestra alma para que nos rebelamos contra Dios analizando sus inescrutables designios, empezó él mismo a rebelarse, diciendo que iba a explicarnos satisfactoriamente nada menos que la misteriosa trinidad. En efecto, después

de una hora de perorata, quedaron todos convencidos de que la trinidad era inexplicable.

Algo de esto debió de creer el reverendo predicador, porque refugiándose nuevamente en la fe, nos dijo que ésta, es tan racional, que los mismos racionalistas no podrían librarse de ella, puesto que creían cosas .que palpablemente estaban contra su razón, como, por ejemplo el que la Tierra girase alrededor del Sol, cuando lo contrario parecía ser lo cierto. Con este argumento aquel ilustre varón, a quien, si bien lo calificaremos de racionalista, podemos hacerlo con justicia de "piensista", dio por victoriosamente rebatida toda duda.

Siendo esta una comparación que más de una vez hemos visto adelantar con buen

éxito entre la gente ignorante, nos vamos a permitir dos palabras sobre ella. Los hombres que, después de mil observaciones, se convencieron de que la Tierra y no el Sol era la que se movía no nos dijeron que el Espíritu Santo se lo había comunicado, sino que probaron su dicho con argumentos tan convincentes, como que dos y dos son cuatro; a tal punto que. no sólo no se puede dudar de su dicho, sino que es completamente imposible que sea de otro modo.

No faltará ningún compañero del predicador que diga que esto prueba el que creemos lo que nuestra inteligencia nos muestra ser falso: de ningún modo. No creemos contra el testimonio que nos dé "nuestra razón"; creemos contra el testimonio que nos dan "nuestros sentidos", y creemos precisamente porque estamos dotados de razón. Para el asno, que tiene el sentido de la vista a la par del hombre, el

Sol es el que se mueve, sin que Jamás pueda nadie convencerle de lo contrario.

Esa es la diferencia radical. Los misterios de la Iglesia no sólo están contra los sentidos corporales, sino, lo que es verdaderamente esencial, "están contra la razón y el sentido común". Sin estudio de ninguna clase comprende cualquier ser racional que el movimiento de la Tierra "es posible" mientras que los misterios de la Iglesia "no son posibles", ni con estudios ni sin ellos.

SEGUNDA PARTE

Diversidad de Evangelios. — Diferentes opiniones de los cristianos del siglo VI. — Los sesenta y dos Evangelios conocidos. — Reducción de éstos a cuatro. — Por qué no se pudieron reducir los Evangelios a uno. — Origen de los Papas. — Los católicos griegos y los católicos romanos, — Los Evangelios desechados. — Los cuatro Evangelios son declarados divinos el año 364. — La paloma milagrosa. — La verdad acerca de los cuatro Evangelistas.

Hemos dicho que en el Concilio de Nicea se presentó un gran número de Evangelios, siéndole entonces imposible al Espíritu Santo declarar de una manera definitiva cuáles eran falsos y cuáles verdaderos. De esta diversidad de Evangelios resultaba una gran variedad de ritos contradictorios apoyados todos en lo que cada partido decía ser la palabra de Dios. Unas Iglesias no admitían el bautismo ;otras hacían obligatoria la circuncisión; otras negaban la resurrección; otras aseguraban que Jesucristo no subió al cielo en cuerpo sino en espíritu; otras negaban que hubiese sido concebido milagrosamente, sino que había sido hijo de José; otras sostenían, por el contrario, que Jesús había sido enteramente divino, no habiendo nacido de mujer alguna, y a este tenor podríamos llenar cien páginas con las diferentes opiniones que en aquellos tiempos remaban acerca de Jesucristo y de sus doctrinas.

Los jefes de la Iglesia comprendieron que, de continuar de aquella manera, acabarían los fieles por comprender, por muy ignorantes y creyentes que fuesen, que no era posible el que Dios diera sus órdenes de sesenta y dos maneras diferentes y contradictorias. Así pues, los obispos se reunieron en pequeñas asambleas, en las que ellos mismos fueron desechando unos Evangelios y arreglando otros, y de arreglo en arreglo, y de desecho en desecho, quedaron los sesenta y dos reducidos a cuatro en el Concilio de Laodicea, celebrado el año 364, y en el cual tuvo lugar el primer reconocimiento auténtico de los Evangelios usados hoy por los cristianos.

A menudo encontramos personas que con el mayor aplomo niegan el que los cuatro Evangelios se contradigan, alegando que, de ser así, los doctores de la Iglesia no habrían elegido más que uno, o habrían puesto a los cuatro acordes antes de declararlos divinos. Los que tal icen sólo demuestran la ignorancia en que se halla la casi totalidad de los cristianos acerca de los motivos que obligaron a la Iglesia a declarar divinos cuatro Evangelios contradictorios.

Los partidarios de que Jesús había nacido de mujer virgen so oponían terminantemente a que se declarasen falsos los Evangelios de San Mateo y San Lucas, en los que se dice que la madre de Jesús le concibió milagrosamente, mientras que en los de San Marcos y San Juan no hay nada de semejante cosa. Los que sostenían que Jesucristo subió al cielo, se apoyaban en los Evangelios de San Lucas y San Marcos, mientras que los partidarios de que no subió se apoyaban igualmente en los de San Mateo y San Juan, que nada dicen de ello, y alegaban que semejante cosa, era evidentemente falsa, porque si hubiese tenido lugar la ascensión, lo habrían sabido San Mateo y San Juan, que fueron discípulos de Jesús, mientras que ni San Marcos ni San Lucas fueron discípulos ni vieron jamás a Jesucristo. Los partidarios de que el obispo de Roma debía ser superior a los demás, por ser Roma capital del imperio, argüían en su favor los versículos siguientes del capítulo XVI de San Mateo;

"18. Mas yo Jesús también te digo que tú eres Pedro; y sobre esta piedra edificaré mi

Iglesia y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella¹⁴.

"19. Y a ti te daré las llaves del reino de los cielos; y todo lo que ligares en la tierra, será ligado en los cielos; y todo lo que desatares en la tierra, será desatado en los cielos".

A esto añadían que Pedro había ido a Roma y había sido el primer obispo de aquella ciudad y que, por consiguiente, los obispos de Roma debían ser los Jefes supremos de la Iglesia. (Este es el origen de los Papas romanos).

Los obispos de Oriente se oponían a semejante pretensión, afirmando no sólo el que las palabras atribuidas a Jesús no existen en ninguno de los otros tres Evangelios, pero que ni aún siquiera fueron escritas por San Mateo, habiendo sido intercaladas por los partidarios del obispo de Roma. En efecto, si cotejamos el Evangelio de San Mateo con el de San Marcos, Cap. VIII, Vers. 29; el de San Lucas, Cap. IX, Vers. 20; y el de San Juan, Cap. VI, Vers. 69, vemos que, a pesar de que en los cuatro consta la afirmación de Pedro, en los tres últimos faltan por completo las palabras que se atribuyen a Jesucristo. *Oíros* alegaban que lo que Jesús dijo no fue; "Tú eres Pedro o piedra, y sobre..." etc.; sino; "Vosotros sois la piedra sobre que edificaré", no a Pedro ni a los discípulos solos, sino a todos los cristianos en general que son los que real y verdaderamente forman la Iglesia. En cuanto a que Pedro hubiese ido a Roma y sido obispo mártir, unos lo califican de falso y otros alegaban que Constantinopla era tan capital o más que Roma. De este antagonismo, que desde muy al principio existió entre los obispos de Oriente y Occidente, vino más tarde la división de la iglesia romana en católicos romanos, o sea católicos orientales con su Papa en Constantinopla.

Los que defendían el bautismo se apoyaban en el Evangelio de San Mateo, en el que se hace decir a Jesucristo resucitado: "Predicad a todos bautizándolos en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo" (Cap. XXVIII, Vers. 19). Pero como en el mismo Evangelio de San Mateo decía Jesucristo: "No he venido para abolir la Ley, sino para que se cumpla" (Cap. V, Vers. 17), y como en la Ley no había bautismo, resultaba una contradicción terminante, contradicción de la que se valía cada partido para decir que la cita del contrario era falsa y que ni Jesucristo lo había dicho, ni San Mateo lo había escrito»

Por estas pocas citas, que ponemos por vía de muestra, puede irse formando cualquiera una idea de lo que son esos Evangelios, que la mayoría de los católicos romanos cree escritos por Jesucristo en persona.

Entre los desechados se cuentan los Evangelios de San Pedro, Santo Tomás, Nicodemo, San Andrés, la Virgen (según parece también fue escritora). San Bartolomé, San Pablo, Santiago, San Matías, San Tadeo, San Juan Bautista, el Evangelio de los Doce Apóstoles, los de San Judas, San Bernabé, San Felipe, San José, etc.

II

En vista del dilema en que se hallaba colocada la Iglesia, no había más remedio que admitir todos los cuatro Evangelios, o formar uno solo con ellos. De formar uno solo iba a resultar el mismo individuo diciendo sí y no, al mismo tiempo; y para poner un Evangelio como compuesto por cuatro autores juntos, era preferible conservar¹ los cuatro separados, que fue al fin lo que se hizo. Esta es la sencillísima razón por lo que, viéndose la Iglesia amenazada de una nueva división en cuatro sectas, tuvo que poner por fundamento y base cuatro documentos, que cada uno contradice al otro, demostrando así que

¹⁴ Aquí hay un juego de palabras que se pierde en la traducción al castellano, En latín Pedro y piedra es, la misma palabra.

las Iglesias cristianas, tanto católicas como protestantes, que en tales pruebas se han edificado, lejos de ser divinas, son, no solamente humanas, sino que aún se apoyan en el fraude y el engaño, disfrazado con la máscara de la hipocresía religiosa.

No faltan historiadores, al parecer serios, que han afirmado que la autenticidad y la divinidad de los Evangelios se descubrió milagrosamente. Unos dicen que se pusieron sobre una mesa, cayéndose todos menos los cuatro consabidos. Otros cambian el milagro, diciendo que se colocaron los cuatro verdaderos sobre un altar y que, puestos los obispos en fervorosa oración, se pidió a Dios que si en alguno de ellos había una sola palabra que no fuese cierta, cayera aquel Evangelio al suelo, y que no habiéndose movido ninguno, claro estaba que eran divinos. Otros cuentan que, a pesar de hallarse divinamente inspirados los reverendos padres, se presentó el Espíritu Santo en figura de una verdadera paloma, que fue posándose sobre el hombro derecho de cada obispo en particular, diciéndole al oído qué Evangelios eran los verdaderos, añadiendo, que no quedaba duda de que la paloma era el Espíritu Santo porque pasó al través del cristal de una ventana sin romperlo, y volaba con las alas abiertas y sin moverlas, del mismo modo que la representan en las Iglesias católicas romanas. Después de pruebas tan convincentes, se necesitaba ser tan descreídos como nosotros para continuar diciendo que los Evangelios no son divinos y que las únicas palomas son los doctores y jefes, igual los de la religión cristiana como los de cualquier otra, los cuales son todos pájaros de cuenta.

El único Evangelio que presenta algunas trazas de ser obra de una sola persona, es el de San Juan.

Este, llamado el Evangelista, para distinguirlo del Bautista, ni vio jamás a Jesús, ni fue hebreo, ni en su vida estuvo en Judea. En los Evangelios se dice que uno de los discípulos se llamaba Juan, y de ello se valió este escritor para decir en el suyo que él había sido, no sólo aquel discípulo, sino el favorito de Jesús, la tenemos en el hecho de que no escribió su evangelio hasta setenta años después de la muerte de Jesús, porque nadie espera setenta años para hacer una cosa que Quiere y puede hacer. Como escribió tanto tiempo después de Jesucristo, pudo decir que en su juventud había estado en Judea y había sido discípulo de Jesús; y si afirmó que había sido discípulo de Jesús, fue con objeto de dar más autoridad a sus opiniones diciendo haberlas oído de boca de Cristo mismo.

San Juan fue un filósofo griego que se enteró de la vida y doctrina de Jesús muchos años después de la muerte de éste, por los cristianos que emigraron a todas partes de Oriente, huyendo de las persecuciones que sufrían en Siria. Este evangelista desde luego comprendió la superioridad de la doctrina cristiana verdadera, y creyó que el mejor modo de extenderla y autorizarla era haciendo Dios a Jesús, en lo cual se equivocó: porque lo que hará que el nombre de Jesús exista mientras existan los hombres en este mundo, no es su imaginativa divinidad, sino su sencilla cuanto más perfecta doctrina. Esta idea de San Juan es la que predomina en todo su evangelio desde el primer versículo que dice así: "En el principio era el Verbo, y el Verbo era Dios, y el Verbo era con Dios". Es evidente, pues que quería hacer de Jesús una encarnación divina por el estilo de las encarnaciones de la religión de Buda. A pesar de esto, le vemos contradecir sus propias doctrinas hablándonos de "la madre y hermanos de Jesucristo y de su padre José (Cap. I. Vers. 45; Cap. II, Vers. 12; Cap. IV, Vers. 42), lo cual parece indicar que tampoco ese evangelio se libró de alteraciones.

LA IGLESIA CATÓLICA ROMANA

PRIMERA PARTE

El culto entre los primeros cristianos, — Los verdaderos diez mandamientos. — Supresión del segundo. — Alteración del cuarto. — ídem del noveno. — No existencia de sacerdotes entre los cristianos 'primitivos. — Sus creencias acerca de premios y castigos futuros.— Las profecías. — El fin del inundo, — Origen de la Iglesia romana. — La misa. — La transubstanciación. — El Rosario. — La confesión. — Esta es 'hecha obligatoria el año 1215. El celibato de los sacerdotes. — Prohibición de la lectura de las Escrituras. — Diferencias entre romanos y protestantes. — Los mártires de la verdadera religión cristiana inmolados por la Iglesia Romana.

Las ceremonias del culto entre los primeros cristianos se concretaban a reunirse los sábados para predicar sermones de moral, leer la Biblia y cantar algunos de los salmos o himnos contenidos en la misma. Una vez al año celebraban la fiesta del Cordero pascual, en recuerdo de la salida de Egipto del pueblo de Israel. Sus mandamientos se reducían a los diez de la Ley, que dicen así;

- 1° No tendrás dioses ajenos delante de mí.
- 2° No harás imagen, ni semejanza, de cosa alguna que esté en el cielo, ni en la tierra, ni en las aguas, ni te inclinarás a ellas, ni las honrarás.
- 3° No tomarás el nombre de tu Dios en vano.
- 4° Santificarás el séptimo día descansando de todo trabajo.
- 5° Honrarás a tu padre y a tu madre,
- 6° No matarás.
- 7° No cometerás adulterio.
- 8° No hurtarás.
- 9° No dirás contra tu prójimo falso testimonio.
- 10° No codiciarás ni la mujer, ni cosa alguna que pertenezca a tu prójimo.

Estos son los verdaderos Diez Mandamientos, según puede ver todo cristiano en las Sagradas Escrituras, en las que constan en dos diferentes partes. En el "Éxodo", Cap. XX, y en el "Deuteronomio", Cap. V. En los Catecismos de la Iglesia Romana se suprimió el segundo Mandamiento, en el que se prohíbe el culto de toda especie de imágenes, ya represente lo que esté en el cielo", o sea Dios, "ni lo que esté en la tierra", o sea hombre o animales que viven en la tierra; 'ni en las aguas", o sean peces; adoración prohibida terminantemente con estas palabras: "ni te inclinarás a ellas, ni las honrarás". En el mismo Cap. XX dice el vers. 23: "No haréis de mí (de Dios) dioses de plata, ni dioses de oro os haréis". Después de esto, los católicos romanos son muy dueños de contravenir las órdenes de su propio Dios, adorando imágenes, así como son igualmente dueños de continuar creyendo que sus sacerdotes obran de buena fe diciéndoles que estas imágenes, hechas y adoradas contra el mandamiento de su propio Dios, hacen milagros.

Al noveno Mandamiento, que dice: "No dirás contra su prójimo falso testimonio", se añadió; "ni mentir", con lo cual miente la Santa Iglesia romana, porque en las Sagradas Escrituras no se dice semejante cosa. Lo que este Mandamiento prohíbe es el que hagamos daño al prójimo mintiendo contra él; pero de ninguna manera mentiras que no sólo no perjudican a nadie, sino con las que se puede hacer mucho bien, y al efecto pondremos un ejemplo. Unos asesinos entran en una casa; el dueño se esconde; los bandoleros

preguntan a los criados en dónde se halla su amo, y pudiendo éstos salvarle diciendo que no está en casa, no lo hacen, siendo causa de que los bandidos le busquen, le encuentren y le asesinen, haciéndose así cómplices de la muerte de su amo. Habiendo preguntado a un doctor de la Iglesia por qué se había añadido "ni mentir", exponiéndole el anterior ejemplo como prueba del mal que aquello podía causar, nos dio como razón el que San Agustín y otros santos condenaban mentir, aunque con la mentira se hiciese un bien. A lo cual, nosotros contestamos que San Agustín y todos los santos eran muy libres de tener sus opiniones, así como nosotros éramos igualmente libres de calificarlas de barbaridades, mientras no se nos probase lo contrario. De seguir semejante teoría, podría darse el caso de que un hijo fuese el causante del asesinato de su propio padre. El verdadero motivo de esta prohibición absoluta de mentir, es claro y conocido. Si no fuera por las mentiras que nos vemos obligados todos a decir, sería imposible a las personas vivir juntas sin reñir continuamente; y como esto lo sabe muy bien la Santa Madre Iglesia, ha inventado este delito con objeto de conservar en perpetuo pecado a sus fieles, obligándoles así a frecuentar su tribunal de la penitencia.

Un mandamiento hay, el séptimo, que exige la mutua fidelidad entre los casados con estas palabras: "No cometerás adulterio". La decencia nos impide explicar hasta qué increíble punto ha sacado partido la Iglesia Romana, no de este mandamiento, sino de la primera ley de la Naturaleza y del sentimiento más noble y más grande que puede caber en el corazón de aquel que hace veamos nuestro bien en el de la persona que amamos. Basta mirar algunos de esos libros que hemos visto hasta en manos de niñas, para comprender si sirven para hacer examen de conciencia o para otra cosa que llamamos.

En los Evangelios, se cuenta que Jesús profetizó el fin del mundo, añadiendo estas palabras: "En verdad os digo que algunos de los que están aquí que no gustarán de la muerte hasta que vean al Hijo del Hombre venir a su reino" (San Mateo, C. XVI, Vers. 29). En el Cap. XXXIV del mismo Evangelio, describe el Juicio final diciendo; "Vendrán ángeles con trompetas, etc.", concluyendo con estas palabras en &I Vers. 34: "En verdad os digo que no pasará esta generación, que no sucedan todas estas cosas". En toda la Biblia no hay una profecía tan clara y tan precisa como ésta. Véase además el evangelio de San Marcos» Cap. VIII, Vers. 39, y Cap. XIII, Vers. 30 y el de San Lucas, Cap. IX, Vers. 27. Fiados en esto, los primeros cristianos miraban los asuntos de la vida con la mayor indiferencia, esperando a cada momento ver llegar el fin del mundo.

A propósito de las profecías, haremos notar que las únicas que han salido bien son las escritas después de ocurridos los acontecimientos; las demás han resultado al revés. Por ejemplo: El Espíritu Santo profetizó que la nación hebrea sería tan innumerable como lo es el polvo de la tierra ("Génesis", Cap. XIII, Vers. 15 y 16), y por el contrario, la tal nación fue siempre tan insignificante que para nada suena en la historia. Viendo el Espíritu Santo su equivocación y que los judíos habían sido aniquilados por los romanos, se apresuró a profetizar la destrucción de 'Jerusalén (que ya había sido destruida cuando se escribieron los Evangelios), añadiendo que los israelitas andarían pobres y errantes por toda la Tierra; y en efecto, jamás hemos encontrado un judío que pidiese limosna; antes al contrario, el número de los ricos es enorme. La fortuna mayor del mundo es la de una familia judía, la de los Rotschild, que se trata de igual a igual con los reyes. En cuanto a que los hebreos anden errantes tampoco es cierto; de lo contrario, también podría decirse se vieron obligados a emigrar de Europa. A ningún judío inglés de los que en su mayoría son los descendientes de los millones de blancos que hoy pueblan las Américas, ni a un francés, alemán, etc., se le ocurre que su país sea la idea, ni mucho menos piensa en irse a vivir allá, así como a ningún americano se le pasa por la imaginación abandonar Nueva York o Filadelfia para volver a la aldea de Irlanda o de Alemania, de donde emigraron sus antepasados,

Lo que los primeros cristianos entendían por premios y castigos futuros era lo siguiente: El día del juicio, el PÍOS Jehová, o sea el Padre Eterno de los modernos cristianos, resucitaría a Jesucristo y éste vendría, en unión de Moisés y Elias, a juzgar a la humanidad. Los buenos continuarían viviendo eternamente, y a los malos se les arrojaría en una hoguera, en la que serían consumidos, su cuerpo y alma, no resucitando jamás. El mismo San Juan era de esta opinión, según vemos en su evangelio (Cap. VI, Vers. 40; Cap. VIII, Vers. 51; Cap. XI, Vers. 26, etc.). Para los primeros cristianos, el alma y la vida eran la misma cosa; para ellos el alma no podía gozar ni padecer sin estar unida al cuerpo, y de ahí el que fuese de todo punto indispensable la resurrección. El premio, pues, consistía en la vida corporal eterna, y el castigo en la muerte eterna. A esa próxima venida de Jesús a fundar su reino es lo que se refiere el Padre Nuestro al decir; "Venga a nos el tu reino".

Excusamos repetir que en los templos o sitios de reunión de los primitivos cristianos no había imágenes de ninguna clase. En cuanto al culto de María, que ocupa hoy el primer puesto en la Iglesia romana, era entonces desconocido; tanto el Ave-María como el Salve no fueron compuestos hasta varios siglos después de la muerte de Jesucristo.

Como vemos, las ceremonias del cristianismo no podrán ser más sencillas, y se conservan casi en idéntica forma en algunas Iglesias, tales como la cuáquera, las independientes y algunas otras.

II

Los hombres que siempre han buscado y buscan el modo de explotar a los demás viendo a costa de ellos, comprendieron que de aquella religión no se podría sacar partido alguno, como se sacaba de las otras, mientras no se practicase de otra manera; porque una religión que no tenía ministros especiales, sino que cada cristiano era su propio sacerdote al mismo tiempo que podía servir de sacerdote para todos, predicando las doctrinas inmutables de la moral, de la justicia, de la misericordia y del amor al prójimo; una religión en la cual cada uno podía dirigirse en particular directamente a Dios, no dejaba campo para convertir las creencias de los hombres en un negocio de propia utilidad. Así, pues, en oposición al verdadero cristianismo de los primeros cristianos, empezaron algunos hombres astutos a formar otro, que reclutaron principalmente entre los paganos de la antigua Roma, a quienes atraieron dándoles a adorar imágenes y reliquias milagrosas, cosa a que es muy aficionada toda persona ignorante, a quien con facilidad se hace creer en lo maravilloso y sobrenatural. Estos hombres perversos fueron los fundadores de, una de las organizaciones más tremendas que para dominar por medio de! engaño han inventado James los hombres; esta organización, que llegó a ser todopoderosa, no sólo en España, sino en casi toda Europa, es la que todavía se conoce con el nombre de "La Iglesia Católica Apostólica Romana", cuyo jefe supremo se llama el Papa, el cual reside en Roma, en el palacio que os hemos descrito.

La primera alteración fue suprimir la lectura de la Biblia, pues siendo las ceremonias de la Iglesia de Roma opuestas a los Mandamientos de la Ley, no era posible llevar a cabo sus proyectos mientras no se quitasen de en medio sus propias Sagradas Escrituras. En lugar, pues, de la lectura de la Biblia, en la que podrían ver los creyentes cosas que a los sacerdotes de la Iglesia no les convenían, se instituyó otra ceremonia mucho más divertida, consistente en una función con muchas luces, inciensos, música, colgaduras, vestidos bordados, etc., función que todo español conoce, y qué se llama la misa. Esta ceremonia tenía y tiene para los sacerdotes romanos la gran ventaja de que, por más miles de veces que los creyentes la vean, no quedan por eso más enterados ni aprenden jo-

ta de en qué está fundada la religión que tienen por verdadera.

La Iglesia Romana decidió que en la misa, y a la voz de uno de sus ministros, su Dios venía a tomar cuerpo en las manos, a menudo mugrientas, de aquel ministro, desmintiendo así a las Escrituras, en las que terminantemente se nos dice que "Dios ni habita en obra hecha por mano de hombre ni puede ser honrado por sus manos" ("Los Hechos", Cap. XVII, vers. 24 y 25), razón por la cual los cristianos no romanos rechazaban el misterio de la transubstanciación.

La oración del Padre Nuestro fue compuesta por Jesucristo con objeto de que los cristianos no perdiesen el tiempo haciendo oraciones largas, como hacían los paganos o gentiles, porque Dios no necesita oraciones, sino buenas obras. (San Mateo, Cap. VI, vers. 7). Pues bien: la Iglesia romana inventó el Rosario, con el cual se podía perder todo el día repitiendo la misma oración. Habiendo introducido a la madre de Jesús como una diosa, bajo el nombre de la "Virgen María", hizo una oración especial para ella llamada el "Ave-Maria". Del mismo modo compuso el "Credo" y la "Salve".

En el Evangelio de San Juan, Cap. XX, se nos cuenta que Jesús dijo lo siguiente:

22. Y dichas estas palabras sopló sobre ellos, y les dijo: Recibid el Espíritu Santo.

23. A los que perdonaréis los pecados, perdonados les son; y a los que los retuviereis, les son retenidos.

De aquí salió la confesión.

Como estas palabras se atribuyeron a Jesús después de resucitado, y Jesús no resucitó, claro está que son falsas; y como ya sabemos que San Juan' no fue discípulo, tampoco pudo habérselas oído decir. Aparte de esto, vemos que las palabras atribuidas a Jesús y el soplo del Espíritu Santo no constan más que en el Evangelio de San Juan, y que ni San Mateo, San Marcos ni San Lucas- dicen una palabra en sus Evangelios acerca de una cosa tan sumamente importante. A mayor abundamiento, y para que no pueda quedar ni la remota duda, contestaremos a las palabras atribuidas a Jesucristo en el Evangelio de; San Juan, con las palabras que el mismo Jesucristo dice en el Evangelio de San Mateo, Cap. XXIII;

8. Mas vosotros no queráis ser llamados Rabí (sacerdote), porque uno es vuestro Maestro, el Cristo, y todos vosotros sois hermanos.

9. Y vuestro padre no llaméis a nadie en la -tierra, porque uno es vuestro Padre, el cual está en los cielos.

10. Ni seáis llamados maestros, porque uno es vuestro Maestro', el Cristo.

Si hay" alguien que pueda decir más claro de lo que Jesucristo mismo expresó con estas palabras, que ningún cristiano tiene autoridad ni poder alguno sobre otro ante su propio Dios, o sea en materia de religión, deseamos que se nos diga.

En algunas Iglesias protestantes existe la confesión, como sucede en la episcopal; pero no figura más que como un acto voluntario, que no es de ningún modo indispensable para la salvación, teniendo más bien la forma de una consulta entre el creyente y el sacerdote acerca de alguna cuestión de conciencia.

La Iglesia romana ha' hecho de la confesión una máquina terrible, pues, según ella, el que no se confiesa y recibe la absolución material de uno, de sus ministros, queda condenado a tormentos eternos. De esta manera obliga a sus cándidos fieles a informarla de todo cuanto hacen y piensan, poniéndola en disposición de gobernarles del modo que más le convenga.

III

Durante muchos siglos los sacerdotes católicos romanos fueron casados, pero la Igle-

sia se convenció al fin de que, para llevar a cabo su programa de dominio, necesitaba hombres a" quienes la mujer y los hijos no pudiesen ligar o distraer en manera alguna, verdaderos soldados dispuestos a marchar a la primera voz de sus jefes. Así, pues, se comenzó por establecer que ningún sacerdote se casase después de ordenado, pudiendo, sin embargo, ordenarse, ejercer el sacerdocio y vivir con su mujer el que fuese ya casado. Una vez dado este paso, pronto se llegó a la prohibición absoluta del matrimonio entre el clero, siendo así decretado ya en el citado Concilio de Letrán, convocado el año 1215. De esta manera dieron un nuevo mentís a su propio Dios, el cual ordenaba el casamiento de los sacerdotes en las Sagradas Escrituras, con estas palabras ("Levítico", Cap. XXI, Vers. 13 y 14): "Y tomará él (el sacerdote) mujer virgen. Viuda, o repudiada o infame, éstas no tomará; mas tomará virgen de su pueblo por mujer".

Estas leyes, que empezando por los Diez Mandamientos de la Ley, fueron dadas a los hombres por Dios en persona, según lo dice el Antiguo Testamento, son las mismas que Jesucristo nos asegura en el Nuevo Testamento haber venido expresamente a este mundo para hacerlas cumplir, cuando dice estas propias palabras: "No penséis que he venido para abolir la Ley o los Profetas; no he venido para abrogar, sino para cumplir. Porque de cierto os digo, que hasta que perezcan el cielo y la tierra, ni una letra, ni un tilde perecerá de la Ley, hasta que todas las cosas sean hechas". (Evangelio de San Mateo, Cap. V, Vers. 17 y 18). Por estas terminantes y expresas palabras de Jesucristo mismo se ve tan claro como el sol del Mediodía, que ninguna Iglesia cristiana, sea la romana, sea cualquiera otra, tiene la más mínima autoridad para cambiar los Mandamientos de su propio Dios.

Por último, comprendiendo Roma que la credulidad o, mejor dicho, que la estupidez humana no tiene límites en materia de religión, decretó que nadie que no fuese ministro de su Iglesia tuviese en su poder, ni aun pudiese leer, sin un permiso especial suyo, las Sagradas Escrituras, cuya traducción del latín a las lenguas corrientes fue prohibida, siendo castigado con prisión perpetua el que infringiese estas órdenes. De esta manera y con objeto de que los anticristianos Sacramentos y Mandamientos inventados por ella no pudiesen ser atacados, confiscaron la palabra de su propio Dios, y en su lugar pusieron vidas de santos, vírgenes y catecismos compuestos por sus propios ministros, sumergiendo a los católicos en la superstición por medios de el culto de imágenes; y así como los sacerdotes del antiguo paganismo engañaban a sus fieles haciéndoles creer en los milagros de sus ídolos, del mismo modo los sacerdotes católicos romanos, engañan a sus creyentes con milagros que Jamás han existido, ni existirán, pero que les son indispensables para ofuscar la razón de las gentes, impidiéndoles así el que reflexionen y descubran los fraudes sobre los que está basada la Iglesia.

Los protestantes no han suprimido el segundo Mandamiento de la ley y, por lo tanto, en sus iglesias no hay imágenes ni de santos, ni de vírgenes, ni de Jesucristo, ni de Dios Padre, ni de Palomas, ni de corderos, ni de ningún ser racional o irracional. Los protestantes, dicen, y con razón, que los santos y las vírgenes estarán en el cielo, pero que ellos no adoran más que a Dios, y que aquéllos, tanto unos como otros, fueron hombres y mujeres. Los protestantes no reconocen la virginidad de María después del parto, porque eso 'DO se dice en las Escrituras, sino lo contrario, siendo la virginidad perpetua una invención de la Iglesia de Roma. Por la misma razón no tienen purgatorio. Como los protestantes no reconocen autoridad superior a la de las Sagradas Escrituras, no obedecen al Papa. Estas son las principales diferencias entre católicos romanos y católicos protestantes.

Acaso habréis advertido que el establecimiento de cada nuevo mandato de Roma iba siempre acompañado de castigo contra los desobedientes, lo cual era un acto de bárbara crueldad, porque aquéllos desobedecían por serles imposible creer de buena fe que el

Papa tuviese más autoridad que Dios, pues a eso equivale el contravenir la Iglesia las órdenes de las Escrituras. De lo contrario, nadie se habría opuesto por la misma razón que nadie adora a un Dios falso si sabe que en otra religión adoran al verdadero. ¿Queréis saber lo que costó implantar sólidamente en nuestra España esos Mandamientos de la Iglesia de Roma, que creéis instituidos por el cariño y la humanidad? Pues os diremos.

Se ignora cuántos millares de víctimas sacrificó la Iglesia en los primeros siglos de su establecimiento en nuestra patria; pero desde fines del siglo XV hasta principios del XIX, o sea durante los trescientos años que imperó en España la Inquisición, hizo lo siguiente:

Personas quemadas vivas	32.469
ídem que murieron en los tormentos o de resultas.....	2.344
Otras que fueron sujetas a tormentos horribles	287.986
TOTAL	322.799

Es decir, que cada año que hubo Inquisición en España se quemaron cien personas y se mandaron a presidio mil, o b que es lo mismo, durante más de trescientos años consecutivos, la Iglesia romana hizo en España tres víctimas todos los días. Trescientos veintidós mil setecientos noventa y nueve españoles, hombres y mujeres, sacrificados porque su razón se oponía a admitir como divinos, Mandamientos hechos por los jefes de la Iglesia romana, que son hombres como los demás. Mandamientos enteramente opuestos a' los de la verdadera religión cristiana. A todos estos cientos de miles de víctimas les fueron confiscados los bienes, haciendo perecer a sus familias en la miseria, mientras los ministros que se decían de Cristo vivían como príncipes en la mayor opulencia.

Si a los millares sacrificados en España se añaden los de otros países, suben a millones los mártires inmolados por esa Iglesia romana, que es la encarnación de la tiranía, del odio, del rencor y de la venganza, esa organización que todavía trata de conservar una parte de los hombres reducida a la condición de animales irracionales, con objeto de explotarlos, valiéndose de la ignorancia para vivir del trabajo de ellos.

SEGUNDA PARTE

Inmenso poder de los Papas. — El Purgatorio. — Las indulgencias. — Lutero. — La Biblia es traducida y vendida públicamente en varias naciones. — Estas se separan del Papa. — Esfuerzos inútiles de los Papas para arreglarse con los protestantes. — Decadencia de la Iglesia romana. — Población de la Tierra. — La confesión reformada.

I

La Iglesia romana había llegado a su apogeo; los reyes que se apoyaron en ella para dominar se vieron dominados a su vez, y más de uno, temblando tuvo que pedir públicamente perdón de rodillas a los pies del orgulloso enviado del Sumo Pontífice. Los Papas llegaron a ser verdaderos reyes de reyes. Empero, los siglos no pasan en vano; la invención de la imprenta difundió la luz entre muchas gentes que hasta entonces habían estado privadas de ella; cada día aumentaba el número de los que en voz baja preguntaban para qué servía aquel culto que había reducido la adoración de Dios, más que a hacer bien a nuestros semejantes, a ceremonias y sacramentos

Enteramente mecánicos, a presenciar siempre el mismo simulacro en la Iglesia, a repetir la misma oración cien veces seguidas, llegando así a perder todo significado sus palabras. De cuando en cuando algún hombre se rebelaba y pedía se volviese a la verdadera religión de Jesucristo, pero pronto la Inquisición hacía perecer entre las llamas al atrevido, a quien calificaba de hereje maldito.

Dice el proverbio que "Dios vuelve locos a los que quiere perder". Esto sucedió en la Iglesia de Roma. Ya habían inventado el Infierno a donde, a la verdad, podía mandar a todos los que se le antojase, pero de donde no podía sacarlos. Para reparar esta equivocación hizo un segundo infierno del que podía disponer la salida siempre que se pagase por ella; es decir, que a Dios se le ganaba con dinero, monstruosidad tan palpable, que su existencia nos hace seriamente dudar de si el hombre es, como dicen, un animal racional. Al fin llegó un día en que el vaso, lleno ya, tenía que rebosar y el mismo Papa León X fue el que echó la gota, traspasando la venta de las indulgencias de los frailes agustinos a los dominicos; y lo que no pudieron conseguir tantos hombres de buena fe, que prefirieron morir entre tormentos a reconocer por divinos los mandamientos anticristianos de 3a Iglesia romana, lo consiguió el interés y el odio personal de un sacerdote de aquella misma Iglesia, quien, sin estos móviles, habría continuado su papel de ministro católico con la misma hipocresía que hasta allí.

Martín Lutero, fraile agustino y doctor de la Universidad de Wittemberg, furioso de que se privase a su orden del beneficio de la venta de las indulgencias, fija en las puertas de una iglesia de aquella ciudad, el 1 de octubre de 1517, sus famosas proposiciones, haciendo patente la impostura de las indulgencias y dando de este modo el primer golpe a la entonces omnipotente Iglesia romana. El Papa excomulga al fraile rebelde; Lutero quema públicamente la excomunión y responde traduciendo las Sagradas Escrituras y entregándoselas a los pueblos. Apenas éstos ven en ellas la palabra de su Dios, cuando se separan de aquella Roma engañadora, no por cientos, ni por miles, sino por millones, por naciones enteras. Los Papas comprenden que están perdidos, la orgullosa Iglesia romana baja la cabeza, convoca, el Concilio de Trento y, tragando sus propias excomuniones, pide humildemente a los protestantes que vengan a tomar parte en él, prometiendo que se harán las reformas convenientes. Pero ya es tarde; éstos, ni aun se dignan

contestar.

La Biblia, traducida a varias lenguas, vuela de mano en mano, destruyendo por doquier que se presenta, el poder del Papa. En vano el emperador Carlos V, en vano su hijo Felipe II echan del lado de Roma y de la Inquisición todo su enorme poder; después de un siglo de lucha, la mitad de Europa queda para siempre libre del odioso yugo romano.

II

Desde entonces, la Iglesia de Roma ha continuado su descenso. En la parte temporal, sus Estados han desaparecido, no porque extranjeros se hayan apoderado de ellos, sino porque sus propios habitantes han echado por tierra el trono terrenal del Papa, uniéndose espontáneamente al resto de sus compatriotas y formando así la unidad de Italia. En la parte espiritual, cada día se hace más palpable su decadencia. En España todavía es muy poderosa la Iglesia romana, pero no sucede así en la mayoría de los países que se llaman católicos, y que no hace mucho lo eran en realidad.

A continuación estampamos la estadística de la presente población del mundo y del número de católicos romanos, advirtiendo que contamos como católicos todos los habitantes de los países que se consideran así, pero en los que una gran parte de la población no practica ningún sacramento de la Iglesia. Así, por ejemplo, en Francia, en la que suponemos a todos católicos, hay cinco millones que no lo son más que de nombre; lo mismo podemos decir de Italia, Austria, etcétera, etcétera.

De los 1.427 millones que pueblan el globo, hay:

Cristianos católicos romanos	208
Cristianos que no son romanos.....	213
De religión no cristiana	1.006

Resulta, pues, que los católicos romanos forman la séptima parte de la población y, por consiguiente, si fuese cierto lo que Roma asegura de que fuera de su Iglesia no hay salvación, seis de cada siete personas que nacen, están irremediabilmente destinadas al Infierno. Tal es el Dios bárbaro inventado por la Santa Madre Iglesia.

Es evidente que, o el catolicismo reforma radicalmente su culto y Sacramentos, acercándose a las doctrinas de Jesucristo, o antes de un siglo habrá desaparecido por completo hasta de nuestra fanática patria. La parte ilustrada de nuestro clero así lo comprende hace ya años, dando órdenes de que, en las grandes ciudades, en donde la ilustración está mucho más extendida que en los campos y aldeas, no se moleste a los fieles acerca del muy estricto cumplimiento de los sacramentos. En repetidas ocasiones hemos oído quejarse en Madrid a personas devotas y de edad, diciendo que la confesión ya no es confesión; que en sus tiempos, hace treinta o cuarenta años, el cura exigía la más rigurosa cuenta de los mandamientos de la Iglesia, llegando a negar la absolución a los que comían carne sin bula.

Hoy todo eso ha desaparecido; el confesor acorta la ceremonia lo más posible, dando la absolución sin preocuparse gran cosa de si el penitente ha ayunado, oído misa o rezado un rosario en toda su vida. Con reloj en manos hemos visto nosotros confesarse, en una Iglesia de Madrid, cuatro personas en doce minutos. Tres minutos para limpiarse de todo el mal que hemos hecho al prójimo en un año, no es mucho por cierto, y hay que admitir que la Santa Madre Iglesia católica apostólica romana no puede hacer más expedito el camino del cielo.

LA RELIGIÓN DE ROMA

'Qué entienden los españoles por cristianismo. — Católico romano automático. — Id.; acorazado. — Id., pretencioso. — Id., nominal; los creyentes a medias. — Supresión del quinto Mandamiento de Roma. — Jesús y los fariseos. — Los cinco Mandamientos romanos y los Diez de la Ley. — Cristiano. — La religión de Zas españolas. — El templo de las pequeñas poblaciones. — La Fe y la Caridad. — La matanza de San Bartolomé bendecida por el Papa.

Daremos aquí el resumen del estado en que se halla el cristianismo en nuestra patria, cuyos habitantes clasificaremos del modo siguiente ;

CATÓLICO ROMANO AUTOMÁTICO

Aquel para quien el cristianismo consiste en ver la ceremonia de la misa los días de fiesta, arrodillándose ante una imagen favorita, a la que dice padrenuestros y avemarias, confesar y comulgar una vez al año, no comiendo carne en Semana Santa y algún otro día, sin tener la más remota idea de por qué hace todas estas cosas. Para este ser, todos los hombres que no hacen lo que hace él, son "judíos" sin excepción.

CATÓLICO ROMANO ACORAZADO

Individuo para quien la religión consiste en lo que ha aprendido en el catecismo del padre Ripalda, Astete o cualquier otro cura. Para esta especie de cristiano, la Biblia no es su propia Sagrada Escritura, sino un libro misterioso al que no debe acercarse; algo por el estilo de aquellos huesos de Santos que no se enseñaban, porque el que los veía cegaba. Sí le decimos que la Iglesia romana nos ha engañado muchas veces y que estamos dispuestos a probar que hoy está sucediendo lo mismo, nos contesta que "todo eso será verdad; pero que prefiere continuar engañado": y que no sólo Jamás dejará la religión que le enseñaron sus padres, sino que hará lo posible para que sus Hijos no se desvíen de ella. Es decir, que porque su padre viajaba' en galera, él debe abstenerse de viajar en ferrocarril; o porque sus bisabuelos no vieron jamás un periódico, ni conocieron más allá que su pueblo, ni acaso sabían escribir, ni su abuelo, ni su padre, ni él, ni por consiguiente sus hijos, deben leer un periódico, ni viajar, ni aprender a escribir. De seguir la lógica de individuos como éste, los hombres deberían continuar hoy en el estado salvaje de los primitivos habitantes de la Tierra. Para este creyente de cal y canto, ser a quien a duras penas podemos calificar de racional, ni la palabra de su pro-pío Dios, ni la del mismo Jesucristo valen nada al lado de la del Papa, o mejor dicho, de la de los ministros de Roma que oye. Los de esta clase saben que, además de judíos hay protestantes y "moros", si bien no están muy seguros de que haya alguna gran diferencia entre ellos.

CATÓLICO ROMANO PRETENCIOSO

Hombre más o menos educado que, sin saber acerca de su religión más de lo que saben los de las clases anteriores, nos dice ser cristiano católico romano, "por convicción", asegurándonos con el mayor' aplomo conocer perfectamente, no sólo los Evangelios, sino la Biblia entera; pero que, a pesar de esto, no sabe darnos razón de nada de lo que en

ella consta y a quien, si citamos alguna parte nos contesta:

"Eso estará en la Biblia protestante, pero no en la católica"; ignorando que todo cuanto consta en la primera consta en la segunda, y que no hay más Biblia que una.

CATÓLICO ROMANO NOMINAL

Ese individuo nos asegura ser católico apostólico romano, sin tener en ello más que su dicho, pues jamás pone los pies dentro de una Iglesia, ni aun sabe el padrenuestro de memoria. El día que muere, confiesa y comulga, y va derecho al cielo, ni más ni menos que el que ha pasado toda su vida practicando estos sacramentos. Entre esta clase es común encontrar algunos que se la echan, de incrédulos y hasta se burlan de las prácticas de su culto; pero como esta incredulidad no está basada sobre ningún conocimiento concreto, el día que se ven en peligro, corren a reconciliarse con su Iglesia, creyendo verse ya en las calderas del infierno romano.

Entre los cristianos nominales hay muchos que son los creyentes a medias; por ejemplo: unos están persuadidos de que la infalibilidad del Papa es un disparate; otros dudan de que las misas sirvan para sacar almas de ningún sitio, y a no pocos les es imposible creer que la hostia se convierta en verdadera carne divina, etc., etc. Para la Iglesia, sin embargo, tan pecado es no creer en estas cosas como en que Jesús no era Dios.

HIPÓCRITAS

Cada vez que vemos uno de éstos, no podemos menos de recordar aquellos fariseos de que nos hablan los Evangelios, aquellos que en medio de las sinagogas oraban diciendo: "Hacemos diariamente nuestros rezos, ayunamos todas las semanas, pagamos religiosamente a nuestros sacerdotes el décimo de todo, hacemos tocar la trompa para que acudan los pobres y les damos limosna. Te alabamos, pues, Dios nuestro, porque nos han concedido tu gracia para ser justos, y no somos los publicanos, que ni rezan, ni ayunan, ni quieren pagar diezmos, ni se les ve dar limosnas".

Los fariseos no mentían, ejecutaban realmente lo que decían; y, sin embargo, cosa que a muchos admirará, Jesucristo odiaba a muerte a los fariseos que no tenían inconveniente en asociarse con los publicanos. ¿En qué consistía la repugnancia de aquel corazón generoso hacia los fariseos? En que sus acciones no tenían por móvil la primera y más grande de las virtudes: la Caridad; los fariseos querían pasar por justos sin hacer bien al prójimo; si daban alguna limosna, tenían cuidado de hacerlo públicamente, con lo que ganaban barato el nombre de caritativos, haciendo el bien, no tanto a sus semejantes como a sí mismos. En cambio echaban a la cárcel, sin piedad alguna, al desdichado deudor que no podía pagarles hasta el último Senario, y movían cielo y tierra para vengarse de una ofensa. Y todos los fariseos eran hipócritas; los había que estaban firmemente convencidos de que con ir a la sinagoga a rezar o darse golpes en el pecho, ayunar y pagar diezmos, no sólo hacían algo bueno, sino que habían cumplido con lo esencial de sus obligaciones. Por eso Jesús, como más adelante veremos, se opuso a estas ceremonias, prohibiendo terminantemente se asistiese a templo alguno, porque Dios no habita en casas hechas por mano de hombre.

CRISTIANO

Es el hombre que, examinando a la luz de la razón y de su sentido común los documentos en que se apoya el romanismo declara, siguiendo la voz de su conciencia y despreciando toda clase de hipocresía, que la Iglesia de Roma no sólo es una obra humana

ideada y llevada a cabo por una parte de los hombres para dominar a la otra, sino que, tanto en el fondo como en la forma, está en oposición a las doctrinas del mismo Jesucristo.

Lo que acabamos de decir se refiere a los hombres. En cuanto a las mujeres, siguen a ciegas el camino que aquéllos les marcan. En España podemos clasificarlas todas, con alguna ligera excepción, en las dos clases primeras. Para las españolas de las pequeñas poblaciones, constituye el templo una imprescindible necesidad (decimos el templo, no la religión). En las ciudades importantes hay reuniones, teatros, paseos, mil sitios y ocasiones de distraer el ánimo y de hablar con nuestros amigos. Allí vemos a la mujer acudir a misa así como para salir de lo que, para la mayoría, es un deber tan enojoso como visitar a una persona desagradable. En cambio, en los pueblos, en que se carece de aquellas distracciones, el día de fiesta es el gran día; el templo, es a la vez, paseo, reunión y teatro. Allí va la muchacha a ver a su novio, o a buscar uno, o a dejar ver el vestido nuevo, con el poco caritativo deseo de causar a sus amigas la mayor cantidad posible de envidia. Allí las devotas reunidas pasan revista a todo el vecindario, no saliendo nadie bien parado de sus lenguas beatas, que son las más venenosas de las conocidas. No cabe duda: la Iglesia de Roma ha sabido entender el modo de dominar a la mujer, teniendo de esta suerte la mitad del camino andado.

III

Hemos clasificado a los hombres y a las mujeres, pero nos faltan unos entes que no podemos contar ni entre los primeros ni entre las segundas: nos referimos a los agentes de Roma, a los curas, a quienes dividiremos en esta forma:

CURA EN BRUTO

Aquel cuyos conocimientos se reducen a decir misa y a dos docenas de latinajos que él mismo no comprende. Llegó a ser cura sin saber nada, o si algo supo lo ha olvidado por completo. Es partidario del restablecimiento de la Inquisición, y en sus sermones sale de ordinario a relucir el Infierno, en cuya existencia cree firmemente. Por lo demás, le interesa más que todos los Sacramentos el que los garbanzos estén bien cocidos.

CURA VIVIDOR

Este sabe lo bastante para responder a los que, sin conocimientos concretos, y por la simple fuerza de su sentido común, dudan acerca de algún sacramento. Cuando se encuentra con alguien mejor informado, elude la polémica refugiándose desde luego en la divina gracia de la fe. En su interior, este cura no es completamente incrédulo, pero tampoco toma como artículo de fe todo cuando manda su Iglesia.

CURA METAFISICO

Este se ha metido en la cabeza trescientos volúmenes de teología, después de ello se encuentra que no sabe más que antes, y probablemente, menos, por habérsele enfermado el sentido común. A su vez, escribe también, aumentando el caos de absurdos teológicos para los que vengan detrás.

A veces, se seca el cerebro inútilmente, tratando de explicar los misterios, sin quererse convencer de que uno y dos son tres y de que su propia Iglesia los hizo absurdos; de

lo contrario, pronto habrían dejado de ser misterios., Este es el cura que hace brillantes ejercicios, que habla, no sólo latín, griego y hebreo, sino sánscrito, moabita y, en general, toda lengua que no se habla hace tres o cuatro mil años, y de la que, por consiguiente, nadie tiene la más remota idea del sonido. De este cura se trata siempre con muchos, ¡ah, oh!., calificándosele de pozo de ciencia y teniéndosele por un sabio.

CURA LISTO

El que, sin necesidad de estudiar gran cosa, ha comprendido, **el** principal misterio de la Iglesia, que consiste en vivir a costa de sus fieles. Este cura se burla para sus adentros de su Iglesia y de toda teología y llega generalmente a obispo o a algún buen puesto. En donde más abunda es entre los jesuítas.

CURA CRISTIANO

El que, comprendiendo la farsa de la Iglesia romana tan bien como el anterior, se sirve de la posición excepcional que le da el sacerdocio para hacer todo el bien posible. Este es el que, siguiendo la doctrina de Jesús, por más que le considera hombre, nos dice que los hechos valen más que los rezos, que una buena obra es más agradable a los ojos de Dios que todos los sacramentos.

Este cura no nos habla de Dios vengador y cruel, del Infierno y de los tormentos sin fin, sino del Dios de bondad y misericordia, del Dios que a todos gana con dulzura, del que dice: "Ama a los que te aborrecen y vuelve bien por mal"; de ese Dios en el que. no puede tener cabida la ira y la venganza y a quien nadie puede menos de adorar. Este verdadero discípulo de Cristo, no niega la sepultura al que murió sin los sacramentos, ni pregunta si se confiesa aquel a quien da limosna. Siguiendo el mandato de Jesús a sus apóstoles, ni ahorra ni atesora; lo que tiene es para todos. Para él, los hombres, sean sus creencias las que quieran, son antes que nada sus prójimos, sus hermanos, hijos todos del mismo Dios.

Esta clase de cura no suele pasar de simple cura, a menudo es mirado por su obispo como hombre peligroso a la Santa Iglesia católica apostólica romana.

Hay una clase que no incluimos entre estas, y es la de aquel que, creyéndose rebajado en su dignidad si continúa practicando ceremonias en cuya eficacia ya no cree, y no sintiéndose con la vocación, que podemos llamar divina, del cura último, abandona el sacerdocio y, sobreponiéndose a las preocupaciones de la ignorancia y a la hipocresía, viene francamente a formar a nuestro lado, prefiriendo la miseria, acaso, a la farsa.

Se nos objetará que un cura puede ser verdaderamente cristiano sin por eso dejar de ser creyente en su Iglesia. Eso no es posible. Cada vicio tiene su virtud, que no es más que la negación del vicio. El amor a la patria no es más que odio a la del extranjero: si la nuestra no pueda subir, deseamos que la suya baje. No se puede tener preocupaciones y ser despreocupado. Del mismo modo no puede tenerse fe ciega y ser verdaderamente caritativo.

CATÓLICOS Y PROTESTANTES

Imaginaría diferencia de la Biblia protestante i/ católica. — Los idiomas por los que ha pasado la Biblia. — Su traducción. — La Biblia de Valera y la de Scío. — Las partes dudosas de la Biblia. — El ministro católico y el protestante. — El sermón protestante y el sermón católico. — El pastor y la oveja. — Las notas del obispo protestante Wordsworth. — Sistema usado por los sacerdotes en sus discusiones — La manera de rebatirle. — Por qué ganó Nelson todas sus batallas — Adoptar el mismo sistema contra las Iglesias que se llaman cristianas.

Vosotros, lo mismo que sucede a la mayoría de los católicos romanos, os imagináis que hay dos Biblias, la católica y ¡la protestante. Esto es un error. No hay más Biblia que una para todos los cristianos, sean católicos o protestantes.

Como ya os hemos informado, la Biblia la componen el Antiguo y el Nuevo Testamento. El Antiguo Testamento se escribió originalmente en hebreo, en cuyo idioma le conservan todavía los judíos; del hebreo se tradujo al griego, del griego al latín y del latín a las lenguas corrientes, como el francés, el español, el inglés, etc., etc. Los cuatro Evangelios, que componen la parte principal del Nuevo Testamento no se sabe en qué idioma fueron escritos primero, pero los más antiguos conocidos lo estaban en griego; del griego se tradujeron al latín y del latín a las lenguas comunes.

En los capítulos referentes a la Iglesia romana habréis visto que la traducción de la Biblia del latín a las lenguas corrientes estaba prohibida por el Papa bajo pena de excomuniación y prisión por toda la vida; pero cuando Lutero se sublevó contra él, lo primero que hizo fue traducir las Sagradas Escrituras al alemán, dando aquello por resultado que la mayor parte de los alemanes se separasen en cuanto las leyeron de la Iglesia de Roma, siendo éstos los primeros protestantes.

Después de Lutero, y, a pesar de las excomuniones y castigos, la Biblia se fue traduciendo a todos los idiomas. En España se tradujo varias veces al castellano por permiso especial del Papa; pero las traducciones, que estaban escritas a mano y eran unas pocas, las conservaban en su poder los altos dignatarios de la Iglesia, ya que a nadie le era permitido leerlas sino a ellos y a los jefes del Estado.

Por último, a fines del siglo pasado, las gentes educadas llegaron a ser tantas, que protestaron contra la injusticia de la Iglesia de Roma al prohibirle enterarse de lo que, según sus sacerdotes, era la palabra escrita de su Dios. En vista de esto, el Gobierno obligó a la Iglesia a permitir la traducción de la Biblia al castellano, si bien la Iglesia • exigió el que aquélla fuese hecha por uno de sus doctores, el Rdo. P. Felipe Scío, a quien se dio el encargo, no sólo de traducirla, sino de anotarla; es decir, de tratar de explicar y ocultar del mejor modo posible, y por medio de notas, los desatinos, indecencias, falsedades y contradicciones de la Biblia.

Nosotros, que siempre hemos querido y queremos aprender, nos hemos dirigido en más de una ocasión a los doctores de la Iglesia para que nos explicasen algunas de las desatinadas notas del P. Scío, y aquellos doctores nos han dicho que las notas no eran más que la opinión del anotador, quien podía equivocarse. Es decir, que la traducción de Valera no sirve porque no tiene notas, y las notas de Scío tampoco sirven; con que deseamos saber qué diablos es lo que sirve, aunque va lo sabemos; lo que sirve es ir a misa, confesar a menudo y sacar ánimas del purgatorio metiendo pesetas en el bolsillo del doctor por medio de las misas a duro o más.

No ha faltado algún buen cura a quien liemos oído afirmar que la diferencia entre la Biblia de Valera y la de Scío consistía en que Valera había traducido el padrenuestro diciendo: "no nos metas en tentación", mientras que la traducción de Scío dice: "no nos dejes caer en tentación". De esto quería el bueno del cura valerse como argumento para probar que la Biblia de Valera no servía para nada. Advertiremos a este señor cura, y a otros por el estilo, que si Jesucristo fue realmente quien compuso el padrenuestro, no lo haría en castellano, ni tampoco en latín, como creen algunos, sino en hebreo, que era el idioma de Jesús, y el de los que' le escuchaban; y como no existen Evangelios en hebreo, se ignora por completo cuáles fueron las verdaderas palabras que Jesucristo pronunció.¹⁵

Igualmente informaremos, a los señores doctores, que no todos los católicos romanos hablan en castellano, sino que cada uno habla en su respectivo idioma y reza en el mismo. Ahora bien: los católicos que hablan en inglés dicen en su padrenuestro: "Lead us not into tentatíon", que, traducido al castellano, quiere decir: "No nos dirijas o conduzcas a la tentación". Los católicos romanos cuya lengua es el inglés son muchos millones, y entre ellos se cuentan los irlandeses, que son los más fanáticos defensores del Papa y del catolicismo.

He aquí los nombres de las diferentes partes que componen el Antiguo Testamento, y que son admitidas como anónimas o divinas por católicos y protestantes sin excepción;

El Génesis.
El Levítico.
El Éxodo.
Los Números.
El Deuteronomio.
Libro de Josué.
ídem de los Jueces.
ídem de Ruth.
Primer libro de Samuel.
Segundo ídem, ídem.
Primer libro de los Reyes.
Segundo ídem, ídem.
Primer libro de Esdras.
Segundo ídem, ídem.
Libro de Esther
Libro de Job.
Salmos.
Proverbios.
Eclesiastés.
Cantos de Salomón.
Los cuatro Profetas grandes.
Los cuatro Profetas pequeños.

Las partes que ponemos a continuación no son reconocidas como divinas por los protestantes, pero, sin embargo, admiten su lectura como ejemplos de buena moral. No teniéndose, pues, por obra de Dios, no figuran en la generalidad de las Biblias usadas por protestantes. Estas partes dudosas se llaman;

¹⁵ Las aludidas palabras del Padrenuestro, en latín, son éstas: *METNE NOS INDUCAS IN TENTATIONEM*. Ahora bien: entre las varias acepciones del verbo *INDUCERE*, la primordial es ésta: *INDUCIR*, meter, introducir, hacer entrar. Por consiguiente, la traducción de Valera es fiel (N, del E.).

Tercer libro de Esdras.
Cuarto libro de Esdras.
El Profeta Baruc.
Canto de los tres niños.
Libro de Tobías.
Libro de Judith.
Resto del libro de Esther.
Libro de la Sabiduría.
Jesús, el hijo de Sirac.
Cuenta de Susana.
Bel y el Dragón.
Oración de Manases.
Primer libro de los Macabeos.
Segundo libro de los Macabeos.

El Nuevo Testamento es admitido en todas sus partes por igual y lo mismo por los protestantes que por los católicos.

Resulta, pues, que todo cuanto consta en la Biblia usada por los protestantes consta igualmente en la usada por los católicos, y que la diferencia consiste en que la Biblia de los católicos tiene algunas partes más. Por lo tanto, todo cuanto está escrito en la traducción de Valera está escrito igualmente en la del Padre Scío.

Los Evangelios no constituyen lo principal de la Biblia, no siendo otra cosa que historias de la vida de Jesús, por el estilo de las de cualquier santo. Lo más interesante de las Sagradas Escrituras es lo que se llama el Pentateuco, o sean las cinco primeras partes, a saber: "Génesis, Éxodo, Levítico, Números y deuteronomio". En ellas se nos refiere la formación del Universo, la historia de los primeros hombres en general y del pueblo de Israel en particular. Allí vemos al mismísimo Dios dictar personalmente todos sus mandamientos, leyes, ritos y ceremonias, del tamaño y color de las cortinas del templo, etc.

El pentateuco es la única parte de la Biblia que admiten como divina todos los judíos sin excepción, llamándole el *Libro de la Ley* o simplemente *la Ley*, que es la misma de la que Jesucristo dijo: "No he venido para abolir la Ley, sino para hacerla cumplir", b cual no ha impedido el que los doctores cristianos no se ocupen para nada de ella, demostrándonos así que tanto el Dios Padre como el Dios Hijo no saben lo que se pescan. O la Biblia está dictada por el Espíritu Santo, como aseguran los cristianos, o sus autores han mentido "a sabiendas"; porque una persona podrá apoyarse en razones fundadas a su vez en la observación, sostener tal teoría acerca del origen de la tierra y de las diversas formas que la vida ha revestido en ella, sin necesidad de inspiración alguna; pero, ¿de dónde sacaron los compositores de la Biblia que Jehová formó el universo en seis días y descansó el séptimo, o que hizo una figura de barro, sopló sobre ella y quedó convertida en el primer hombre? Porque si el Espíritu Santo no lo dijo, no hay observación ni razonamiento que pueda conducir a semejante deducción.

Los modernos adelantos de la ciencia nos muestran que las Escrituras están llenas de desatinos; luego hay que elegir entre que el Espíritu Santo inspiró mentiras, o que no hay tal inspiración. Reverendos padres hay que sostienen que Dios no quiso enseñar a los hombres más de lo que dijo en la Biblia; es decir, que, a pesar de habernos querido engañar el Padre Eterno, hemos descubierto la verdad.

Como los sacerdotes cristianos, tanto católicos como protestantes se ven obligados a sostenerla divinidad de la Biblia, porque, de lo contrario, la religión cristiana resultaría

pura obra humana, se valen de argumentos de este calibre. Dicen tan doctos teólogos: "La Biblia es obra de Dios, porque fue escrita por hombres inspirados por el Espíritu Santo, y la prueba de que estaban inspirados la tenemos en que hacían milagros, y no cabe duda de que los hicieron, porque así se cuenta en la Biblia".

II

En todos los países hay biblias anotadas, tanto entre católicos como entre protestantes, y con mayor motivo entre estos últimos, pues leyendo ellos las Escrituras más que los católicos, están más aptos para observar sus contradicciones, y los sacerdotes protestantes, que no son mejores que los católicos, tratan de obscurecerles la verdad con esas notas.

Más de una vez hemos encontrado sacerdotes católicos que no sabían gran cosa de las Escrituras, sacerdotes que estaban persuadidos de que los misterios de su religión eran ciertos, como podían estarlo los labradores a quienes predicaban. Estos hombres, pues, engañaban de buena fe, y no eran culpables más que de ignorancia. Semejante cosa no ocurre jamás ni con el último sacerdote protestante de una aldea. Todos con los que hemos hablado se hallaban perfectamente enterados y el motivo es éste:

El sacerdote protestante no tiene el recurso de la misa, con la cual todo cura despacha, sino que cada domingo tiene que predicar uno, y a menudo dos largos sermones. Estos sermones no los puede componer hablándonos de la Virgen, ni de los santos, ni de sus milagros; en estos sermones no nos sacan a danzar el diablo ni el infierno, porque hoy día en las Iglesias protestantes han dado un paso más hacia el cristianismo verdadero, suprimiendo definitivamente el Infierno como artículo de fe. Por último, el ministro protestante se ve privado de todas estas artimañas, por medio de las cuales el ministro católico puede estar hablando dos horas sin enseñar absolutamente nada a sus oyentes, tratándolos como niños a quienes se entretiene contándoles cuentos de brujas. El sacerdote protestante se ve obligado a hablarnos de !a caridad, de la mansedumbre, de la moral, en fin, y de la justicia, mostrándonos así que el protestantismo está muy por delante del catolicismo romano en el camino de la verdad. Esta ventaja, sin embargo, no es más que negativa, y os lo probaremos con este ejemplo. Se acaba de dar una batalla; unos han recibido dos balazos; otros, uno; otros, en fin, han salido ilesos. Los que han recibido dos heridas son los católicos, que creen veinte mil disparates, los que han sido heridos una sola vez, los protestantes, que creen en diez; y los que han salido ilesos, los que, como nosotros, conocen la verdad.

Esta superior instrucción del sacerdote protestante sobre el católico nos hace ver que, si en estos últimos puede haber alguno de buena fe, entre los ministros protestantes es tan imposible que esto suceda como entre los obispos católicos, quienes no llegan a obispos por obra del Espíritu Santo, sino por su talento superior y por su instrucción.

En este momento tenemos ante nosotros los cuatro Evangelios anotados por el obispo inglés de Lincoln, de la iglesia episcopal, Wordsworth, una de las primeras autoridades en el mundo en materia de Escrituras Sagradas cristianas. La erudición que demuestran las notas de este verdadero sabio es pasmosa; el talento, el genio con que trata de sacar interpretaciones lógicas de las absurdas y evidentes falsedades de los Evangelios, es maravilloso; al lado de este anotador, nuestro Padre Scío queda reducido a un payaso; pero, sin embargo, basta que un individuo sea racional, para que con la misma facilidad destruya la erudición y el genio del obispo Wordsworth como las payasadas del Padre Scío.

La razón, como la verdad, no es ni puede ser más que una, y aquí tenéis la prueba.

Imaginaos un hombre tan ignorante que no sabe ni aún leer. Reunid todos los sabios del mundo, y veréis que, a pesar de toda sabiduría, les será imposible demostrar satisfactoriamente a aquel hombre que uno y uno son tres. En cambio, el ignorante tomará dos piedras, y poniendo una en el suelo, y después otra al lado, demostrará a todos aquellos sabios, de una manera evidente, que uno y uno no son tres, sino dos.

Pues en este caso nos hallamos con la religión cristiana, así como con todas las que los hombres llaman divinas. Para destruirlas no hay ni aún necesidad de saber leer; basta con ser racional.

III

A menudo os resultará, si os ponéis a discutir con algún doctor de la Iglesia, que os enreda de tal suerte que, por más que comprendáis que lo que él dice es imposible, no encontraréis argumentos para contestarle victoriosamente. ¿En qué consiste esto? Consiste en que el doctor, que sabe perfectamente lo que hace, ha empezado sentando, así como provisionalmente, alguna base falsa, que vosotros dejáis pasar creyendo no tendrá importancia. Pues bien: basta que dejéis sentar como verdadera o posible una sola base falsa o posible, para que sobre ella levante vuestro contrario, de la manera más lógica y razonada, un edificio que en vano trataréis de destruir.

¿Sabéis por qué el famoso almirante inglés Nelson ganó todas cuantas batallas dio? Porque Nelson tenía una cosa que dicen ser común a todos los hombres, pero que raramente se encuentra uno que la tenga: Nelson tenía "sentido común". En su tiempo no había buques de vapor; por consiguiente, el navío que en un combate perdía los palos, quedaba inmóvil y a merced del contrario. Los marinos tenían, pues, la costumbre de destinar una gran parte de la artillería a disparar sobre la arboladura y el velamen del buque enemigo, con la esperanza de echarle abajo los palos, con lo cual se perdía la mayor parte de los tiros, pues sólo por una casualidad se conseguía aquel resultado. El sentido común de Nelson le dijo que haciendo fuego con todos sus cañones sobre el casco del buque contrario, apuntando lo más cerca del agua posible, y aun debajo del agua, le haría tantos agujeros que lo echaría a pique, sin que su arboladura y sus velas le sirviesen para impedir que se sumergiera en el mar. Nelson, pues, dio orden de que se hiciese fuego nada más que sobre el casco del buque enemigo, sin ocuparse de la arboladura, y así ganó las más grandes batallas navales de los tiempos modernos.

Lo mismo os decimos: no perdáis vuestros tiros discutiendo si Jesús dijo o no tales o cuales palabras, y si con ellas instituyó tales o cuales sacramentos, ni si la trinidad es un desatino o no lo es, ni si un pedazo de harina amasada la convierte un hombre en carne de un Dios, ni si el Papa representa a Dios o al diablo, ni si hay infierno o no le hay; no disparéis sobre esa arboladura de vuestro contrario, sino haced fuego en nombre de la justicia y de la verdad contra el casco de vuestro enemigo, contra esa Biblia escrita por hombres pérfidos y engañadores que os quieren tapar vuestros ojos, y así podréis apuntar bien: disparad, en nombre de la razón por Dios comedida, fuego sobre esas falsas Escrituras, fuego sobre ellas, y veréis caer como castillo de naipes esa Iglesia que tan potente y sólida os parece.

EL INFIERNO

PRIMERA PARTE

El Dios de Israel según Moisés y los profetas. — El mismo Dios según Jesucristo. — Un Dios que se equivoca. — La Gehenna de fuego. — El fuego del Infierno. — El Dios Moloc y sus ritos. — Incompatibilidad del infierno y la Omnipotencia. — El poder humano y el poder divino. — Los protestantes y el infierno. — El Dios infinitamente justo de la Iglesia romana.

I

Os hemos probado por medio de los desatinos científicos, contradicciones y evidentes falsedades de las Sagradas Escrituras, que éstas son simples historias compuestas por los sacerdotes judíos y cristianos, y, por consiguiente, no tienen más valor que las Escrituras Sagradas de cualquiera otra religión.

Bastaría, pues, esta prueba para que no nos ocupásemos de las palabras que los escritores de los Evangelios ponen en boca de Jesús, y por las que aquel hombre bondadoso resultaría inventor del Infierno de los cristianos. Esto no obstante os explicaremos cómo y desde cuándo en vuestra religión hay Infierno.

Supongamos que habéis nacido y os habéis criado en alguno de los países no cristianos, y que habiendo venido, a España y deseando enteraros de la religión de los españoles, determináis leer la Biblia, que es el libro sobre que está fundada la religión cristiana. Tomáis, pues, por primera vez en vuestras manos la Sagrada Escritura traducida al castellano por el Rdo. P. Scío y comenzáis su lectura. Allí encontráis que el Dios de los cristianos se llama Jehová, y es un personaje terrible que anda continuamente incomodado con los hombres que él mismo ha creado, lo cual no deja de ser notable, porque pudiendo hacerlos buenos a todos y evitarse tantos disgustos» prefiere que sean malos, con objeto sin duda de tener el gusto de castigarlos; y, en efecto, allí veis que unas veces ahoga a la humanidad por medio de un diluvio; otras hace llover no agua, sino fuego, abrasando ciudades con todos sus habitantes; tan pronto tira peñascos desde el cielo aplastando a las gentes, como ordena el degüello de pueblos enteros, hombres, mujeres y niños, como castiga las faltas de los padres en los hijos hasta la cuarta generación (Éxodo, cap. XX, v. 5), como ejecuta mil injusticias y crueldades por el estilo. El Dios de los cristianos gobierna por medio del terror, la matanza y el exterminio. El Dios Jehová es un individuo sanguinario que se goza en llevarlo todo a sangre y fuego, haciendo perecer a Justos y pecadores. De este modo resulta ser el Dios de Israel por varios miles de años, durante los cuales nada absolutamente dice la Escritura de castigos después de la muerte, pues todos se aplican en esta vida.

Continuáis la lectura y llegáis a la parte de la Biblia llamada el Nuevo Testamento, que empieza con la vida de Jesucristo por San Mateo, o sea el Evangelio de San Mateo. Allí os encontráis que el Dios de Israel parece ser otro, porque, según Jesús, Jehová no sólo no quiere degollar, ahogar ni quemar a nadie, sino que "ama a los que le aborrecen y hace bien a los que le hacen mal". Esto os deja muy sorprendidos porque todo el que cambia de opinión o de sistema es porque cree le irá mejor de otra manera, o lo que es lo mismo, cree haberse equivocado; y un Dios que cambia de opinión, y que por lo tanto cree equivocarse, no puede ser Dios, admirándoos de que los españoles, que tienen o

deben tener sentido común, no se hagan esa reflexión. De pronto, al llegar al capítulo V del citado Evangelio de San Mateo, os encontraréis con estas palabras de Jesús:

"Vers. 23. Mas yo os digo que todo aquel que se enoja con su hermano, obligado será a Juicio. Y quien dijere a su hermano "raca", obligado será a concilio; y quien dijera "insensato", quedará obligado a la Gehenna del fuego".

Deseando saber qué es eso de "Gehenna del fuego", miráis en el Evangelio en latín (la Biblia de Scío está en latín y en castellano, v veis que dice lo mismo: "Gehenna ignis". Como en el propio Evangelio Jesús aconseja que se debe volver bien por mal", suponéis desde luego, que la "Gehenna del fuego" no será cosa desagradable, cuando al llegar al vers. 29 encontraréis lo siguiente: "Y si tu ojo derecho te sirve de escándalo, sácalo y échalo de tí ¡porque te conviene perder uno de tus miembros antes que todo tu cuerpo sea arrojado al fuego del Infierno".

Lo primero que se os ocurre pensar es que Jesús ha sido atacado de enajenación mental, porque sólo un loco puede decir que no es el individuo, sino los miembros los que pecan, como si las manos o los ojos tuvieran voluntad propia y fuesen, por lo tanto, responsables de sus acciones; pero no es esa la cuestión, sino que Jesús dice que arrojará al "fuego del Infierno", y aunque vosotros no sabéis todavía lo que es "Infierno", sabéis que el fuego no sirve para ser arrojado en él ni en invierno ni en verano. Alarmados con esto, miráis el Evangelio latino y veis que lo traducido por el "fuego del Infierno", es en latín "Gehenna". No significando nada en latín esta palabra, y siendo la Biblia en latín una traducción de la Biblia en griego, tomáis los Evangelios en griego, y nuevamente os encontraréis con "Gehenna", con lo cual nada adelantáis, porque tampoco este vocablo quiere decir cosa alguna en griego, porque no es palabra griega.

Como -Jesucristo no habló en castellano, en latín o en griego, sino en hebreo, comprendéis que "Gehenna" tiene que ser una palabra hebrea; pero lo malo es que jamás se han conocido Evangelios en hebreo, lo cual es una de las mil pruebas de que los Evangelios no fueron escritos por discípulos de Jesucristo, los cuales, siendo hebreos, habrían naturalmente escrito en su idioma. No os queda, pues, otro remedio. que registrar diccionarios, documentos, etc., y encontraréis entonces que Gehenna es realmente una palabra hebrea, cuyo sonido y pronunciación se parece a Jinnom o Jehinnom. "¡Gracias a Dios, decís; ya sabemos cuál fue la palabra que Jesucristo pronunció con sus propios labios!" y, sin duda, os figuráis que, como Jesús era judío, Jinnom debe ser el infierno de la religión judía, y por consiguiente, de la religión cristiana, así como el Dios de los judíos, o sea el Dios de Israel, es el Dios de los cristianos; en todo lo cual os equivocáis, porque en la religión judía o israelita no ha habido jamás infierno alguno. Seguros estamos que no lo sabíais, imaginándoos que el Infierno empezó desde Adán y Eva, lo cual no es así, porque el Infierno no se inventó hasta cerca de cuatrocientos años después de muerto Jesús.

Preguntaréis: ¿Qué es "Jinnom"? Jinnom es un nombre propio como Madrid, Sevilla, León, etc., el cual, al pasar al griego, quedó convertido en "Gehenna", o ,como también se pronuncia, "Gihidna", de la misma manera que la capital del imperio británico, que en inglés se llama "London", la hemos cambiado nosotros en Londres, así como los franceses llaman a nuestra Cataluña, "Catalogue". Nuevamente reflexionáis, v os decís: "Si Jinnom es nombre propio, tiene que ser el de alguna persona o el de algún lugar". El de una persona no puede ser, porque Jesús dice que "arrojará", y arrojar a una persona dentro de otra es algo difícil, por muchas tragaderas que ésta tenga; luego tiene que ser el nombre de algún sitio.

A pesar de que os hemos dicho que los israelitas no tenían ni tienen más infierno que el que todos tenemos con vivir en este mundo, continuáis imaginándoos que "Jinnom"

es una cueva cien leguas debajo de tierra, en la que se fríe gente, al modo de quien fríe buñuelos. Nada de eso: "Jinnom" está al aire libre y a la luz del sol, y esto lo sabemos porque nosotros hemos estado en el Infierno sin necesidad de morimos, lo que os probará que el Infierno está en este mundo; porque nosotros hemos recorrido todo "Jinnom" y no sólo nadie se ha quemado, sino que nos ha sido imposible encontrar diablo alguno con quien poder echar un párrafo. ¿Creéis que nos burlamos? Pues nada es más cierto, y os decimos en donde está "Jinnom", por si queréis visitarle, como hemos hecho nosotros.

Jinnom, Ginnom o Hinnom¹⁶, que de estas tres maneras puede escribirse, es el nombre de un valle en las afueras de Jerusalén, del lado Sudeste, en el fondo del cual corre el Siloa. En este valle celebraban antiguamente los paganos, adoradores del dios Moloc, ritos espantosos, uno de los cuales era quemar niños. De aquí el que quedase ante los israelitas el recuerdo de este valle como el de un sitio terrible, y de que, cuando alguno hacía algo malo, dijese: "merecía que le quemaran en Jinnom, o que le arrojase en las hogueras de Jinnom", expresión que todavía usan los judíos. Este punto se llamaba también "Tophet o Tofet", que viene de "Toph o Tof", nombre que los sacerdotes de Moloc daban al instrumento con que impedían se oyesen los gritos de los niños que quemaban, instrumento que era por el estilo de un gran tambor. De aquí también el que los judíos usasen la palabra "toph" o "tof" como signo de abominación.

Por si acaso os queda alguna duda, las Sagradas Escrituras mismas se encargarán de contestaros con estas palabras:

LIBRO DE JOSUÉ, Cap. XV, Vers. 8

"Y sube este término por el valle del hijo de Hinnom al lado del Jebuseo, al Mediodía. Esta es Jerusalén. Luego sube este término por el cumbre del monte que está delante del valle de Hinnom, hacia el Occidente, el cual está al cabo del valle de los gigantes al Norte".

"Jebuseo" viene de "Jebus", que era el nombre que tenía Jerusalén antes de ser conquistado por los judíos. Los jebuseos eran adoradores de Moloc.

Muchos sacerdotes católicos aseguran con el mayor aplomo, que el dios Moloc de los jebuseos era Satanás, cosa de la que se olvidó al Espíritu Santo informarnos en las Escrituras, en donde no se dice que

Moloc fuese más diablo que cualquiera otro dios de los paganos, de los que había cientos.

Cap. XVIII. Vers. 16

"Y desciende a este término al cabo del monte que está delante del valle del hijo de Hinnom, que está en la campiña de los gigantes hacia el Norte; desciende luego al valle de Hinnom, al lado del Jebuseo al Mediodía, y de allí desciende a la fuente de Rogel".

LIBRO SEGUNDO DE LOS REYES Cap. XXIII. Vers. 10

"Asimismo profanó a Tophet, que está en el valle del hijo de Hinnom, porque ninguno pasase su hijo o su hija por fuego a Moloc".

ISAÍAS Cap. XXX. Vers. 3 3

¹⁶ Antiguamente, la "hache" tenía una pronunciación parecida a la de nuestra "jota", como todavía sucede en el alemán, en inglés, en muchas palabras francesas, etc.

"Porque Tophet está ya aparejada y arreglada para el rey, profunda y ancha, con mucha leña y mucho fuego; el soplo de Jehová la encenderá como un torrente de azufre".

El rey a quien tantas ganas tenía Isaías de quemar, era el rey de los asirios, al que pretendía asar en el valle de Jinnom con todo su ejército. Esto de que tenía el valle colmado de leña y fuego esperando que el Dios Jehová la encendiera de un soplo, es lo que muchos doctores de la Iglesia dicen ser el Infierno; pero ni a los judíos ni al mismo Isaías se les ocurrió semejante cosa.

JEREMÍAS Cap. VII. Vers. 31

"Y han edificado los altos de Tophet, que es en el valle de Hinnom, para quemar al fuego sus hijos y sus hijas, cosa que yo no les mandé ni lo pensé en mi corazón".

Jeremías se refiere aquí a una parte de los israelitas, que también sacrificaba niños al dios Moloc.

En el Evangelio de San Marcos, el valle de Hinnom se ha convertido, no sólo en castellano, sino también en latín, en "fuego eterno" (*ignis inextinguibilis*), "fuego que no se apaga y gusano que nunca muere" (Cap. IX, vers. 42 a 49). Esto es en la traducción del Padre Scío.

En la de Valera la cosa es al revés, porque éste puso "Infierno" en el Evangelio de San Mateo y, "Gehenna en el de San Marcos.

Ahora comprenderéis con qué facilidad los muy listos compositores y traductores de las Escrituras convirtieron el valle de Hinnom en el Infierno, las hogueras en el fuego eterno, las víctimas humanas en los condenados al Infierno, y el ídolo Moloc en el diablo; con todo lo cual tanto miedo meten a los crédulos cuanto ignorantes fieles de la Santa Iglesia Romana. A nosotros se nos ocurre que los quemaderos de la Inquisición eran el fuego del infierno y los inquisidores los demonios.

Parécenos oír a los sabios doctores exclamar "¡Esto es el colmo de la inmoralidad! ¡El Infierno, que tanto trabajo costó formar, nos lo va a echar abajo un individuo, de cuatro plumazos! ¡Este es el resultado de haber suprimido la inquisición y de la tolerancia de cultos! ¡España se va a hundir! Dios va a hacer llover fuego, azufre, dinamita, etc., etc."

II

Acabarnos de demostrar qué lo mismo fabrican los doctores de la Iglesia un Infierno con cualquier cosa, como sacan un alma del purgatorio mediante las correspondientes pesetas y ahora, con menos palabras y por otro medio distinto, os probaremos, del modo más palpable, no sólo que no hay Infierno, sino que "no puede haberle", porque "la Omnipotencia y el Infierno son incompatibles"; es decir, que Dios no puede ser todopoderoso y castigar. Vosotros, por más que os repitamos que Dios no puede parecerse en nada a los hombres, no podéis concebir a Dios Todopoderoso más que como un rey de la tierra, que es la idea que de Dios tenían los escritores de la Biblia. Trataremos de explicaros lo que es la omnipotencia.

Imagínaos un rey que domina, no sólo a los diecisiete millones de españoles que hoy somos, sino a los mil cuatrocientos y pico de millones que componen la población del globo entero. Suponed que este rey tiene el mismo dominio sobre todos los hombres que tenéis vosotros sobre vuestro perro; que puede comprarlos, venderlos, matarlos, etc., y se le ocurre expedir un decreto ordenando que todo el que le encuentre o le vea, sea en

donde quiera, se ponga de rodillas y se quite **el** sombrero, so pena de ser quemado vivo. Todos obedecen el mandato por miedo al castigo, por más que en su interior maldigan al rey y deseen que reviente cuanto antes. Pero hay un hombre que no le da la gana de obedecer y no obedece, y al pasar el rey continúa en pie y con el sombrero puesto, en castigo de lo cual es quemado vivo. —¿Por qué ha castigado el rey?— Porque le han desobedecido. —¿Y por qué le han desobedecido?— Porque le fue imposible evitarlo. —¿y por qué le fue imposible evitarlo?— Porque no era "todopoderoso"; porque, si lo hubiese sido, nadie habría podido desobedecerle. Esa es la inmensa distancia que separa el mayor poder a que un hombre puede llegar, **de** la omnipotencia.

En otros países, que sin embargo no son nuestra España, hace ya arios que los nombres bien educados han hecho estas reflexiones: y como allí la gente entendida es mucha, las Iglesias protestantes, que forman la mayoría, y cuyos jefes saben perfectamente que no hay tal Infierno (lo mismo que lo saben los jefes de la Iglesia romana), han decidido que todos aquellos a quienes de buena fe les sea imposible creer en la omnipotencia de Dios y en el Infierno, crean en lo primero y dejen lo segundo, o, lo que es lo mismo, se han visto obligados a confesar que no hay Infierno.

SEGUNDA PARTE

Creación del diablo por Dios. — Los animales parlantes de la Biblia. — Los diablos, los brujos y los endemoniados. — Los premios y castigos diurnos según las Escrituras. — La inspiración del Espíritu Santo. — El alma, según la Escritura, y el alma según la Iglesia. — Ignorancia de Moisés acerca del infierno. — Opiniones contrarias de las tres personas de la Santísima Trinidad. — Los diablos ambulantes. — Las diferentes religiones son diversos modos de ganarse la vida. — Nadie adora a un Dios falso si cree que en otra religión se adora el verdadero. — Lagartijo y los doctores de la Iglesia.

Creencia común es entre los católicos romanos el que su Dios creó ángeles, resultando malos algunos y sublevándose contra él, en castigo de los cuales fueron arrojados del cielo.

Sentirnos contradecir la historia de este celestial pronunciamiento, pero en ninguna parte de las Escrituras se dice palabra ni de creación de ángeles ni de sublevaciones.¹⁷ De ser esto cierto, resultaría que, conociendo, Dios el porvenir, creó no obstante seres que sabía se iban a rebelar, y por lo tanto creó el diablo, lo cual es contrario a la infinita bondad de Dios. ¿Queréis otra prueba de que no hay diablos de ninguna clase? Pues basta este simple razonamiento. Si Dios "no puede" destruir al diablo, no es todopoderoso; si "no quiere", no es infinitamente bueno, permitiendo que el diablo, con sus tentaciones, nos haga pecar; si le Conserva "para probar" a los hombres, no es infinitamente sabio, puesto que necesita de esta prueba para saber quién puede resistir a la tentación, y quién no; por último, si se nos dice que el libre albedrío permite hacer al hombre lo que Dios "no puede prever", resulta que no conoce el futuro. Parécenos que a la Santa Madre Iglesia podemos aplicarle aquello de que "más pronto se alcanza al embustero que al cojo".

En las Historias Sagradas que la Iglesia Romana da a leer a sus fieles en lugar de la Biblia, hemos visto afirmado que el diablo tomó forma de serpiente para tentar a Eva, pero resulta falsa la Historia, ya que en la Biblia no se dice palabra del diablo, sino de una serpiente, y no vemos motivo para que las serpientes estén más endiabladas que los otros animales. En cuanto a que los animales hablan, bastante hablaba la burra de Balaam, según consta en las Sagradas Escrituras ("Números", Cap. XII, Vers. 28), sin que ningún Padre la haya tomado por el diablo; y por último, si no hablasen más animales que aquellos que tienen el diablo en el cuerpo, había que convenir que más de un sabio doctor de la Iglesia había estado endemoniado.

Como ya en otra parte os hemos dicho, la inspiración divina de las Escrituras consiste en detallar minuciosamente todo lo secundario y accesorio, expresándose de la manera más vaga e incierta acerca de lo verdaderamente importante. Por ejemplo, se trata de la construcción del Tabernáculo, y el Espíritu Santo nos encaja la friolera de seis capítulos ("Éxodo", Cap. XXV a XXXI), para informarnos de cuántas anillas deben tener las cortinas, cuántas luces los candelabros, el tamaño, forma y clase de madera de las mesas, el color y hechura de cada prenda de ropa de los sacerdotes, etc., etc. Dios se convierte en tapicero, en ebanista, en sastre, en joyero; todas las explicaciones le parecen pocas; pero queremos saber lo que pasa después de la muerte, y nos encontramos por

¹⁷ San Juan nos dice en el Apocalipsis, Cap. XII, que "cuando llegue el Juicio Final, el Ángel Miguel peleará contra un dragón, el cual hará caer sobre la Tierra, con el rabo, la tercera parte de las estrellas."

única noticia con que fulano "murió", cuando más, se dice: "murió y fue agregado a su pueblo", con lo cual os quedáis en ayunas. Mas los Santos Padres se encargan de hacer os almorzar (espiritualmente, se entiende), asegurándoos que "ser agregado a su pueblo" no quiere decir volver a reuniros todos en la tierra, sino ir al Cielo los católicos y al Infierno los que no lo son. En otros puntos se habla del "seno de Abraham", lo cual, según los sabios teólogos, unas veces significa el Cielo y otras el Infierno. En cambio muchos afirman que "el seno de Abraham" no es otra cosa que el seno de nuestra madre común la tierra.

Mucho os sorprenderá esta incertidumbre acerca de la vida futura, porque vosotros os imagináis que todo está tan claro como el cura se embolsará sus buenas pesetas por decir misas por vuestra alma cuando seáis "agregados a vuestro pueblo". Por nuestra parte os diremos que de los muchos sabios doctores a quienes hemos consultado acerca de en qué consiste el Infierno, no hemos encontrado dos de la misma opinión. De lo que no cabe duda es de que, según los mismísimos inspirados autores de las Sagradas Escrituras, el "alma" o "ánima" es sencillamente "la vida". En el "Levítico", Cap. XVII, Vers. 14, dice el Espíritu Santo: "El alma de toda carne, su vida, está en su sangre". En algunas traducciones se han suprimido las palabras "su vida", pero en el texto griego y el original hebreo están terminantes.

II

Es natural que, si alguien pudo saber que había Infierno, fueron seguramente los patriarcas, quienes al decir, de la Biblia, hablaban familiarmente con Dios; pero ni Noé, ni Abraham, ni Isaac, ni Jacob, ni ninguno de los santos que vivieron antes de Jesucristo, tenía la más remota idea de que existiesen otras penas que las de este mundo.

El profeta Moisés, el elegido por el Padre Eterno para fundar la religión que los mismos católicos romanos creen ser la única verdadera, y a quien según la Biblia, Dios entregó personalmente dos tablas de piedra con los Diez Mandamientos escritos en ella; Moisés, el santo autor de la parte principal de las Sagradas Escrituras, no nos dice una palabra ni del Infierno, ni de alma personal, ni de resurrección, ni de vida futura y no fue por cierto porque no se le pudiese haber ocurrido, porque en la religión egipcia, en la que se educó, había premios y castigos después de la muerte; luego no los instituyó porque le pareció un desatino; y como lo escrito por Moisés no sólo fue inspirado por el Espíritu Santo, sino dictado por el Padre- Eterno en persona, según se asegura en las Escrituras, resulta que tanto el Dios Padre como el Dios Espíritu Santo, no son partidarios de que haya más vida ni más castigo que los de este mundo.

Ahora bien: si es cierto lo que cuentan los Evangelios de que -Jesús dijo que resucitarían los muertos para ser juzgados, resulta el Dios Hijo en oposición a su Padre y al Espíritu Santo; y como los tres no son más que uno, quisiéramos que algún sabio de alza-cuello nos explicase de qué manera se compondrán para discutir. Ved ahí cómo, sin necesidad de teología ni de inspiración divina, se atrapa a cualquier embustero aunque sea profeta, evangelista, sabio doctor de la Iglesia católica, o de cualquier otra, porque en todas las religiones hay tunantes que viven a costillas de los crédulos.

No habiendo Infierno en el Antiguo Testamento, mal puede haber diablos, lo cual no ha impedido al Padre Scio en su traducción al castellano, hecha sobre la latina de San Jerónimo, meter en ella un número de demonios de todas categorías, pero como os hemos hecho ver prácticamente en el capítulo anterior, los Santos Padres no se paran en barras en sus traducciones; lo que san Jerónimo y otros santos han traducido por diablos, demonios etc. e lo que en el texto original se llaman dioses falsos, que para los is-

raelitas eran todos los dioses diferentes de Jehová.

Habiendo diablos y no habiendo infierno, claro está que aquéllos no tienen su residencia en él, y ahora comprendemos por qué en los Evangelios se habla siempre de los demonios como habitantes de este inundo; es decir, que nos hallamos rodeados de ángeles y demonios. ¡Válganos la teología! ¿Y cuándo se verán rodeados los españoles de un poco de sentido común? De suponer que los llamados por los judíos "dioses falsos" eran diablos, resultaría que Jesucristo para ellos era un dios falso, uno de los "demonios".

Los israelitas creían antiguamente que había espíritus (lo mismo que hoy creen los espiritistas), y estaban persuadidos de que aquellos espíritus eran los que permitían profetizar a los adivinos de la religión pagana, que no eran más que unos tunantes muy largos, por el estilo de sus propios profetas. Todo esto estaba en la Biblia, pues, a lo que parece hasta el mismo Jehová tomaba por lo serio a los que decían la buenaventura, puesto que decretó puna de muerte contra ellos. Así lo dice Moisés (Levítico , Cap. XX, Vers. 27).

Moisés nos habla también en las Escrituras de ángeles o querubines, y la primera mención que hace de ellos es al referirnos que Jehová echó a Adán del paraíso, o como dice la Biblia, del huerto, con estas palabras: "Eché fuera al hombre y puso al Oriente del huerto del Edén querubines y una espada de fuego que se revolvía en todas direcciones y guardaba el árbol de la vida". ("Génesis", Cap. III, Vers. 24). A Moisés se le olvidó informarnos cuándo había hecho "Jehová los querubines, porque no habrían existido eternamente, en cuyo caso serían otros tantos dioses; y aquí nos ocurre que, habiendo hecho Jehová unos seres perfectos como ángeles, y habiéndonos hecho a nosotros llenos de imperfecciones físicas y morales, no es "infinitamente justo"; y si a eso añadimos el que encima de lo sufrido en esta vida nos espera un Infierno en la otra, según dice la Iglesia, entonces es "infinitamente injusto". Los traductores cristianos tornaron los ángeles según los fabricó Moisés, pero en cuanto a los espíritus israelitas, los unieron a los dioses paganos, calificando a unos y otros de diablos cristianos. Resulta, pues, que el traducir del hebreo al griego y después al latín una influencia diabólica, puesto que da lugar a que ídolos y lugares inofensivos de por sí en hebreo, después de darles un pase da muleta, en griego resultan infiernos y diablos en latín, o mejor dicho, "se crecen al hierro".

Los doctores de la Iglesia, que lo mismo prueban que un elefante se ha tragado una mosca como que la mosca se ha tragado al elefante, afirman que los judíos tienen infierno sin saberlo, no habiendo querido Jehová decírselo para que ninguno se haga cristiano y vayan todos a él, castigándolos así por haber crucificado a su hijo. A esto podrá contestarse, que, si Jehová mandó a su hijo, o, como dice la Iglesia, vino él mismo en forma humana para que le crucificasen, alguien tenía que hacerlo, y los israelitas no tuvieron la culpa de que les hubiese elegido para ello; sin contar con que los judíos de hoy no han crucificado a nadie y, por consiguiente, esta es una nueva prueba de que el Dios que la Iglesia quiere hacer pasar por verdadero no es justo. Además, si los judíos hubiesen tenido idea de que Jesús era Dios, en lugar de crucificarle, todos, desde el primero hasta el último, le habrían reconocido y adorado como tal, pues, como ya hemos dicho en otra parte, "nadie adora a un Dios falso si cree que alguno de los dioses de las otras religiones es el verdadero".

TERCERA PARTE

El Credo y la bajada de Jesús a los Infiernos. — El 'Evangelio de Nicodemo. — El cristianismo y el paganismo. — Imposibilidad de hacer abandonar su religión a los paganos. — Milagros paganos y milagros cristianos. — El paganismo y cristianismo se unen formando la religión católica romana. — Establecimiento de la nueva religión en el Imperio Romano. — Imperio. — El infernus pagano es agregado al cristianismo el siglo IV. — Invención del Purgatorio del siglo XII. — Inutilidad del Infierno para corregir.

Si Jesús hubiese hablado del Infierno, claro está que los primeros cristianos lo habrían sabido mejor que lo podemos saber nosotros; pero vemos que ellos no tenían noticia de tal sitio, según os vamos a probar.

En los catecismos españoles no se os enseña más Credo que el re-formado, pero en los Catecismos romanos ingleses se ponen los dos, y aquí tenéis el credo original, según consta en un catecismo aprobado por el cardenal obispo católico romano de Nueva York, John M. Closkey, cuyo sello apostólico lleva:

Credo compuesto en el Concilio de Nicea

"Creo en un Dios, Padre Omnipotente, hacedor del Cielo y de la Tierra y de todas las cosas visibles e invisibles. Y en un Señor, Jesús, Cristo, el unigénito hijo de Dios, nacido del Padre antes de todo tiempo» Dios de Dios, Luz de Luz, Verdadero Dios de Verdadero Dios; que no fue hecho, sino engendrado, consustancial con el Padre, por quien todas las cosas fueron hechas. Quien por nosotros hombres y por nuestra salvación bajó del cielo y encarnó en la Virgen María, por obra del Espíritu Santo y fue hecho hombre. Fue crucificado, también por nosotros, bajo Poncio Pilato; padeció y fue sepultado. Y al tercer día, resucitó, según las Escrituras. Y subió al cielo y está sentado a la derecha del Padre, y debe venir otra vez, con gloria, para juzgar a los vivos y a los muertos, y cuyo reino no tendrá fin".

"Y en el Espíritu Santo, el Señor y dispensador de vida, quien procede del Padre y del Hijo; quien junto con el Padre y el Hijo es adorado-y glorificado; quien habló con los profetas. Y en una Santa Iglesia Católica y apostólica. Confieso un bautismo para la remisión de los pecados. Y espero la resurrección de los muertos y la vida del tiempo venidero.

Así sea".

En este credo no hay palabra de la bajada de Jesús al Infierno.. Igualmente dice que Cristo resucitó "según las Escrituras", en lo cual hay un "intrínquilis", porque, según las Escrituras, lo mismo puede probarse que Jesús resucitó como que no resucitó, y así os lo demostraremos más adelante.

Si queréis otra prueba de que en los primeros tiempos del cristianismo los doctores mismos de la Iglesia negaban la existencia del Infierno, aquí la tenéis: Al hablaros en el capítulo "La Iglesia" (segunda parte) de los Evangelios desechados, os informamos de que se conocían, no sólo los nombres de 58, sino hasta el contenido de algunos de ellos.

Como nosotros no decimos las cosas porque nos da la gana, como hacen los santos doctores, pues a eso se reduce el estar representado el Espíritu Santo, os vamos a copiar un trocito del Evangelio de Nicodemo, en el que se refiere cómo Jesús bajó a los Infiernos.

nos, cosa de que ninguno de los cuatro Evangelios declarados como únicos verdaderos dice palabra»

EVANGELIO DE NICODEMO

Declarado falso por la Iglesia CAPÍTULO XXI

"Y mientras Satanás y la Furia así hablaban, se oyó una voz como un trueno, que decía: Abrid vuestras puertas, príncipes; y alzaos, puertas eternas, y el Rey de la Gloria (Jesús) entrará.

"Y la Furia, oyendo la voz, dice a Satán: Anda, sal y pelea contra él. Y Satanás, salió".

"Entonces la Furia dice a sus demonios: Cerrad las grandes puertas de bronce, corred los grandes cerrojos de hierro, cerrad con llave las grandes cerraduras y poneos todos de centinela, porque si este hombre (Jesús) entra, todos estamos perdidos".

"Y oyendo estas voces, los Santos Antiguos exclamaron: Devoradora e insaciable Furia: Abre al Rey de la Gloria, al hijo de David, al profetizado por Moisés y por Isaías".

"Y otra vez se oyó la voz de trueno que decía: Abrid vuestras puertas, príncipes; y alzaos, puertas eternas, y el Rey de la Gloria entrará".

"Y la Furia grita rabiosa: ¿Quién es el Rey de la Gloria? Y los ángeles del Señor contestan: El Señor fuerte y poderoso: el Señor poderoso en la batalla".

"Y en el acto las grandes puertas de bronce volaron en mil pedazos, y los que la muerte había tenido encadenados se levantaron".

"Y el Rey de la Gloria entró en figura de hombre, y todas las cuevas de la Furia quedaron iluminadas".

Por último, el Rey de la Gloria y sus ángeles derrotaron a los demonios; Jesús agarra a Satanás por la cabeza con sus propias manos y le entrega prisionero a los ángeles, dando órdenes para que le sujeten con cadenas; en seguida liberta a todos los santos, empezando por Adán. Todo esto acompañado de unas descripciones capaces de poner los pelos de punta y darle una pesadilla a la persona más despreocupada. Afortunadamente, los Santos Padres decidieron que todo aquello era música celestial, o mejor dicho, infernal, decretando la Iglesia que fuesen quemados los Evangelios de Nicodemo.

II

La religión cristiana no destruyó la pagana más que nominalmente. Las clases ilustradas, que hacía mucho tiempo decían que el paganismo era una farsa (lo mismo poco más o menos que empieza a suceder hoy con el catolicismo), comprendieron que, si bien el cristianismo no era divino, no se prestaba su culto a los numerosos engaños y abusos del paganismo, evitándose al mismo tiempo los gastos inútiles ocasionados por las jerarquías sacerdotales y costosas ceremonias del ritual pagano. Por otra parte, la creencia en un Dios único, infinito e incorpóreo, era mucho más racional que el sinnúmero de dioses paganos, dioses dotados no sólo de sentimientos y pasiones humanas sino hasta de cuerpo.

El Imperio Romano, que abarcaba, casi toda Europa, se halló por largo tiempo dividido entre cristianos y paganos, sin que ninguna de las dos religiones pudiese triunfar definitivamente sobre la contraria pues por más que el gobierno imperial se inclinaba al lado de la nueva, siendo pagana la inmensa mayoría del pueblo promovida por el clero paganos, a quien no convenía el sencillo culto del cristianismo primitivo. Inútilmente los sacerdotes cristianos, no pudiendo convencer con razones, apelaban a los milagros,

curando enfermos, dando vista a ciegos y hasta resucitando muertos. Los sacerdotes paganos, que eran maestros en el oficio, no se quedaban atrás, dando esto por resultado que muchos se burlasen por igual del dios Júpiter de los paganos y del dios Jehová de los cristianos, no dando más crédito a la ascensión de Jesús que a la ascensión de Rómulo, pues no hay milagro alguno ocurrido en la religión cristiana, que no haya ocurrido antes en otras religiones.

Los sacerdotes de uno y otro bando, vieron que, con hacerse la guerra, no adelantaban más que desprestigiarse mutuamente, y convinieron al fin en un arreglo, mediante el cual las dos religiones quedaron fundidas en una, y de esta unión del paganismo y el cristianismo resultó la Religión Católica Romana, que no tiene de cristiana más que el nombre.

Siendo Roma capital del Imperio, allí se estableció el Jefe de la Nueva Iglesia, relegando así al olvido a Jerusalén, la ciudad santa de los cristianos, en la que se halla la tumba de Jesucristo¹⁸, tumba y ciudad por cierto de que son dueños los mahometanos. ¿Qué nos dirían los sabios doctores si el sepulcro de Mahoma se hallase en poder de los cristianos?

Con la formación de la Trinidad se dio un gran paso hacia el paganismo, tanto porque en él también había trinidad, como porque, haciendo Dios a Jesús, resultaba el Dios cristiano, no sólo un Dios corporal, sino también con padre y madre como los dioses paganos.

Al transformar los dioses y diosas en santos y santas, se les cambiaron los nombres; pero al tomar el Infierno no se hizo ni aún eso; "infernus" lo llamaban los paganos e "infernus" lo llama la Iglesia, porque ésta abandonó el hebreo, que es el idioma de su propio Dios y de Jesucristo, por el latín, que era el de los paganos. En el "infernus" había departamentos, no sólo para los malos, sino también para los justos, y esta parte era llamada los Campos Elíseos, o sea la Gloria de la región pagana, porque el Olimpo o cielo estaba reservado para los dioses. La Iglesia aceptó el "infernus" con todos sus apartados, y esto explica por qué en el Credo se puso que Jesús bajó a los "infiernos", lo que indica haber varios; de lo contrario Jesús habría ido a visitar a los condenados al fuego eterno, cosa que para nada les habría servido, y aquí viene nuevamente la dificultad de que, no habiendo llegado la resurrección ni el día del juicio, no era posible que hubiese gente en ninguno de los departamentos infernales.

III

La palabra "infernus" viene de "inferus", "inferior", "debajo", por la creencia de que se hallaba debajo de nosotros; asimismo creían que el fuego de los volcanes era el fuego del "infernus". Hoy, que ya sabemos en qué consisten aquéllos, habrá tenido que cambiar de sitio y esto os mostrará cómo la Ciencia va destruyendo todos esos fraudes inventados por los sacerdotes.

Durante los primeros (rece siglos después de Jesucristo, la Iglesia no hizo obligatoria la creencia en el Infierno; pero en el Concilio de Letrán en 1213 quedó decretó su existencia como artículo de fe, siendo castigados con prisión, tormento y hasta muerte los que lo negasen. Los verdaderos instaladores del famoso Infierno de los Cristianos fueron, pues, los reverendos obispos que compusieron aquel célebre Concilio, en cuya época los Papas y sus doctores hacían y deshacían todo cuanto les parecía conveniente, sin que ni rey ni Roque se atreviese a chistar. ¡A tal punto había conseguido embrutecer a la mayor

¹⁸ Lo que en la Iglesia del Santo Supremo de Jerusalén se enseña como la tumba de Cristo, es un cuarto en el que caben tres o cuatro personas.

parte de Europa la Santa Madre Iglesia!

En infierno es uno de los mil fraudes de la Iglesia para enriquecerse, amenazando con él al desdichado moribundo, quien creía comprar un rescate cediendo -una parte de sus bienes, con perjuicio frecuentemente de sus propios hijos, Así es como se explican las inmensas riquezas que acumuló la Iglesia, llegando a poseer en España casi la mitad de toda la propiedad de la nación.

En cuanto al Purgatorio, no vale la pena de que nos ocupemos de él. Como hemos dicho, en todas las Escrituras no hay absolutamente nada que pueda traducirse por Purgatorio, siendo una invención especial de la Iglesia Romana, razón por la cual las demás iglesias cristianas no lo admiten. El Purgatorio se inventó en el siglo XII, y su objeto, así como el de las indulgencias, que fueron inventadas al mismo tiempo, es tan claro y conocido, que no se necesita os expliquemos que lo único que sacan los creyentes con las misas es dinero del bolsillo.

Muchos hay todavía, sobre todo en nuestra patria, que dicen ser necesaria la fábula del Infierno para contener al pueblo, quien sin ese temor se lanzaría a los últimos excesos. Error. Que por una semana quedasen en suspenso policía y tribunales, sin que nadie fuera responsable por los delitos que durante aquel tiempo cometiese, y veríamos lanzarse al robo y al asesinato, no las clases ilustradas que se ríen del diablo, sino el pueblo ignorante, las clases fanáticas, para quienes el Infierno es una cosa fuera de duda, Al hombre le retiene en el buen camino el honor, la honra, el deseo de obtener y conservar el aprecio de los demás; al que no, el temor del castigo, no en el otro, sino en este mundo.

EL ÁRBOL DE LA CIENCIA DEL BIEN Y DEL MAL

El árbol simbólico de la Ciencia. — Los escritores de la Biblia. — Las contradicciones del Evangelio de San Mateo. — La imagen que lloraba y la sangre de San Jenaro. — Prueba de que Jesús resucitó y no resucitó. — De que subió y no subió al cielo. — De que es un Dios y no lo es. — La mala fe con que se han compuesto las Escrituras, hecha patente.

En las Sagradas Escrituras nos cuenta Moisés que en el huerto del Edén, o sea en el Paraíso, en el que su Dios Jehová colocó a Adán y Eva, había un árbol llamado "el árbol de la ciencia del Bien y del Mal", al cual su Dios les prohibió tocasen, asegurándoles que el día que lo lucieran, "morirían" (Génesis, Cap. II, versículo 17). A pesar de eso comieron de él, y por su desobediencia los hombres mueren y tienen que ganar el pan con el sudor de su rostro ("Génesis", Cap. II, vers. 19). Si Adán y Eva no hubiesen desobedecido, seríamos inmortales, y la tierra produciría todo sin necesidad de que nosotros la labrásemos.

El objeto que Moisés se propuso con esta fábula, es doble. Primero, el que los hebreos no hicieran responsable a su Dios por lo mal que ellos, lo mismo que todos nosotros, pasamos en este mundo, arguyendo que la culpa la tenemos nosotros mismos, porque si Adán y Eva no hubiesen pecado, todos seríamos felices. De esto se sirven los doctores de la Iglesia para decir que, como Dios no puede hacer nada que no sea perfecto, hizo perfectos a los primeros hombres, y ellos mismos, por su desobediencia, se hicieron infelices. A los sabios doctores se les olvida explicarnos, siempre que hablan de esto, cómo si los primeros hombres eran perfectos, pudieron desobedecer a su Dios.

Moisés dijo que todo el que se ocupara en analizar la religión sería castigado con la muerte; pero los doctores de la Iglesia no se han contentado con eso, sino que han inventado el Infierno para amenazar con él a los curiosos, y, mientras pudieron, empezaron los tormentos desde aquí, quemándolos vivos. Pues bien: nosotros, que no somos "la serpiente astuta" de que habla Moisés ("Génesis", Cap. III, vers. 1), os vamos a hacer comer del Árbol de la Ciencia del Bien y del Mal, repitiéndoos las propias palabras que el escritor de esta parte de la Biblia pone en boca de la serpiente: "No moriréis. Mas Jehová sabe que el día que comiereis del Arbol de la Ciencia serán abiertos vuestros ojos y seréis como dioses, sabiendo el bien y el mal ("Génesis", Cap. III, vers. 4 y 5). O lo que es lo mismo: "No iréis al Infierno. Mas saben los doctores de la Iglesia que el día que conozcáis lo que son sus Sagradas Escrituras serán abiertos vuestros ojos, y seréis como ellos, y sabréis que su religión es falsa".

Es evidente que la Biblia no ha sido escrita por inspiración divina; porque, aparte de los desatinos científicos de que esta está llena, debidos a la ignorancia de sus autores en astronomía, si fuese la palabra de Dios, no sólo estaría todo tan claro que bastaría leerla para comprenderla, sino que, siendo obra de Dios, que es la claridad y la verdad misma, sería imposible toda duda acerca de lo que se dijese en ella. En vez de eso, vemos que muchas partes están escritas de tal modo, que es imposible pueda nadie demostrar lo que aquellos pasajes quieren decir. Igualmente encontramos una multitud de cuentos por el estilo del que acabamos de citar del Árbol de la Ciencia, algunos de ellos tan ridículos, que parecen escritos por gente boba; pero os lleváis un solemne chasco si os figuráis que eran bobos los que escribieron la Biblia, del mismo modo que cometeríais un grandísimo error si os imaginaseis que ha habido ni hay un "verdadero doctor" de la iglesia

que haya tenido ni tenga pelo de tonto.

Las Sagradas Escrituras de la religión cristiana, así como las Sagradas Escrituras de la religión mahometana, así como las Sagradas Escrituras de la religión de Brahma, así como las Sagradas Escrituras de la religión de Buda, así como las Sagradas Escrituras de la religión pagana, que era la de los españoles antes del cristianismo, así como todas las Sagradas Escrituras de todas las religiones antiguas y modernas han sido escritas, "no por bobos, sino por pillos". Entre esos doctores de la Iglesia de los que tanto nos burlamos, ha habido inteligencias clarísimas, hombres de gran talento, que se sirvieron de esa superioridad para engañar a los demás. Unos, porque de buena fe creyeron que, amenazando a los hombres con el Infierno y obligándoles a ejecutar tales o cuales ceremonias, conseguirían hacerlos mejores; y otros, los más, para conservarlos en la ignorancia y dominarlos por la superstición.

¿Creéis que exageramos? Pues vamos a examinar un rato el Evangelio favorito de la Iglesia Romana, aquel en que el Papa pretende fuñar su superioridad, el Evangelio único que refiere el cuento de los "magos" y el imaginario degüello de los Inocentes; el Evangelio, en fin, de San Mateo; y por vía de muestra os haremos ver media docena de contradicciones. En dicho Evangelio se cuenta que Jesús, al empezar su predicación cuando tenía treinta años, se presentó a Juan el Bautista, que también predicaba, con objeto de ser bautizado por él. En el momento de efectuarse el acto del bautismo, nos asegura el Evangelio que tuvo lugar el prodigio siguiente: "Y he aquí una voz del cielo que decía: Este es mi hijo amado, en el que estoy muy complacido"; añadiendo que "se abrió el cielo y bajó de él una paloma" (*Capítulo III ver. 16 y 17*) Después de este milagro, quedaréis convencidos de que Juan sabía ya perfectamente a qué atenerse respecto de Jesús, y de que éste era el Mesías prometido y el hijo de Dios. Pues nada de eso; porque poco tiempo después, al saber Juan que también Jesús hacía milagros, le envía dos discípulos suyos (de Juan) para preguntarle: '¿Eres tú aquel que ha de venir, o esperamos a otro?' (*Cap. XI, vers. 3*). De lo que resulta que San Mateo, al escribir el Cap. XI, se había olvidado de lo que tenía escrito en el Cap. II.

¿Creéis que esta contradicción no la notaron los doctores de la Iglesia al declarar divino el Evangelio de San Mateo? Pues no sólo la notaron, sino que está hecha expresamente, de la misma manera que en cien partes de los Evangelios se llama a Jesús Dios, Verbo, Hijo de Dios y Dios mismo, y en otras cien partes se le llama hijo de David, Hijo del Hombre, Profeta, Varón, Hombre, etc.

¿Qué objeto se llevó la Iglesia en poner estas contradicciones? El objeto de que si mañana queda patente, ante todos, que Jesús no era Dios, podrán los doctores decir que es verdad que no lo era, y que "así consta en los Evangelios", y que ellos, no las Escrituras, fueron los que se equivocaron.

Mirad el Cap. VI 16 y 17, y veréis que dice; "Cuando ayunes no hagas como los hipócritas, que no se lavan para que todos vean que ayunan; mas tú, cuando ayunes, unge tu cabeza y lava tu rostro". Claro está, decís: Jesús era partidario de que se debía guardar el ayuno; y él y sus discípulos lo practicarían para dar ejemplo. Pues ahora veréis lo que en el mismo Evangelio de San Mateo dice (*Cap. IX, vers. 1*):

"Entonces los discípulos de Juan vinieron a Jesús, diciendo: ¿Por que nosotros y los fariseos ayunamos muchas veces, y tus discípulos no ayunan? A lo cual Jesús contestó; "que no ayunaban porque estaban con el esposo; porque nadie echa remiendo de paño nuevo en traje viejo: porque nadie echa vino nuevo en cueros viejos", y otra porción de cosas que parecen tonterías, pero que todas tienen su objeto, porque "en la Biblia cada palabra escrita ha sido pesada y medida por hombres de tan mala fe como listos"; pero esto en nada cambia el hecho de que mientras en un sitio Jesús recomienda el ayuno, en otros vemos que sus propios discípulos no ayunaban, lo cual parece indicar que des-

aprobaba aquella práctica.

¡Cómo!, diréis, ¿y los cuarenta días que ayunó, y sobre los que la Iglesia Romana ha fundado la Cuaresma, la cual no es permitido a nadie quebrantar, a menos de pagar por ello? No tengáis cuidado, que la Santa Madre no se olvida de nada; y si no, mirad en el mismo Evangelio (*Cap. IX, vers. 2*), que dice: "Y habiendo ayunado (Jesús) cuarenta días y cuarenta noches, después tuvo hambre". Esta última particularidad, de que "tuvo hambre", es sumamente notable; porque, una de dos: o ayunó como hombre, en cuyo caso no habría tenido hambre, porque se habría muerto antes; o ayunó como Dios, y entonces lo mismo podía haber tenido hambre al cabo de cuarenta días como de cuarenta años; de lo que resulta claro que tuvo hambre porque "quiso tenerla"¹⁹. Se dirá, y con razón, que estas son cosas de San Mateo; pero estas cosas servirán para que mañana, si a la Iglesia le es imposible continuar haciendo obligatorio el ayuno, como hoy le es imposible hacer obligatorios los diezmos, pueda suprimir este mandamiento, apoyándose en que los apóstoles mismos no ayunaban. Y ahora os mostraremos cómo muchas cosas que parecen tonterías, no tienen nada de eso. El día que ese caso llegue, podrán decir que, así como Jesús "tuvo hambre" después de cuarenta días de ayuno, del mismo modo la Iglesia, que es la representación de Jesús, "tendrá hambre" o lo que es lo mismo, dará por terminado el ayuno, pudiendo hacerlo "por su propia voluntad", porque también Jesús tuvo hambre y dio por terminado su ayuno por su propia voluntad". ¿Qué tal? ¿Os parece ahora que los escritores de la Biblia escribían tonterías por escribirlas?

En el Cap. XIII vemos decir a Jesús; "que predica en parábolas para que los que le escuchen no vean sus ojos, ni oigan sus oídos, ni entienda su corazón, y no puedan así entender, ni convertirse ni salvarse" (*vers. 15*); lo cual, de ser cierto, resultaría ser Jesucristo un malvado que los predicaba intencionadamente de modo que no le entendiesen, para poderlos así echar al Infierno. ¿Por qué se ha calumniado de tal manera al bondadoso Jesús? Porque, como la Iglesia comprendía no serle posible convertir a sus creencias más que una parte de los hombres, y con objeto de tener una buena disculpa, puso estas palabras en boca de Jesús, pudiendo así decir que Dios "no quiere" convertirlos. Por esa misma razón vemos (*Cap. X, vers. 5 y 6*), que Jesús ordena a sus discípulos "no conviertan a los gentiles, sino a los del pueblo de Israel"; y en el Cap. XV, vers. 24, se le hace decir: "No soy enviado sino a las ovejas perdidas de la casa de Israel".

En el Cap. XI, vers. 30, dice Jesús: "Mi yugo es fácil y libera mi carga"; y en el Cap. X, vers. 5, se expresa de este modo; "Porque he venido a hacer disensión del hombre contra su padre y de la hija contra su madre"; con lo cual contradice el que "su yugo sea fácil", puesto que requiere tales sacrificios. Pero a los sabios doctores les importa poco presentar a Jesús como un ser injusto y cruel. De este versículo, como de otros muchos más por el estilo, se sirven los curas para *sostener* a las desdichadas hijas que se hacen monjas contra la voluntad de sus padres, o para obligar a las casadas a no cumplir con los mandamientos de la Iglesia romana, aunque sea contra la expresa voluntad de los esposos, dando lugar a la desunión de los matrimonios.

En el citado Evangelio de San Mateo se dice que, habiendo sido Jesús acusado de falso Cristo y falso Profeta, y de que hacía milagros por intervención de Satanás, contestó que tal cosa no era posible, con estas razones (*Cap. XII, vers. 26*): "Y si Satanás echa, fuera a Satanás contra sí mismo, está dividido; ¿cómo pues, permanecerá su reino? Con lo cual quedáis convencidos que no es posible hacer milagros más que por intervención de Dios; pero esperad, un poco, que Jesucristo mismo se va a encargar de contestaros con estas palabras. En el Cap. VII, vers. 22, dice: "Que sin creer en él se puede profetizar y lanzar demonios"; y en el Cap. XXIV, vers. 24, lo confirma diciendo; "Que se le

¹⁹ Este ayuno, que los Evangelistas hacen ejecutar a Jesús es tomado del que Moisés nos dice él mismo haber hecho, también de cuarenta días y cuarenta noches. — (*Deuteronomio*, Cap. IX, vers. 9).

vantarán falsos Cristos y falsos profetas y harán, grandes prodigios"; con lo cual no sabéis a qué carta quedaros; pero los doctores de la Iglesia lo saben perfectamente, como vais a ver.

Quieren convencer a alguien da que sus milagros no lo son por intervención del diablo, y os enseñan las palabras de Jesús, en que dice que "no se puede hacer milagros en nombre da Satanás"; pero les habláis de los milagros de las otras religiones y no dicen de ninguna manera que son fraudes arreglados por sus sacerdotes, porque si tal dijese podría suponerse que sus propios milagros se arreglaban del mismo modo, sino que os citan palabras de Jesús de que "falsos Cristos y falsos profetas pueden hacer prodigios"; y de esta manera, con las propias palabras de Jesús, contentan ambas partes.

A propósito da tales milagros, os referiremos lo ocurrido en Nápoles a fines del siglo XVIII, cuando las tropas de la primera república francesa entraron en aquella ciudad. Existía en aquella ciudad la imagen milagrosa de una Virgen que solía llorar, y habiendo visto este prodigio muchos oficiales y "soldados franceses", el jefe que no era tonto, con objeto de mostrar a todos que aquello era una farsa, hizo trasladar la imagen al cuartel general, y examinada que fue, resultó tener en la cabeza un hueco, en el que se colocaba una esponja mojada, la cual era oprimida poco a poco por una máquina del estilo de la de un reloj, a la que se le daba cuerda. El aparato, estrujando paulatinamente a la esponja, hacía salir el agua en forma de lágrimas por unos pequeños agujeros, y realmente parecía que la imagen lloraba.

A los reverendos padres no les gustó la curiosidad del general, y cuando llegó la época del milagro anual de la licuefacción de la sangre de San Jenaro, resultó que la sangre que se conserva en un frasco de cristal, no quería liquidarse, o sea ponerse roja y transparente, continuando negra y opaca. Esto dio lugar a excitación entre el pueblo napolitano, llegando a temerse un levantamiento contra los franceses pues los curas hicieron correr la voz de que Dios no quería hacer el milagro por culpa de ellos. El general, quien, como ya hemos dicho sabía perfectamente a qué atenerse acerca de los milagros, mandó por los curas de la Iglesia de San Jenaro, y les informó de que, si al día siguiente no se ejecutaba el milagro, serían juzgados todos ellos por un Consejo de Guerra como gente que trataba de promover una sublevación contra las tropas francesas. Excusamos añadir que al siguiente día la sangre se puso tan roja y transparente como sí los franceses se hallasen a mil leguas.

Los escritores del Evangelio tuvieron cuidado de contradecir la negativa de Jesús de convertir gente y hacer milagros, poniendo en su boca estas palabras: "No he venido a llamar justos; sino pecadores" (*Cap. IX, vers. 13*). Estas contradicciones, de las que podemos citar cincuenta más, son sacadas todas del solo Evangelio de San Mateo. En cualquiera de los tres otros sucede lo mismo, en todos se trae y lleva a Jesucristo como palillo de barquillero, haciéndole decir y hacer las cosas mas opuestas.

II

¿Queréis ver hasta qué punto llega la mala fe, y al mismo tiempo la habilidad con que están compuestas las Sagradas Escrituras? Pues releed atentamente los fragmentos da los Evangelio que, bajo el epígrafe "La Resurrección", figuran extractados, más arriba, en esta obra.

Con estos escasísimos materiales, y sin valemos de ninguna otra parte de la Biblia, os vamos a probar que Jesús "resucitó", y que "no resucitó"; que "subió al cielo" y que "no subió"; que "es Dios" y que "no lo es".

Para probaros que resucitó, os mostraremos en dichos fragmentos que "las mujeres" que fueron al sepulcro de Jesús el domingo por la mañana lo hallaron vacío; pero al mismo tiempo se encontraron en él, según San Mateo, "un ángel" que les dijo que Jesús había resucitado, lo cual es ya una prueba de que Jesús resucitó.

Fijaos en el versículo 4 en el que San Mateo afirma que los guardas vieron el ángel, de lo que resulta que no cabe duda de la presencia del "ángel". Después os haremos ver en los cuatro Evangelios que Jesús se apareció a los apóstoles haciéndolos notar muy particularmente que sus apariciones no fueron en "espíritu", en cuyo caso podía decirse que no resucitó más que en espíritu, sino que se apareció en "carne y hueso", y al efecto os hacemos leer el versículo 39, de San Lucas, en que Jesucristo mismo asegura que tiene "carne y huesos".

Si alguna duda os queda, os mostraremos el vers. 43, en el que se dice que "comió", y el vers. 27, de San Juan, Cap. XX, por el que veis que Tomás le "metió los dedos por los agujeros de los clavos".

Después de esto quedáis firmemente convencidos de que Jesucristo resucitó en "cuerpo y alma", según nos lo asegura la Iglesia. ¿Sí? Pues estáis frescos, y se conoce que entendió poco de Escrituras Sagradas, o mejor dicho de "Pillerías Sagradas". Os vamos a probar lo contrario de aquello de que acabamos de convenceros; será con las palabras mismas de los mismos capítulos de los Evangelios.

Empezamos haciéndolos notar en todos los cuatro Evangelios que "nadie vio" resucitar ni salir del sepulcro a Jesús, sino que los que fueron a visitar la tumba la hallaron vacía, y no encontraron dentro más que el sudario y las sábanas en las que el cuerpo había estado envuelto, nada de lo cual quiere decir que hubiese resucitado. En seguida os hacemos igualmente observar que los "ángeles" no fueron vistos por ninguno de "los apóstoles", sino por "las mujeres", y os advertimos que, entre los judíos, el testimonio de una mujer no era admitido como bueno y, por consiguiente, lo que decían haber visto las mujeres no tenía ninguna fuerza; y al efecto os mostramos al principio en el vers., 11, de San Lucas, que los apóstoles tomaron el dicho de las mujeres, por "un desvarío, y no las creyeron". Para acabar con el testimonio de ellas, os aconsejamos releáis lo que en los cuatro Evangelios se dice acerca de los ángeles, y veréis que San Mateo nos informa de que era "un ángel"; San Marco, "un mancebo"; San Lucas, "dos varones" y San Juan, "dos ángeles". Y, como estas apariciones de los ángeles no las supieron los apóstoles sino por las mujeres, estas contradicciones son una prueba más que aquello fue un "desvarío".

Tanto cuidado tuvieron los evangelistas de que los apóstoles no viesen a los ángeles, que, según San Juan, a pesar de haber ido juntos al sepulcro Juan, Pedro y Magdalena, y de examinar la tumba los tres. Magdalena fue la única que los vio después que "se volvieron otra vez los discípulos a su casa". (Vers. 10, 11 y 12).

Esto, respecto a las mujeres: nos faltan ahora los guardas que San Mateo dice se pusieron alrededor del sepulcro. Os hacemos observar, así como quien no quiere la cosa, que de los cuatro evangelistas San Mateo es el único que habla de los guardas. Hecho esto, os informamos de que los guardas tampoco pudieron ver el milagro de la resurrección, porque al presentarse el "ángel" quedaron todos "como muertos" (vers. 4), y una persona que caía "como muerta" no puede ver nada de lo que pasa. En el versículo siguiente, o sea el 5, veis que habla el ángel, pero "no a los soldados, sino a "las mujeres".

Para probaros que Jesucristo subió cielo, os mostraremos los últimos versículos de los Evangelios de San Mateo y San Lucas (vers. 19 y vers. 51), en los que veis que "subió" al cielo; y, para probaros que "no subió", damos media vuelta a la derecha y os decimos que leáis los últimos capítulos de los Evangelios de San Juan y S. Mateo.

Podéis ver en ellos que no sólo no se dice una palabra de que subiera al cielo, sino

que San Mateo asegura que las últimas palabras que dijo Jesús fueron: "Mirad que estoy con vosotros todos los días hasta la consumación del siglo" (vers. 20). Por último, para probaros que es Dios, os citaremos el versículo 1, en el que San Juan asegura que Jesús es el Hijo de Dios. Para probaros que no es Dios, nos basta haceros leer el versículo 19, de S. Lucas, en el que vemos a dos de sus apóstoles llamarle "varón profeta", lo que demuestra que no le tenían por Dios; y si esto les sucedía a los apóstoles, ¿cómo es posible hacer ahora creer a nadie que lo era?

Igualmente os aconsejamos releáis los capítulos que copiamos y veréis que a los apóstoles no les era posible creer en que Jesús hubiese resucitado; y Magdalena, cuando se encontró el sepulcro vacío, rompió a llorar creyendo que habían robado el cuerpo de Jesucristo. Luego, si esto es así, es mentira que supiesen que iba a resucitar; luego San Mateo es un embustero, que nos cuenta que todo el mundo lo sabía, y que por eso se pusieron guardias; luego lo único que hay de cierto y positivo es que los escritores de los Evangelios, como los del resto de la Biblia, son unos "tunantes descarados".

Ahora comprenderéis cuál es el verdadero misterio de las Sagradas Escrituras, que ha consistido en no decir cosa alguna de ellas sin decir igualmente lo contrario en otra parte de las mismas, dejando así puertas por todos lados por las que se escapan los doctores de la Iglesia. Querer, pues, coger a uno de ellos, es lo mismo que querer guardar agua en una cesta. Del mismo modo comprenderéis perfectamente por qué, al aceptar la Iglesia' como buenos los cuatro' Evangelios, no le fue posible convertirlos en uno; porque, por mucha habilidad que tuviesen los que los arreglaran, hay cosas que no se pueden hacer y dejar de hacer, como por ejemplo, subir al cielo y no subir; nacer y no nacer, etc.; y por eso, conservando los cuatro Evangelios separadas en unos se puede contar que subió al cielo y en otros no decir nada; en unos puede afirmarse que Jesús nació de "una mujer virgen" y en otros no decir ni cómo fue concebido, ni cómo ni cuándo nació, etc. Por esa misma razón la Iglesia rechazó el Evangelio de Nicodemo, porque en él se habla del Infierno con toda claridad, y si con el tiempo la ilustración se hace tan general que la Iglesia romana se ve obligada a suprimirlo, difícilmente podría disimular este fraude; mientras que, del modo que están arregladas las cosas, puede, cuando sea necesario, probarse, con las Sagradas Escrituras en la mano, que ni hay Infierno, ni Jesucristo era Dios, ni hay Trinidad, ni ninguno de todos los mil misterios; y alegando que la interpretación dada a las Escrituras no ha sido la verdadera, se podrá cambiar la religión sin cambiar nada de la Biblia.

LA VERDADERA DOCTRINA CRISTIANA

Primera noticia auténtica de los cristianos. — Dudas acerca de la existencia de Jesús. — Las reliquias. — El bautismo y el cristianismo. — Igualdad del Buda y el Cristo. — Existencia futura de los budistas. — La religión judía. — El fariseísmo y el catolicismo. — Confusión evangélica, — Verdadera doctrina de Jesús. — El ayuno. — "No ores en el templo, sino en tu cuarto". — El voto de pobreza. — Hipocresía y mala fe evidente de los ministros católicos y protestantes. —

La primera noticia que en la historia hay del cristianismo data de medio siglo después de la época en que se dice vivió Jesús, y con motivo de la persecución que en Roma sufrió una secta hasta entonces desconocida, que se llamaba de los cristianos. Estos fueron por largo tiempo, mirados por los paganos poco mas o menos lo mismo que se miraban antiguamente los masones en España, o como todavía se miran los Judíos por la mayoría de los católicos, es decir, como individuos malos de moralidad y capaces de toda especie de crímenes.

Vosotros suponéis que no hay la más remota duda de que Jesús existió, predicó y fue crucificado; pero fuera de las Escrituras, compuestas por los doctores cristianos mismos, no hay historia ni documento de aquel tiempo que haya mención de Jesucristo, quien, por su parte, tampoco escribió cosa alguna. A pesar de esto, hemos visto en Jerusalén no sólo su tumba, sino hasta los agujeros en que se colocaron las tres cruces; del mismo modo hemos tenido el gusto de ver en diversas partes tres paños de la Verónica nueve clavos de los que sirvieron para clavar a Cristo, pedazos de la corona de espinas suficientes para hacer media docena, la tumba de Noé, la de Adán, calaveras por duplicado de varios santos y otras mil curiosidades y reliquias tan auténticas como milagrosas, al decir de los Reverendos Padres que nos las mostraron. Las opiniones, sin embargo se hallan divididas: unos creen que Jesucristo existió real y verdaderamente, y otros sostienen que es un símbolo, un ser imaginario, un modelo ideal de amor y caridad.

Los budistas están firmemente convencidos de que el Cristo de la Judea es una copia del Buda de la India. Según, ellos, el cristianismo no es mas que la secta judía de los esenios, y ésta es el resultado de las predicaciones de los misioneros budistas, quienes, habiéndose extendido por toda el Asia, penetraron en Judea. Examinemos. El budismo tiene su origen en una religión anterior, la de Brahma, él cristianismo lo tiene en la judaica. Los Vedas, o libros sagrados de brahmanes y budistas, están escritos de una manera capaz de toda especie de interpretaciones; con las Escrituras cristianas sucede tres cuartos de lo mismo. En los Vedas se habla de la caída en recado del primer hombre; lo mismo ocurre en la Biblia. Pasemos al paralelo entre Çakia, el Buda de la India, y Jesús, el Cristo de la Judea:

Çakia nació hijo de reyes; Jesús, nos dicen, descendía del rey David; a Çakia se le llama el Buda (el sabio, el conocedor de la verdad); a Jesús se le llama el Cristo.

En la escritura budista se profetizó que el Buda volverá; en la Escritura cristiana se profetiza lo mismo del Cristo. La doctrina del Buda se llama "la buena ley"; la doctrina de Cristo se llama "Evangelio", que quiere decir "la buena nueva". Entre los budistas hay una parte que obedece al Gran Lama; entre los cristianos también una parte obedece al Papa. El Gran Lama es elegido por una orden de dignidades colegiadas; el Papa es elegido por el colegio de cardenales. El primero es tenido por el representante del Buda; y el segundo por el representante del Cristo. Los budistas tienen ermitaños, santos, san-

tas, mártires y reliquias milagrosas, conventos de frailes y monjas, rosarios, confesión, ayunos, campanas en las iglesias, etc., etc. Después de esto, nos parece que los budistas no andan muy descaminados al decir que el cristianismo está, sacado de su religión, y la verdad es que, a excepción del alma personal, del Cielo y del Infierno, que fueron tomados de la religión pagana, el budismo y el cristianismo son una misma cosa.

Hasta principios del siglo XIX negaban los doctores de la Iglesia que existiese semejante religión; y como entonces hacer un viaje a Asia era poco menos que una locura, no siendo visitada mas que por comerciantes, que no se ocupaban de religiones sino de negocios, pocos había que pudiesen contradecir a los reverendos Padres. Hoy, gracias a la dominación inglesa en la India y a los vapores y ferrocarriles, se recorren fácilmente los inmensos países en que impera la religión de Buda. No siendo ya posible negarla, la explican los doctores cristianos diciendo que el diablo engaña a los budistas con ceremonias y misterios parecidos a los católicos; pero si esto es así, hay que convenir en que Dios ha copiado al diablo, porque el Buda existió hace des mil cuatrocientos años, o sea quinientos antes de Cristo. Cuando Alejandro Magno se lanzó sobre Asia, trescientos años antes de Jesucristo, ya la religión budista existía lo mismo que hoy. La institución, del Gran Lama, o sea el Papa budista, tiene dos mil años, y por lo tanto es también anterior al cristianismo.

Los budistas tienen de Dios y del alma la única idea racional que el hombre puede concebir. Para ellos, Dios no es un "ser personal", sino "El Espíritu de la vida universal", o lo que es lo mismo, "La Naturaleza"; y el alma una emanación, o sea una parte de ese "Espíritu", No siendo Dios un "ser", tampoco lo es el alma, y por consiguiente, al separarse del cuerpo pierde toda conciencia de sí misma, porque el alma no tiene memoria. Esto es cierto, según más adelante demostraremos.

También los budistas creen en premios y castigos futuros. Según ellos, si el individuo ha sido perfecto, se une a Dios en espíritu; pero si ha cometido la más leve falta, renace en otra persona y sufre en su nueva vida desgracias en proporción a las faltas cometidas en la anterior. De esta manera explican las desigualdades de fortuna, salud, belleza, etc., así como también el que nadie pueda ser completamente feliz, porque aquí estamos expiando los pecados cometidos en existencias anteriores, de las que nuestra alma no puede acordarse. Resulta, pues, que este mundo es el infierno, mejor dicho, un purgatorio del que sólo podemos librarnos no haciendo ninguna mala acción durante la vida. Según ellos, todas las almas llegarán a ser perfectas y a unirse a Dios; pero esto no sucederá hasta pasar por miles de millones de vidas sucesivas; no sólo en cuerpos humanos, sino en cuerpos de animales. Cuando se dice a un budista o a un brahmino que el Dios de los cristianos condena a los hombres a tormentos eternos, sin que al condenado le sea posible rehabilitarse, se horroriza; de semejante Dios y semejante religión. Confesemos que no les falta razón, y que de esto a la máxima de Cristo, "ama a tus enemigos", hay alguna distancia.

Os acabamos de dar una idea de la religión que más creyente? tiene en el mundo, porque los budistas son más del doble de los católicos"; romanos, porque son quinientos millones ²⁰. Ahora, cada uno es muy libre de suponer que el Cristo es o no una copia del Buda. Por nuestra parte no vemos nada increíble en que existiese un individuo que, como Jesús, predicó la moral universal sin preocuparse de que los sacerdotes judíos hicieran todo lo posible para quitar de en medio a un hombre que decía estaban de más los templos y los sacramentos, asegurando que la única manera de salvarse era haciendo

²⁰ Las creencias que acabamos de exponer, pertenecen a la religión de Brahma, lo mismo que a la de Buda. La diferencia entre brahmines y budistas no son mayores que las que existen entre católicos y protestantes

bien al prójimo.

La historia de Jesús como la de Çakia, como la de Sócrates, es la misma que la de los infinitos mártires que han sido sacrificados por los sacerdotes de todas las religiones. Damos, pues, por sentado que Jesús ha existido.

II

Jesús, el Cristo, o como generalmente se dice, Jesucristo, fue judío.

Por aquel tiempo los judíos se hallaban divididos en varias sectas. Una de ellas se llamaba esenia, y como las doctrinas de dicha secta tenían gran analogía con las que Jesús predicó, y los esenios quedaron confundidos con los cristianos, lo natural y lógico es suponer que Jesús era esenio.

Cristo no se propuso de ninguna manera destruir la religión judía, en la cual poca mejora podía haber, porque una religión que tenía un Dios único, los Diez Mandamientos de la Ley (no los que dice la Iglesia romana, sino los verdaderos), y la máxima de "Ama a tu prójimo como a ti mismo", máxima que no es original de Jesucristo, como cree la mayoría de los cristianos sino que existe en la religión judía desde miles de años antes, como se ve en el Cap. XIX del "Levítico", vers. 18 y 4, una religión fundada sobre tales bases no podía mejorarse.

Cuando la desgracia sucedía a algún buen creyente, entonces era porque habría hecho algo que no estaba bien; y como todos hacemos de esas, el creyente se apresuraba a aplacar la cólera de su Dios por medio de alguna buena ofrenda a sus sacerdotes. Si a pesar de las ofrendas continuaba sufriendo nuevas desgracias, se le decía que Jehová quería probarle a ver si tenía bastante fe, y le citaban al Santo Job, a quien, según la Biblia, Dios probaba haciéndole sufrir toda clase de males; resultando de esto que el Padre eterno necesita hacer pruebas con los hombres con objeto de averiguar si tienen o no bastante fe, lo cual, como ya en otra parte hemos dicho, es una muestra evidente de que ni es infinitamente sabio ni conoce el porvenir.

Jesucristo, con los "Diez Mandamientos" en la mano, levantó su voz contra las ceremonias de ese culto llamado el "Fariseísmo", en el que los curas judíos hacían consistir lo principal y esencial de su religión, que es lo mismo precisamente que hacen los curas católicos al pretender que se adora a Dios con oír misa, rezar rosarios, ayunar, confesar y comulgar. El catolicismo, pues, no es otra cosa que "Fariseísmo Cristiano".

Cristo protestó contra semejante corrupción de la Lev, sosteniendo que el único fundamento y base de la religión eran los "Diez Mandamientos" y que en ellos no había absolutamente nada de aquellas ceremonias, obra toda de los sacerdotes judío?, a quienes acusó públicamente de impostores que se valían de la religión y de la fe para vivir a costa de los fieles israelitas, que es lo mismo que lo que nosotros, a nuestra vez, con los "Mandamientos de Cristo" en la mano, acusamos a los sacerdotes de las Iglesias llamadas "Cristianas", pero cuyo nombre es "Fariseas". Jesucristo jamás pretendió ser Dios, ni hijo de Dios, ni hizo todos los desatinos que cuentan los que escribieron la historia de su vida. Jesús llamaba padre a Dios, porque decía que todos somos hijos del mismo Dios, y así le llaman todos los cristianos en el Padre Nuestro, oración que se le atribuye en el Evangelio, pero que parece fuera de duda rué compuesta muchos años después de su muerte por los primeros cristianos, quienes en ella pedían la segunda venida de Jesús con estas palabras: "Venga a nos el tu reino".

El haber sido crucificado no fue una cosa especial hecha con Jesucristo, sino que aquel era el modo de ajusticiar a los malhechores. Así como Cristo fue crucificado por la Iglesia Judía, o mejor dicho, "Farisea", por denunciar los abusos de sus sacerdotes,

del mismo modo la Iglesia Cristiana, es decir "Romana", ha quemado vivas muchos miles de personas que se atrevieron a levantar la voz para hacer conocer las imposturas con que sus sacerdotes engañaban y engañan todavía a los pueblos.

III

La persona que por primera vez lee los Evangelios sé queda sin entender una sola palabra de las doctrinas de Jesucristo. El motivo, como ya lo hemos explicado y demostrado, consiste en la manera, tan falsa y engañadora como hábil, con que fueron escritos, haciendo decir a Jesús cosas tan opuestas, que quedáis convencidos de que vuestro Dios no tiene dos naturalezas, como dice vuestro catecismo, sino doscientas.

Haremos observar que Jesucristo tiene particular cuidado en decirnos 'uno por uno' sus Mandamientos, omitiendo por completo el que asistamos a templo alguno, ayunemos y practiquemos esos actos mecánicos, que ningún bien hacen a nadie. Jesús, los omitió, pero no por olvido, sino porque se oponía a ello, según vamos a demostrar. Reprendido varias veces por los fariseos porque ni él ni sus discípulos ayunaban ni hacían la fórmula de lavar los vasos lavarse las manos antes de comer, les contestó con estas palabras: "No hay cosa fuera del hombre que, entrando en él, la pueda contaminar. Mas las que salen, esas son las que le contaminan. Porque las que entran van al vientre y se arrojan en lugares secretos; pero las que salen, salen del corazón; esas son las que contaminan al hombre. De allí salen los hurtos, las avaricias, los adulterios, los asesinatos, todos los malos pensamientos. Eso, y no el comer de este modo o del otro, es lo que ensucia al hombre" (San Mateo, Cap. XV, vers. II y San Marcos, Cap. VII, vers. 13). Sobre estas clarísimas palabras de Jesucristo se apoyan doscientos millones de cristianos para no ayunar, ni mucho menos hacer diferencia alguna entre comer carne o pescado.

Los únicos que ganan con los ayunos son: primero los curas, pues es un motivo más de pecado y, por lo tanto; de confesión; y segundo, los médicos, porque para lo único que son eficaces los ayunos es para producir males de estómago por efecto del desarreglo en las comidas. En cuanto a que sea más santo llenarse el vientre de carne o pescado, la cosa es tan ridícula, la invención de las vigilias es tan reciente, y su objeto de explotar a los fieles con las bulas tan claro y conocido, que no nos ocuparemos de este fraude de Roma, del que muchos católicos romanos mismos se ríen.

En otro lugar decimos que Jesucristo prohibió el orar en los templos. ¿Queréis convencerlos? Pues abrid nuevamente las Sagradas Escrituras, y en el Evangelio de San Mateo, Cap. VI, veréis que dice lo siguiente:

5. "Y cuando oréis, no seréis como los hipócritas, que aman el orar en pie en las Sinagogas, y en los cantones de las calles, para ser vistos de los hombres. En verdad os digo recibieron su recompensa".

6. "Mas tú, cuando orares, entra en tu aposento y, cerrada la puerta, ora a tu Padre en secreto; y tu Padre, que está en el secreto, te recompensará".

Esta es toda la religión cristiana: cumplir los Mandamientos expresos de Jesús. Esta religión es la nuestra. Entre ella o la de la Iglesia de Roma, entre el Cristo o el Papa, no titubeamos un momento: "Cristianos somos".

Ya hemos visto lo que Jesús ordena a los que quieran ser sus apóstoles; y ahora decimos nosotros a los que hoy pretenden serlo, párrocos, obispos, arzobispos, cardenales, patriarcas, papas: Vosotros, los magnates de todas esas Iglesias que se llaman cristianas, seáis católicos o protestantes, ya sabéis lo que Jesús os ordena. Aquí no os vale la fe, aquí no hay doble interpretación; aquí os dice el mismo Jesucristo de la manera más clara y terminante: "y ende lo que tienes y dalo a los pobres, y ven, sígueme".

Cuando hayáis hecho eso creeremos que obráis de buena fe, y tendréis derecho a nuestro respeto y a ser llamados discípulos de Cristo. Entre tanto, tenemos que consideraros como unos farsantes que, a todos los vicios y pasiones comunes a los hombres, unís lo único que Jesucristo maldijo; "La hipocresía".

EL CIELO SEGÚN LA IGLESIA

La "Gloría" de la Iglesia. — El juicio final. — El Papa Juan XV y la expedición al fin de la Tierra. — Cristóbal Colón. — La Iglesia desmiente a las Escrituras. — Copérnico. — El Universo verdadero. — Las falsedades de la Biblia. — El mártir Giordano Bruno. — Galileo y los doctores de la Iglesia. — Distancia de las estrellas. — El Catecismo explicado.

Hasta hace solamente cuatro siglos sostenía el Espíritu Santo que la Tierra era una planicie y el cielo una cúpula sólida, azul y cristalina, que, a manera de fanal, la cubría y la cerraba. Dentro de este recinto se movía el Sol para dar luz por el día, oficio que la Luna ejercía por la noche. Los planetas de nuestro sistema solar eran estrellas movibles, y estas últimas unas luces sin importancia, pegadas en la celeste bóveda para adornarla y alumbrar a los humanos. Del lado superior de la cúpula, y en un trono de oro y piedras preciosas, se sentaba un anciano de larga barba blanca y aspecto venerable, y a, su derecha ocupaba un trono igualmente magnífico otro hombre de aspecto simpático y como de treinta a cuarenta años, vestidos ambos de ropas talaras. Encima de estas dos personas, y como suspendida sobre sus cabezas, se cernía una paloma blanca con las alas extendida²¹. Rodeaban a este grupo millares de individuos de aspecto hermoso y afeminado, vestidos de túnicas blancas y con las alas en las espaldas, los cuales cantaban o tocaban algún instrumento. El anciano era el Dios Padre, el joven el Dios Hijo, y la paloma el Dios Espíritu Santo; los personajes alados, los ángeles. Tal era y es el cielo de la Iglesia, tan material y humano como el cielo del paganismo, y al que, para hacer el parecido más completo, se añadieron vírgenes y santos.

Según está profetizado en la Biblia, llegará un día (que, según allí se dice, se halla muy cercano), en el cual los tres Dioses tomarán la determinación de destruir, no sólo esta Tierra que habitamos, sino el "universo entero, asegurándonos que "las estrellas caerán sobre la tierra como una higuera deja caer sus higos", ("Apocalipsis", Cap. VI, vers. 13). Entonces, todos los seres humanos que han existido, hombres, mujeres y niños, volverán a tomar los mismos huesos y la misma carne que en vida tuvieron, y serán llamados ante aquellos Dioses quienes los juzgarán. Los buenos irán a aumentar el número de los ángeles y los malos el número de los diablos, cuyo oficio de tentadores de la Humanidad habrá terminado. Concluido que sea el juicio, volverán el Padre, el Hijo y la Paloma a su interior inacción, alternando entre la música vocal e instrumental. Como vemos, la idea que el Espíritu Santo tiene de la vida eterna no es menos material que la de su cielo.

Colocada la Iglesia entre la evidencia y la convicción universal de un lado, y la palabra expresa de su Dios de otro, le dio un mentís a este último, declarando que la Tierra era redonda y añadiendo a la inedia naranja azul superior otra inferior, formando así Tierra y Cielo una esfera dentro de otra. Por lo demás, la Tierra seguía constituyendo el centro inmóvil y la parte principal del Universo, a cuyo alrededor, giraban el Sol y todas las estrellas, no existiendo más mundo que el nuestro ni más seres humanos que nosotros. Asimismo el Cielo continuaba sólido, con Jehová, Jesucristo, la Virgen y los ángeles y los santos encima, de todo lo cual decían haber plena seguridad, no sólo porque las Sagradas Escrituras así lo dicen en la parte llamada el "Apocalipsis", sino porque varios

²¹ En las Sagradas Escrituras, se nos dice que alrededor del trono de Dios hay veinticuatro ancianos sentados, vestidos de blanco, y con corona de oro (Apocalipsis, Cap. IV, vers.4)

santos habían visto el Cielo abierto y todo lo que allí había, en el éxtasis de sus oraciones y por permiso de su Dios.

De pronto se presenta otro hombre, llamado Copérnico, que afirma, apoyándose en buenas razones, que no era el Sol el que daba una vuelta alrededor de la Tierra cada veinticuatro horas, sino que, por el contrario, ésta, girando lo mismo que un trompo que baila, nos hacía parecer a nosotros que el Sol y todas las estrellas daban vueltas a nuestro alrededor. Que él no era una pequeña bola subordinada a nosotros, sino que por el contrario, nosotros éramos los pequeños y los que estábamos subordinados a él. Que las cinco estrellas que unas veces se veían en un sitio del Cielo y otras en otro, y que por eso se llamaban "estrellas movibles", no eran tales estrellas, sino mundos como éste en que habitamos, y aun cientos de veces mayores que el nuestro. Que aquellas tierras daban vueltas alrededor del Sol, lo mismo que hacíamos nosotros, pero que, según se hallaban más cerca o más viejos, unas tardaban más y otras menos de un año, que era el tiempo que tardaba la Tierra. Que si aquellos mundos parecían brillantes, no era porque fuesen luminosos como el Sol o las estrellas, sino porque reflejaban la luz del Sol del mismo modo que lo hacía la Luna. Que para los habitantes de aquellos mundos, nuestra Tierra también parecía una estrella como sus tierras nos parecían a nosotros. Que los hombres de aquellos mundos tenían que ser diferentes de nosotros, por las diferentes condiciones de calor, etc., en que se hallaban.

Que el Cielo sólido que las Sagradas Escrituras dicen que se pueden enrollar como un pergamino y que se abre como un libro ("Apocalipsis", Cap. VI, vers. 14 y San Marcos, Cap. I, vers. 10), no existía, y, que, por consiguiente, todo aquello de bóveda celeste y de Dioses encima eran desatinos, porque no había tal bóveda, sino que lo que teníamos a nuestra vista era el "espacio sin fin" y que ese azul no era más que un efecto de la luz, en la atmósfera que rodeaba a la Tierra, por estilo del efecto de luz que produce el arco iris.

También, afirmaba que las estrellas no eran luces colocadas en el "firmamento", como dice la Biblia, puesto que no había tal firmamento, y que aquéllas, en lugar de ser luces sin importancia, eran otros tantos soles como el nuestro. Que sí las estrellas nos parecían tan pequeñas, era por los innumerables miles de millones de leguas que se hallaban de nosotros y que, colocado nuestro Sol aunque no fuese más que a la distancia de la estrella más cercana, parecía también una de tantas estrellas. Que alrededor de aquellas estrellas, o sea soles, había tierras que giraban del mismo modo que hacemos nosotros alrededor del nuestro, y que para los habitantes de aquellas tierras, nuestro Sol era también una estrella insignificante perdida entre las demás. Que el número de estrellas o soles no era sólo el de los seis o siete mil que a simple vista se distinguen, sino que eran infinitos millones, de las que no vemos más que una parte, por su inmensa distancia. Que nuestra Tierra no tenía la importancia que le da la Biblia, diciendo que Dios estuvo entretenido seis días en hacerla, y que no tardó más que un momento en hacer las estrellas, lo cual era el mayor de los desatinos. Que lo que las Escrituras decían de que caerían las estrellas sobre la Tierra era otro disparate, porque, siendo cada estrella millones de veces mayor que la Tierra, lo más que podía suceder sería que nuestra Tierra cayera en alguna estrella. Que lo de que el día que el Mundo fuese destruido concluiría el Universo, era otro absurdo del Espíritu Santo, porque aunque nuestra Tierra y cien mil millones de tierras como la nuestra fuesen destruidas con todos sus habitantes, eso no alteraría más el Universo infinito que si sacáramos del mar una gota de agua.

La Iglesia comprendió que el fraude del Cielo sólido iba a ser descubierto, y sin titubear un instante decretó que aquellas teorías eran inspiradas por Satanás con objeto de engañar a los hombres haciéndoles creer que la Biblia se equivocaba; añadiendo, como de costumbre que los partidarios de las nuevas teorías quedaban excomulgados, y que

todos los que sostuviesen que los cielos no eran sólidos, o que la Tierra se movía, serían condenados a muerte.

A pesar de eso, un hombre escribió un libro demostrando con razones que no había tal cielo y que la Tierra se movía; que había otros mundos además del nuestro y que, por lo tanto, nosotros no éramos los únicos seres racionales que existían en la creación.

Los doctores de la Iglesia, decidieron que aquel hombre estaba endemoniado, y Giordano Bruno, que ese era el nombre de aquel apóstol de la verdad, de aquel moderno Jesucristo, fue quemado vivo en medio de una plaza de Roma, el 16 de febrero del año 1600, por orden del Papa Clemente VIII, quien presenció la ejecución acompañado de obispos, arzobispos y cardenales. Así murió el sabio Bruno, aquel mártir inmolado por los doctores de la Iglesia, quienes sabían perfectamente ser cierto cuanto aquel héroe afirmaba.

I

La Iglesia romana creyó haber ahogado para siempre a la verdad en fuego y sangre; pero si bien ha podido y puede retardar el progreso, conservando a millones de seres racionales en las embrutecedoras supersticiones de la idolatría, no le es posible detener la marcha de la civilización.

Ya desde fines del siglo xvi se sabía que poniendo dos cristales de cierta forma uno delante de otro, se veían las cosas cerca; de aquí el que se hiciesen pequeños tubos con aquellos cristales dentro, y éste es el origen de los anteojos. A un sabio italiano llamado Galileo (no olvidéis este nombre; ponedlo al lado de Gutenberg; el inventor de la Imprenta; de Fulton y de Watt, que aplicaron la fuerza del vapor a las máquinas; de Morse, que inventó el telégrafo eléctrico; al lado de esos hombres, únicos que merecen el nombre de bienhechores, y no a esos conquistadores que no fueron más que carniceros de sus semejantes), a Galileo se le ocurrió que con un antejo bastante grande-se podrían ver los astros más cerca, y al efecto mandó hacer dos cristales de la forma necesaria y tan grandes como lo atrasado que entonces se hallaba este arte lo permitía. Con estos dos cristales construyó el primer antejo que los hombres han dirigido hacia los astros.

Galileo era católico romano, pero Galileo se olvidó de todos los padrenuestros y avemarias, de todos los credos y todas las salves, de todos los rezos compuestos por los hombres, de todas las palabras humanas, porque a Dios no se le adora con palabras; Galileo adoró no al Dios humano, no al Dios raquíico, de las Escrituras sino al Dios Omnipotente, y sus oraciones fueron lágrimas de agradecimiento que rodaron por sus mejillas, porque el Dios verdadero le había dejado penetrar en su único templo: "El Infinito Universo". Desde entonces siempre que quería rezar, corría a su antejo; y allí en medio del silencio y oscuridad de la noche, abismado todo su ser en la contemplación de la inmensidad, su alma sentía vibraciones divinas bajo la influencia del Dios Todopoderoso.

El temor a la Iglesia y a sus feroces ministros hizo a Galileo ocultar aquel verdadero milagro, pero al fin se divulgó, y los doctores mismos pudieron cerciorarse de la verdad, mirando con sus propios ojos y quedando así convencidos de la falsedad de sus imaginarios cielos y de la verdad de que existían otras tierras. Ante la evidencia, ya no cabía decir que eran visiones de Satanás. La Iglesia se alarmó de veras y a fe que tenía razón, porque si el descubrimiento de Galileo llegaba a ser conocido del pueblo, confirmando así el dicho de Giordano Bruno y de otros, resultaba una de dos: o que las Sagradas Escrituras no sólo no tenían nada de divinas, sino que estaban escritas por gentes muy ignorantes en ciencias, o de lo contrario, que su Dios no sabía una palabra del Universo

que él mismo había creado.

La fábula de que Jesús había sido el Dios de esta Creación sin límites, quedaba destruida, porque si eso pudo hacerse creíble cuando se suponía que no había más mundo que el nuestro, ni más hombres que nosotros, resultaba ser aquello un cuento ridículo desde el momento que nuestra Tierra quedaba reducida a uno de esos infinitos millones de tierras. Además, si Jesús hubiese sido Dios, habría sabido que las Sagradas Escrituras dicen mil desatinos al hablar del Universo y no nos habría dicho que las estrellas se podían caer en la Tierra, ni que se oscurecerían porque este pequeño planeta que habitamos fuese destruido. (San Mateo, Cap. XXIV, vers. 29; San Marcos, Cap. XIII, versículo 25).

Lo de que Dios nos había hecho a su imagen y semejanza resultaba ser otro embuste, puesto que en los otros millones de mundos habría hombres formados de millones de maneras diferentes. El milagro más estupendo de todas las Sagradas Escrituras, /el de Josué deteniendo el Sol (Josué, Cap. X, vers. 12 y 13), resultaba ser otra mentira, porque el Sol no se movía alrededor de la Tierra.²² Todos los milagros de los santos que decían haber subido al Cielo en espíritu y haber visto allí a Jesucristo y a la Virgen, resultaban ser: o visiones o mentiras descaradas, porque no había tal cielo. Luego si esto era así, los milagros que en la Biblia se referían no podían ser más ciertos que los que se referían en los libros sagrados de las demás religiones.

Las Escrituras sobre las que la Iglesia se fundaba para decir que era una institución divina, estaban llenas de evidentes falsedades, desde el primer versículo del "Génesis", con el que empiezan hasta el último versículo del "Apocalipsis", con el que acaban. Aquella organización tremenda de la Iglesia, a la que habían cooperado tantas inteligencias, tan grandes como pérfidas; aquella fortaleza, al parecer inexpugnable, se bamboleaba ante el cañón pacífico e inofensivo de un antejo. Abrid los ojos vosotros, creyentes ilusos, y mirad cuan superior es el Dios verdadero a todos los dioses fabricados por los hombres.

²² Algunos doctores de la Iglesia explican esto, diciendo que, si bien Josué paró al Sol, se olvidó de echarle a andar, y Dios, con objeto de no contradecir a su profeta, hizo dar vueltas a la Tierra, la cual tiene movimiento desde entonces.

EL DIOS VERDADERO Y EL FALSO

Igualdad de las religiones. — El Dios verdadero descrito por los sacerdotes cristianos. — Todo culto que tiene templos y sacerdotes, es falso. — Los bandidos devotos. — Cómo los sacerdotes ligan la moral verdadera a ceremonias mecánicas. — El influjo de la educación. — El Dios de las Sagradas Escrituras. — Un Dios jefe de ladrones y asesinos. — La torre de Babel. — Un Dios que se asusta. — Prueba palpable de que no existe semejante. — La falta de patriotismo.

De seguro suponéis que nosotros Jamás entramos en un templo; os equivocáis, porque pocos hombres han visitado, como lo hemos hecho nosotros, tantos y de tan diversas religiones. A nosotros nos gusta aprender, y una de las cosas que hemos estudiado ha sido las diferentes maneras cómo los sacerdotes de las varias religiones se valen del sentimiento de Dios, innato en el hombre, para engañarle y explotarle, haciéndole creer que a Dios se le adora con éstas o las otras ceremonias, porque "la Religión no es más que una y verdadera, el engaño está en el culto, o sea en el modo de adorar". Así, pues, muchas veces, al entrar en una Iglesia de las que, por mal nombre, se llaman cristianas, nos hemos encontrado con algún predicador a quien hemos oído decir que "Dios es Todopoderoso e Infinito, que a nosotros nos es completamente imposible conocerle, que es un Ser Inmutable", etc., etc. En este momento tenemos ante nosotros una obra escrita por el eminente obispo de Brechin, Forbes, de la que traducimos lo siguiente:

"Siendo Dios incomprendible para nosotros, somos impotentes para definirle con expresión humana alguna que pueda calificar su naturaleza". Así, pues, como el hombre no puede tener idea de él sino de una manera imperfecta, las expresiones de El Ser Supremo, El Ser Infinito, El Ser Inmutable, etc., etc., no son más que palabras que nada significan en realidad.

Este es el verdadero Dios, éste es el Dios nuestro, pero éste no es el Dios de las Sagradas Escrituras cristianas; por consiguiente, tanto el obispo Forbes como los predicadores cristianos que hablan así de su Dios, son unos descarados impostores y son los dignos compañeros de los sacerdotes paganos, quienes describían al dios Júpiter con todos los atributos del Dios verdadero, y, sin embargo, en sus Escrituras se veía que Júpiter era un dios, no con los atributos de la Omnipotencia, sino de la Humanidad; lo mismo precisamente que sucede con el Dios de la Santa Biblia.

Una de dos, señores doctores de la Iglesia: o reconocéis que no hay más Dios verdadero que el nuestro, o que lo es el de vuestras Escrituras. Sí el vuestro es el verdadero, no engañéis a las gentes pintándoles a nuestro Dios como si fuese el suyo; y sí reconocéis que el nuestro es el único, entonces vuestras Escrituras son falsas, y vosotros unos embusteros y unos farsantes; y la prueba más evidente de que lo sois está en que jamás describís el Dios de vuestras Escrituras, porque sabéis que no hay tal Dios, porque en ellas veis que vuestro Dios no tiene nada de omnipotente, ni de infinito, sino que es un Dios tan material y humano como los dioses de las otras religiones y, por consiguiente, tan falso. Este fraude no es especial en vuestros curas; ya os hemos dicho que los paganos hacían lo mismo, describiendo sus dioses con todos los atributos de la omnipotencia. Del mismo modo hacen los ministros de todas las diferentes religiones que hoy practican los hombres.

En más de una ocasión nos hemos acercado a esos ministros, y les hemos dicho así: "Nos alegramos que adoréis a Dios Omnipotente; pero decimos: ¿por qué a Dios le ha de ser agradable el que vengan los hombres a este edificio a practicar ceremonias, cuan-

do sin necesidad de ellas pueden cumplir con el mandamiento único de "no hagas daño a tu prójimo", mandamiento que todas las religiones tienen sin excepción?" A esto siempre nos han contestado que su Dios así lo ordena en libros divinos; y cada vez que hemos examinado esos libros, hemos encontrado lo mismo que encontramos en la Biblia: "un Dios humano"; y así tiene necesariamente que ser, desde el momento que ese Dios se vale de procedimientos humanos, como el de prescribir ceremonias por escrito, ceremonias' de que los hombres no sabrían una palabra si no se las enseñasen otros hombres, no usando su pretendida omnipotencia y demostrado así no ser Todopoderoso; o si lo es y, pudiendo, no quiere hacerse entender de todos enseñándoles el verdadero modo de adorarle, es un Dios injusto que castiga a hombres a quienes les es completamente imposible conocerle. (De esto mismo os hablamos al demostraros que la omnipotencia y el Infierno no son compatibles).

¿Ha escrito Dios en algún libro que los hombres tendrían frío y calor ¿Ha sido necesario el que algún sacerdote os informase de que sentiríais alegría y tristeza para alegraros y entristeceros? Pues así como Dios no ha necesitado de libros ni de sacerdotes, usando de su omnipotencia para haceros sentir el frío o calor, alegría o tristeza, del mismo modo, si alguna de las mil ceremonias de las diversas religiones de los hombres fuese ordenada por Dios, no sólo la ejecutaríamos todos, sino que nos sería completamente imposible dejar de cumplirla. De aquí resulta el siguiente axioma: Todas las ceremonias de todas las religiones y todos los libros dichos divinos son obra de hombres y, por consiguiente, no tienen más fuerza que cualquiera otra ley humana.

La prueba de que los Mandamientos de la Iglesia y Roma son embrutecedores, haciendo perder a la conciencia humana la verdadera noción del bien y del mal, la tenemos en un hecho, común en Italia, y del que también en España ha habido ejemplos: el de bandoleros católicos fervientes que no podían pasar ante una cruz sin descubrirse y rezar un padrenuestro por el alma del que acaso ellos mismos habían asesinado. Aquellos hombres detenían en el camino a los curas y frailes para confesarse a ellos, y si alguno se atrevía a negarles su absolución, se les arrancaban amenazándoles con la muerte, quedando después su conciencia tan tranquila como si toda su vida la hubiesen pasado haciendo buenas obras. Nosotros hemos conocido cien casos de esposas que faltaban a la fidelidad conyugal, a quienes esto preocupaba mucho menos que el dejar de oír misa el día de fiesta, o comer carne cuando debían comer pescado.

Por eso nosotros, cuando entramos en una iglesia, sabemos que los que allí están arrodillados no, adoran al Dios humano, al Dios Jehová de la Biblia sino a nuestro Dios. Por eso nosotros entramos con respeto en las iglesias, no porque las consideremos edificios sagrados; antes al contrario; la casa de cualquier hombre honrado, es mil veces más respetable porque en ella no se engaña a nuestros semejantes como se les engaña en los templos, ni hay infamias como las del confesionario; entramos con respeto porque vemos allí a los hombres elevando su alma, no al Dios de la Iglesia romana, sino al nuestro, al verdadero; porque muchas veces, entre cientos de seres humanos allí reunidos, no hay más que un incrédulo, no hay más que un impío, no hay más que un hipócrita: "El sacerdote".

Para sobreponerse a las supersticiones de los diversos cultos es necesario haber vivido por muchos años en países de religiones diversas, es preciso haber pisado muchos templos de diferentes religiones, es indispensable haber visto practicar a los hombres, "con la fe más ferviente", las ceremonias más opuestas; y sólo entonces es cuando podéis ver pasar ante vosotros lo mismo la hostia consagrada de los católicos como el estandarte divino y milagroso del profeta de los mahometanos, sin que sintáis más emoción que la tristeza de ver cuan atrasada se encuentra la Humanidad en el verdadero culto del verdadero Dios.

Por eso no nos hacemos la ilusión de convertirnos con este libro a la religión verdadera; pero sí esperamos que, usando en lo posible de vuestra inteligencia, y ya que no podáis arrojar lejos de vosotros la superstición, enseñéis a vuestros hijos que "no hacer daño de ninguna clase es mejor que todos los catecismos". No los obliguéis a repetir palabras y rezos, convirtiéndolos en loros humanos; en su lugar, explicadles los Mandamientos de Jesucristo. No les enseñéis santos ni vírgenes, ni les contéis imaginarios milagros, sino enseñadles los milagros de la Naturaleza y explicadles lo que es el Universo sin fin, porque el que no le conoce, nunca podrá saber lo que quiere decir la palabra Dios.

De este modo, haciendo dar a vuestros hijos un paso en el camino de la verdad, ellos harán dar otro a vuestros nietos; porque, así como la Naturaleza estuvo millones de siglos para transformarnos en lo que somos, del mismo modo a los pueblos no se les puede educar en una generación ni en dos. El verdadero progreso es lento; pero, en cambio, no retrocede.

De la mala, de la falsa educación que se os da, proviene todo esto; de que a vuestro sentimiento religioso se le dirige ciertamente por el canal del verdadero Dios, pero es para hacerlo desembocar en el mar tempestuoso de la superstición, lleno de los mil escollos de sus incomprensibles misterios, y en el que, temiendo vais a naufragar y a ser devorados por los monstruos imaginarios del Infierno y los demonios, no es queda más recurso que valeros del auxilio de los pilotos, de vuestros sacerdotes, en cuyo poder os entregáis. El mar tempestuoso son los diversos cultos; los buques en que están embarcados los hombres y de que les es imposible salir, son la fe ciega que cada creyente tiene en sus ceremonias.

En la religión verdadera también nosotros nos embarcamos, pero nuestra barquilla se llama "La Razón"; también nosotros la dirigimos por el canal que vosotros, por el del Dios verdadero, pero no desembocamos en el mar de la superstición, sino en el río de aguas puras y cristalinas de "La Verdad", en el que, dejándonos llevar por la corriente del estudio y la reflexión, vamos descubriendo los nuevos paisajes de nuevos acontecimientos que nos aproximan más y más al Todopoderoso Dios.

Según el "Génesis" de las Escrituras, vuestro Dios no sólo tiene cuerpo, sino que tiene cuerpo humano, puesto que allí se os dice que Dios "hizo a los hombres a su imagen y semejanza" (ver. 26 y 27); y si alguna duda os queda, mirad en el Cap. III del "Génesis" (vers. 8), y veréis que vuestro Dios "se paseaba en el Paraíso"; por consiguiente, cuando os dicen vuestros sacerdotes que su Dios no tiene cuerpo, mienten, advirtiéndolos que aquí no se trata de Jesucristo, porque Cristo no nació hasta algunos miles de años después que los hombres fueron creados por Dios. Vemos pues, que vuestro Dios tiene cuerpo y, por lo tanto, el mosaico que le representa en el centro de la cúpula de la basílica de San Pedro de Roma bajo la figura de un hombre con larga barba blanca, está conforme con las Sagradas Escrituras.

Vuestro Dios no sólo tiene cuerpo humano, sino que tiene todas las pasiones humanas, y así vemos que se complace; que traba pláticas con los hombres; que discute con ellos; que cambia de idea, según las razones que éstos le exponen o las súplicas que le hacen; que los pone a prueba con objeto de averiguar si sabrán resistir; que viendo no ser posible gobernarlos, "se arrepiente" de haberlos creado ("Génesis", Cap. IV, vers. 7); que determina destruirlos y los destruye, no castigando sólo a los culpables, sino ahogando justos y pecadores, por medio de un diluvio; que, a pesar de eso no los puede hacer mejores, y los abrasa con fuego llovido del Cielo.

¿Queréis saber cuál es la justicia de ese Dios que vuestros sacerdotes os dicen infinitamente justo? Pues ese Dios, con objeto de establecer a los hebreos, que andan errantes y viviendo como salvajes o poco menos, y pudiendo muy bien colocarlos en cualquier

parte de la Tierra sin hacer daño a nadie, ordena que invadan países habitados por gentes que ningún daño les habían hecho y que nada sabían de ellos ni de su Dios. Los israelitas se lanzan, pues, sobre aquellos pueblos, y por orden expresa del Padre Eterno, "por orden terminante del Dios de los cristianos, degüellan hombres, mujeres y niños por millones", con el solo objeto de apoderarse de sus tierras, como si no hubiera sitio para ellos en todo el mundo, que entonces se hallaba medio despoblado. Vosotros que estáis acostumbrados a oír alabar la infinita bondad de vuestro Dios, no lo creeréis; pero mirad en el *Deuteronomio*, Cap. XX, y veréis lo siguiente:

"16. De las ciudades de estos pueblos que el Señor Dios te da por heredad, no dejarás persona alguna con vida".

"17. Empezarás por destruir a los hetheos, a los amorreos, a los cananeos, a los pheezeos, a los heveos y a los jebuseos, porque así lo manda el Señor, así lo manda tu Dios Jehová".

Vemos, pues, aquí al Dios Jehová mandar una crueldad y una injusticia espantosa, digna del Dios Marte o del Dios Moloc, o de cualquiera de los otros dioses sangrientos de los paganos, con lo cual queda probado que el Dios de la Iglesia no vale más que ninguno de aquéllos y, por lo tanto, es falso. Del mismo modo, si se nos dice que Jehová ha cambiado de ideas desde que Jesús nació, diremos que esa es la prueba más evidente de que no es Dios, porque Dios "es inmutable" y no puede cambiar de opinión; por consiguiente, cae. a vez que desde el pulpito os dicen vuestros sacerdotes que "Dios es inmutable", confiesan que sus Sagradas Escrituras son falsas y ellos impostores.

Vemos que el Padre Eterno, no siéndole posible hacerse obedecer de los hombres, se aburre; vemos que entra en arreglos con ellos, que hace pactos, que los rompe, que hace otros nuevos, que los vuelve a romper; que pasa miles de años en perpetuas disputas con los hombres; que igualmente por miles de años no se ocupa de más hombres que de los del pueblo de Israel, que era media docena de millones, mientras que todos los cientos de millones de seres humanos que poblaban la Tierra no sabían una palabra de ese Dios Jehová que ahora se quiere hacer pasar por único verdadero, y que entonces no era más que uno de los innumerables dioses.

Para acabar de igualar a ese Dios con nosotros, la Iglesia le confirió el título de rey; y como que los reyes tienen corte, se le formó una corte celestial. A los hombres les agrada la música, pues a ese Dios se le proveyó de orquesta y coros angélicos. Los hombres doblan la rodilla ante sus reyes; pues a ese Dios le agrada que hagan lo mismo ante él; igualándose así a un rey o emperador.

Entre los hombres, el oro y las piedras preciosas son lo más rico que se conoce; pues a ese Dios se le hizo un trono de oro y piedras preciosas; y se le sentó en él. Por último, los reyes humanos tienen enemigos; pues a ese Dios se le proporcionó uno en el diablo, con quien ha tenido y tiene continua guerra. Para no cansaros más acumulando pruebas sobre pruebas de que vuestro Dios no es el que os pintan en el pulpito vuestros sacerdotes, concluiremos este capítulo diciéndoos de qué manera refiere el "Espíritu Santo" en las Escrituras el origen de la diversidad de los idiomas. En los tiempos en que aquéllos se compusieron, creían los hombres, según ya os hemos dicho, que la atmósfera era una cúpula' sólida, creencia, no sólo posible, sino natural, / por parecer eso lo cierto; y tanto es así, que muchos todavía se imaginan que tal cosa existe.

La Biblia nos cuenta que los hombres determinaron edificar una ciudad y una torre que llegase al cielo. Esto ya es más dudoso, porque los hombres, antes de empezar semejante trabajo, habrán tenido buen cuidado de subir a las montañas, con lo cual habrían notado que desde su cumbre ni el Cielo parecían estar más cerca, ni el Sol., ni la Luna, ni las estrellas parecían mayores, lo cual les haría suponer que la altura de la torre tenía que ser inmensa. Además, habrían empezado a fabricarla en la cima de algún mon-

te, siendo así que, según la Biblia, fue en una llanura.

GÉNESIS CAPITULO XI

5. "Y descendió Dios para ver la ciudad y la torre que edificaban los hijos de los hombres'.

6. "Y dijo Dios: he aquí el pueblo es uno, y todos éstos tienen un lenguaje, y han comenzado a obrar, y nada les retraerá ahora de lo que han pensado hacer.

7. "Ahora, pues, descendamos y confundamos allí sus lenguas para que ninguno entienda el habla de su compañero".

Es decir, que el Padre Eterno tomó la cosa por lo serio, como si realmente existiese la bóveda celeste, y se alarmó temiendo que los hombres iban a invadir el cielo.

Que en aquellos tiempos en que los conocimientos astronómicos eran casi nulos se escribiesen éstos y otros mil disparates de que están llenas las Escrituras, nada tiene de extraño que los doctores de la Iglesia nos digan que la Biblia está compuesta por inspiración divina y que, por consiguiente, lo que parecen disparates no son disparates, debido a la ignorancia o mala fe de los que los escribieron, sino a que la razón humana no puede comprenderlos, haciendo así comulgar a los creyentes con ruedas de molino. Es muy natural, porque el día que los fieles abran sus ojos, tendrán los sabios doctores que cambiar el oficio de echar bendiciones por algún otro de más trabajo y más utilidad.

Que el pueblo ignorante y muchos que no se consideran incluidos en esta clase, crean aquello sólo porque un reverendo y anciano obispo lo afirme con mucha gravedad, tampoco es raro; porque así como hay quien imagina que el que viste uniforme militar adquiere con él valor, del mismo modo la mayoría de las gentes está persuadida de que los hombres, al vestir el uniforme de la Iglesia, no sólo quedan libres de todos los vicios humanos, sino que adquieren una inteligencia sobrenatural para comprender lo que los demás no comprenden.

Que en la religión, como en el resto de los asuntos de la vida humana, unos engañen a otros por propia conveniencia, se comprende; pero que personas que saben que los altos dignatarios de la Iglesia, empezando por los Papas mismos, son los primeros en comprender las encíclicas y pastorales, ni más ni menos que los jefes de los partidos políticos son los primeros en reírse de las frases altisonantes de sus ridiculeces que para mantener en pie sus engaños, tienen que decir en programas y discursos y de sus promesas de reformas que 'saben ser imposibles; que hombres ilustrados y de clara inteligencia, hombres" al parecer independientes, a quienes ninguna de las patrañas de la religión se oculta, continúen prestando el apoyo de su nombre a un engaño manifiesto, ayudando a conservar su patria en la ignorancia, el atraso y hasta la barbarie en que se halla, es lo que no podemos menos de calificar, no ya de hipocresía ni de mala fe, sino de falta completa de una de las cualidades más salientes de todo verdadero español: el patriotismo.

DIOS Y EL ALMA

PRIMERA PARTE

Qué Dios niegan los ateos. — Las flores de trapo. — La eternidad. — Él Universo no ha sido creado. — La materia es eterna como Dios. — Dios es el alma universal. — Los hombres no pueden ofender ni honrar a Dios. — La única manera de adorar a Dios es haciendo buenas obras. — Los mandamientos romanos no son buenas obras.

Vosotros habréis oído hablar a vuestros curas de unos hombres que no creen en Dios. Esta es otra mentira de ellos. Nosotros somos de esos, y no sólo creemos, sino que sabemos perfectamente que "Dios es". Negar a Dios sería decir que a las doce del día se ven las estrellas, y nadie dice tal desatino. Lo que -nosotros negamos es que Dios sea un 'hombre con barbas blancas, un triángulo en la cabeza y sentado en las nubes como nos pinta la Iglesia a su Padre Eterno. Un Dios que se ocupa exclusivamente de este planeta en que habitamos, sin hacer caso de los infinitos millones de otros planetas que pueblan el espacio. Un Dios a quien le es imposible hacerse conocer más que de una parte de los habitantes de este grano de arena en que vivimos, pues, como hemos visto, las seis séptimas partes de las personas que habitan este mundo no creen que el Dios de la Iglesia romana sea el verdadero, y las dos terceras partes ni aún siquiera han oído hablar de él en toda la vida.

Ese Dios que estuvo seis días para construir este globo insignificante; ese »ios que nos dicen ser Todopoderoso y le es imposible conseguir que los hombres cumplan sus órdenes; ese Dios hombre que hoy quiere estas ceremonias y mañana le gustan otras más; ese Dios al que se adora poniéndose de rodillas, como si fuera algún rey terrenal; ese Dios humano, ese Dios material; ese es el que nosotros negamos, porque ese no es EL DIOS DEL UNIVERSO. Nosotros no sabemos qué cosa es Dios, pero sabemos que no es nada de lo que las Escrituras de todas las religiones dicen que es. Trataremos de demostraros esto con el siguiente ejemplo:

Imaginaos que entráis en un gran salón, en el cual reina un perfume muy suave y agradable. Miráis por todas partes para saber de donde proviene, cuando se os acerca un individuo vestido de sacerdote católico, con un ramillete de flores en la mano, diciéndoos que el perfume viene de sus flores. Las tomáis, las oléis, y no notáis que las flores tengan perfume alguno; las examináis y descubris entonces que las flores son de trapo, y para convenceros de que el perfume no viene del ramillete, lo tiráis por una ventana, sin que por eso se observe cambio alguno en el buen olor de que la atmósfera del salón está impregnada.

Este ejemplo os mostrará claramente la verdad, porque nosotros no decimos más que la pura y neta verdad, sea agradable o desagradable;

y así os aseguramos que los hombres jamás han sabido ni saben de dónde viene el perfume: le olemos, luego "Dios es"; pero ¿de dónde viene?; o lo que es lo mismo "¿Qué cosa es Dios?" La inteligencia humana no lo puede comprender; pero como ya en otra parte os lo hemos dicho con la misma franqueza, que os confesamos la imposibilidad completa en que los hombres se hallan de comprender a Dios, con la misma os

afirmamos que el perfume no viene de las flores de trapo y, por consiguiente, ni el Dios de la Iglesia romana ni el de cualquier otra existen, siendo todos ellos seres imaginarios inventados por los hombres. El único olor que viene de esas religiones es la peste de sus fraudes y engaños.

Los doctores de la Iglesia aseguran que "Dios creó el Universo de la nada", y, por consiguiente, "Dios ha existido antes de la materia que forma el Universo". Esta es la base principal en que se fundan los muy sabios teólogos cristianos 'para decir que Dios es un "Ser", una cosa "personal", con deseos, con voluntad; un "Ser" bueno, justo, etc. un "Ser" tan independiente del Universo como nosotros podríamos serlo de una casa que hubiésemos construido. Esto a vosotros os parece muy natural; vosotros suponéis que Dios, aburrido de no tener en qué ocuparse, creó de la nada los soles y mundos para entretenerse en hacerles dar vueltas unos alrededor de otros.

Vamos a probaros que lo que vuestros curas os afirman es un desatino. Os advertimos que si por el momento no comprendéis lo que os vamos a explicar, dejadlo; leedlo de cuando en cuando, reflexionad un poco y veréis claro.

Es evidente que Dios no ha tenido principio porque si lo hubiera tenido habría sido necesario un Dios anterior para crearle, y aquél habría necesitado otro, y así hasta el infinito. Dios tiene, pues, que haber existido desde la eternidad, o sea el Infinito del tiempo. Hoy no puede ser más viejo que hace mil años, porque si lo fuese, sería también más viejo de aquí a otro millar de años y, por consiguiente, no habría existido eternamente: porque sí a la eternidad podemos hacerla más larga añadiéndole años, dejará de ser eternidad. Para Dios, por lo tanto, no hay ayer ni mañana, y esto se explica diciendo que para Dios no existe el tiempo. No existiendo el tiempo para Dios, es lo mismo, no "empezaría a desear" como sucede a los hombres, sino que lo que desease hoy lo habría deseado eternamente; esto se explica diciendo que "Dios es inmutable", es decir, que no puede cambiar. Siendo Dios inmutable, todo cuanto a Dios se refiera tiene que ser infinito, o sea sin principio. El decir, pues, que Dios determinó crear el Universo de la nada, hace tanto o cuanto tiempo, es un desatino igual a decir que "cuando la eternidad haya concluido" Dios deseará hacer tal o cual cosa.

Teólogos cristianos a quienes hemos visto calificados de "sabios profundos", dicen que Dios determinó "desde la eternidad" crear la materia universal "en cierta época", de lo que resulta que para Dios existe el tiempo y, por consiguiente, no es infinito. El sabio de los sabios, San Agustín, respondía a los que le preguntaban en qué se ocupó Dios de los cristianos toda la eternidad antes de crear el mundo, diciendo que "en preparar el Infierno para echar en él a los que hiciesen tales preguntas". La contestación no puede ser más concluyente.

A pesar de San Agustín y de todos los sabios más o menos profundos, os repetimos que la materia que compone el Universo, sea en la presente forma, sea en cualquiera otra, es tan eterna como Dios mismo; los átomos que componen nuestros cuerpos han existido siempre.

Siendo Dios y la materia igualmente eternos, la única concepción que la naturaleza humana puede tener de Dios, es como la del "Alma o la vida del Universo". Dios no tiene cuerpo, porque siendo el alma la vida universal misma, si ese tuviese cuerpo necesitaría a su vez un alma o una vida que la animase, viniendo al fin a parar en algo sin *í* cuerpo, que sería Dios. Acaso no es posible hacerlos cargo de que una cosa pueda "ser" y no tenga cuerpo: trataremos de demostrároslo.

Al mover un brazo hacéis un movimiento, una cosa que no es el brazo, una cosa que "es", y sin embargo, no tiene cuerpo; porque el movimiento en sí no tiene cuerpo. Al leer esto, vuestra inteligencia os hace comprender la idea que acabamos de expresar, y esa comprensión de vuestro cerebro no es vuestro cerebro mismo, así como el brazo no

era el movimiento; ahí tenéis otra cosa que "es" y que tampoco tiene cuerpo; del mismo modo comprendéis que la memoria, la voluntad, etc., no pueden tener cuerpo, y, sin embargo, "son". ASI ES DIOS. De la misma manera que es imposible a nuestra inteligencia comprender que el movimiento pueda existir sin el brazo, la idea sin el cerebro, etc., del mismo modo es imposible comprender el que Dios pueda existir separado del Universo, o mejor dicho, la materia que lo compone, porque la forma que hoy reviste de soles, mundos, cometas, etc., no es más que uno de los infinitos cambios que ha tenido y que eternamente se sucederán.

Ahora que os habéis hecho cargo un poco, no de lo que Dios es en sí, porque eso no es posible para nosotros, sino de la "idea de Dios", empezaría a comprender cuan ridículo es decir que este "Dios" es un "ser" con deseos y sentimientos humanos, quien, para convencer a los habitantes de esta pobre tierra perdida entre los millones de otras tierras, toma cuerpo, está nueve meses dentro del vientre de una mujer, nace, mama el tiempo ordinario, crece, juega con otros muchachos; recibe de ellos y devuelve probablemente algunos pescozones; llega, a hombre; pasa varios años discutiendo con los judíos sin poder lograr que crean en él; es crucificado, muerto y sepultado; resucita y sin ocuparse más de predicar ni volver a dejarse ver de los judíos, desaparece en el aire con cuerpo y todo. Y todo esto ¿para qué? Para que "la séptima parte" de los seres racionales que habitan este insignificante globo sean -hoy católicos, apostólicos, romanos. Semejante Dios será un Dios muy complaciente, pero tiene pocas trazas de ser el Todopoderoso Dios que rige los infinitos cientos de miles de millones de mundos y soles que pueblan el espacio sin fin.

La pretensión de los hombres, de agasajar a Dios con templos y ceremonias, equivaldría a la pretensión del que quiera pintar la nieve de blanco, con lo cual no haría más que mancharla; porque Dios es una "cosa inmaculada" a la que las ceremonias de los cultos mancharían, si eso fuera posible.

Dios, en fin, no puede tener ningún género de parecido, ninguna analogía con nuestro modo de ser ni nuestro modo "de obrar. En una palabra, todo cuanto los hombres puedan ser, todo cuanto los hombres puedan hacer, sentir ni pensar, el "Alma Universal", o sea Dios.

II

Con ir a las iglesias a arrodillaros y levantaros, haceros cruces y daros golpes de pecho a son de campanilla, como soldados que hacen el ejercicio; con rezar oraciones y decirle a otro hombre lo que habéis hecho durante el mes o durante el año; con comer obleas o comer pescado; con hacer, en fin, todas esas fórmulas de vuestra religión, lejos de adorar a Dios, perdéis un tiempo que podríais emplear en hacer bien a vuestros semejantes, porque la única manera ¿entendéis bien? la única manera de adorar a Dios es "haciendo buenas obras". Todos sin excepción, podemos adorar a Dios, no una vez cada siete días, ni rezando un rato por la mañana y otro por la noche, sino continuamente, en todas partes y en todos los actos de nuestra vida; porque buena obra es en toda persona contribuir, en lo que buenamente pueda, a mantener al pobre imposibilitado para trabajar, así como es buena obra negarse a sostener al vago de profesión, llámese peregrino, llámese como se quiera, porque aquel dinero puede servir para socorrer al verdadero necesitado.

Buena obra es no vender por diez reales lo que acabéis de comprar por nueve, valiéndoos de la ignorancia del nuevo comprador, por que acaso aquel real le hace más falta a él que a vosotros; y del mismo modo es buena obra dar el peso y medida verda-

deros.

Buena obra es en el jornalero trabajar las horas que le correspondan y no holgar una parte de ellas, porque eso equivale a que el tendero os vendiese tres cuarterones por una libra, o que el dueño no pagase al jornalero más que seis horas, en lugar de las ocho en que se ajustó.

Buena obra es tratar bien a todos los que están bajo vuestras órdenes haciéndoles ver "la razón" que les reprendéis; del mismo modo que es buena obra el que el empleado reciba de buen modo la reprensión que se le hace; y si el jefe estuviese equivocado, será buena obra en el subalterno hacérselo ver "con buenas razones", sin dejarse atropellar, porque "ningún hombre vale más que otro si no tiene más razón que otro".

Buena obra es respetar las opiniones de vuestro prójimo, así como también lo es, si creéis que está equivocado y que "nada gana" con estarlo, tratar de desengañarle con "razones". Sí no es posible no os incomodéis, compadecedle; pues por más que él no se crea digno de compasión, lo es tanto como el ciego de nacimiento, quien tampoco puede comprender sea digno de lástima, pero de lo que nosotros estamos convencidos, porque, faltándole un sentido, su conocimiento de Dios tiene que ser aun más imperfecto que el que nosotros tenemos.

Buena obra es en los padres no exigir a la juventud bulliciosa el aplomo de la edad madura, porque de esta manera matan el cariño de sus hijos transformándolo en temor y llegando a ser su pesadilla, por querer que su cerebro de veinte años piense como uno de cincuenta por exceso de cariño, por pretender "hacerlos felices contra su voluntad".

Buena obra es, y muy grande, el ser limpios, porque, como dice la máxima, "ama a Dios y a la limpieza"; más adoramos a Dios conservando limpio nuestro cuerpo con todas las operaciones del mundo. Del mismo modo es buena obra ser cortés, porque la falta de educación embrutece al hombre, y todo embrutecimiento le aleja de Dios.

Buena obra es no mentir contra vuestro prójimo, causándole así un perjuicio; pero si con decir la verdad no hacéis bien a nadie, sino que, por el contrario, ocasionáis un mal, callad; y si es necesario mentir para hacer algún bien, y estáis plenamente convencidos de que ningún mal puede sobrevenir de vuestra mentira, entonces, "es buena obra mentir", y de eso ya hemos dado un ejemplo anteriormente.

Buena obra, en fin, es todo, absolutamente todo aquello con lo que no hagamos daño alguno a nada ni a nadie, porque desde el momento que no hacemos mal, hacemos bien.

III

Alegaréis que, si toda obra que no hace un daño es buena y sirve para adorar a Dios, vosotros ningún daño hacéis con ejecutar las ceremonias de vuestro culto. Veamos hasta qué punto es cierto.

Nosotros hemos hecho y hacemos muchas buenas obras visitando las iglesias, porque vamos a ellas para observar y descubrir los engaños de los cultos, sea el romano, sea cualquier otro. Nosotros nos hemos confesado, y no tenemos inconveniente en repetirlo todas las veces que nos parezca oportuno, con objeto de estudiar y tomar notas de las mil artimañas de que se valen los sacerdotes romanos para descubrir qué especie de individuo es el penitente. Sospechamos, sin embargo, que más hemos sacado nosotros de ellos que ellos de nosotros. Con todo esto hacemos una buena obra, no sólo porque hemos aprendido siempre algo, cumpliendo así con la ley de la perfección, sino porque de esta manera podemos enterarnos, por medio de este libro, de lo que nosotros sabemos, sin necesidad de que os toméis ese trabajo.

Vosotros no vais a la Iglesia a estudiar ritos ni a descubrir engaños sino a cumplir

con lo que vuestro cura os dice ser el mejor modo de llegar al Cielo. Damos por asentado que sois independientes para perder vuestro tiempo oyendo misa, confesando, etc., etc., y puesto que en ello sentís placer y a nadie perjudicáis, hacéis indudablemente una buena obra a vosotros mismos, así como haríais una buena obra comiendo bien y bebiendo vinos, sí en ello teníais gusto, y mejor todavía si convidáis a vuestros amigos. Como esta comparación acaso os extrañe, os vamos a explicar una cosa de que probablemente no os habéis hecho cargo, y es que cuando creéis mortificaros" os estáis "dando gusto". Por ejemplo: al ayunar creéis hacer una penitencia o sea una acción meritoria, porque, según vosotros, hacéis algo "contra vuestra voluntad". Eso es un error. Si mañana el ayuno, en lugar de consistir en comer menos, consiste en comer doble, sentiríais el mismo gusto en tener indigestiones que ahora sentías en estar desfallecidos; luego, claro está que la mortificación no consiste en hacer esto ni aquello, ni en comer poco o mucho; porque no os mortificáis más matándoos de hambre que os mortificáis reventando de alimentos. En uno y otro caso vuestra acción nada tiene de meritoria, porque en uno y otro caso la hacéis creyendo "pagar algo mejor y por puro interés personal".

Una vez que os hemos explicado cómo es que no hacéis nada digno de premio con vuestros dichosos Mandamientos y Sacramentos, continuamos suponiendo que a nadie perjudicáis con ejecutar vuestras ceremonias, y que vuestro confesor no os tira de la lengua y os hace decir algo que pueda servir para perjudicar a un tercero y, por lo tanto, continuáis haciendo la buena obra de daros el gusto de imaginaros que sois un santo por más que nadie note el que vuestra conducta sea mejor que la de los demás, ni mucho menos.

Todo esto está muy bien; pero supongamos que os casáis; supongamos también que os es indiferente et que un señor cura, que es un hombre como cualquier otro, se divierte preguntándole a vuestra mujer lo que si otro se atreviese ni aún a indicarle, ella se daría por insultada y vosotros le abriríais la cabeza de un trancazo, como más de una vez ha sucedido. Supongamos igualmente, que tenéis un hijo y que apenas empieza a saber hablar, le hacéis poner de rodillas y juntar las manos, obligándole a aprender operaciones de cuyo significado no puede tener la menor idea aunque el pobre niño proteste con sus lágrimas o mejor dicho, ni el niño, sino la Naturaleza (Dios) contra aquel acto bárbaro con que asesináis la razón naciente de aquel ser en cuya inteligencia la primera impresión que estampáis es la de la injusticia humana.

Ya la buena obra no es buena; ya hacéis daño a un tercero, a vuestro hijo, en cuya tierna imaginación imprimís, no tanto los principios inmutables de la Moral, como vuestros ritos supersticiosos, porque, por la misma razón que ninguna persona medianamente educada permite ya, ni aún en nuestra España, el que a sus hijos se les haga creer en brujas y en endemoniados (como no hace muchos años todavía sucedía), porque aquellas creencias difícilmente se desarraigan, del mismo modo vosotros causáis un daño a un tercero haciéndole creer que aquella pantomima misteriosa de la misa es sobrenatural; aquellos sacerdotes, seres divinos que tienen poder absoluto sobre él; aquellas imágenes, cosa sagrada y milagrosa, grabada en su alma virgen de horrores imaginarios del Infierno, y acostumbRANDOLE a formarse de Dios la idea de un ser cruel y rencoroso, idea de que en vano la razón tratará más tarde de liberarle.

Crece nuestros hijos; una de vuestras hijas se casa con -un hombre que afirma que Dios le concedió la razón para usar de ella, y que cree que el sentido común y el cariño convencerán a la mujer de su error, pero que se equivoca, y descubre, cuando ya es tarde, que si en la mayoría de los hombres la razón en estas cuestiones tiene poca fuerza, en la mujer, cuyo raciocinio es más limitado que el del hombre, la razón es nula. De aquí dos seres desgraciados.

SEGUNDA PARTE

El alma según las Escrituras cristianas y el alma según las Escrituras paganas. — La resurrección de la carne. — La, bondad, la justicia y la misericordia del Dios de la Iglesia romana— Fraudes del Catecismo. — Prueba de que las potencias del alma son sensaciones corporales. — Igualdad del alma y la vida. — El "Dios personal" de la Iglesia. — Transformaciones del hombre. — Jesucristo y los ricos. — Imaginaría desigualdad en la felicidad humana. — Por qué hemos escrito este libro. — Sí quieres ser feliz, no hagas daño a nadie.

Los escritores de la Biblia, tanto Moisés como los profetas, como los evangelistas, ignoraban por completo la existencia del alma como una cosa o un ser "personal". Para ellos, así como para el mismo Jesucristo, el alma no era más que "la vida", y como la vida no puede conservar la conciencia de sí misma después de la muerte del individuo, de aquí el que fuese de todo punto indispensable la resurrección del cuerpo para entrar en la vida eterna. En cambio, para los paganos el alma no sólo era un "ser" que continuaba la existencia de las personas después de separarse del cuerpo, sino que era visible y tenía la misma forma que en vida tuvo el individuo a quien estuvo unida.

Según las Sagradas Escrituras paganas, no cabía duda de ello, porque algunas veces los dioses habían permitido a hombres bajar a los infiernos, y éstos al volver habían traído noticias de cuanto allí pasaba; además, según los más famosos historiadores antiguos, que todos fueron paganos, las almas de los muertos se aparecían a los vivos. Cuando cuatrocientos años después de Jesucristo se unieron las religiones pagana y cristiana, formaron la católica, se aceptaron ambas creencias del alma, la cristiana y la pagana, y de aquí proviene el galimatías que los cristianos de ahora encuentran acerca de su alma, pues mientras por un lado se les dice que en cuanto mueren el alma va al Cielo, al Infierno o (lo que es mucho más interesante para los señores curas) al Purgatorio, por otro lado se les informa que los cuerpos de los muertos resucitarán para ser juzgados.

La idea que los cristianos modernos tienen del alma es la misma que la que tenían los paganos; de suerte que se hallan en contradicción con sus propias Sagradas Escrituras y con Jesucristo. Por otra parte, la resurrección presenta sus dificultades y, si no, veamos. Lo que hoy es un campo, era un cementerio hace quinientos años, o se dio en él alguna batalla en la que perecieron miles de hombres; ¿y qué punto hay en la tierra en que los hombres no hayan combatido? El número de personas que han existido es de incalculables millones de millones; desde luego, puede informarse que no hay dos varas cuadradas en el mundo, en que la tierra no haya absorbido un cuerpo humano.

Os hemos demostrado de mil maneras que las Escrituras han sido compuestas por hombres, quienes escribieron lo que les pareció conveniente, lo mismo acerca de la resurrección que de la creación del mundo, del hombre, etc., etc.; porque lo único cierto es que nadie, "absolutamente nadie, sabe o ha sabido jamás si hay vida futura, buena ni mala". Con la misma Claridad os diremos que "la vida futura de vuestra religión es mentira", y os lo probaremos con los mismos argumentos de que los curas se valen.

Según los doctores de la Iglesia, Dios es un ser todopoderoso que conoce el porvenir, un ser que ama a los hombres más que ningún padre ama a sus hijos: hasta el punto de haber venido en persona a sacrificarse por ellos.

Imaginaos que acabáis de casaros, y supongamos que existe ese ser o ese "Dios personal", quien se os presenta y os dice: "En tu mano está el que los hijos que tengáis sean

felices con sólo tú desearlo". ¿Creéis que contestaríais: "Yo no deseo nada; que sean como quieran? Pues eso es lo que contesta vuestro Dios. Al oír vuestra respuesta, vuestro Dios replica: "Pero es que si no deseas que tus hijos sean felices resultará uno ciego, otro jorobado, éste un ladrón que pasará su vida en los presidios, aquél un asesino que morirá a manos del verdugo, y tus hijas serán unas perdidas"; y a pesar de este porvenir terrible que aguarda a vuestros hijos, volvéis a contestar: "No me importa; que sean como quieran". Eso no sólo sería falta de corazón, sino que constituiría una maldad tan enorme y tan execrable, que ningún ser humano, ninguno sin excepción, sería capaz de ella. Pues bien; lo que el criminal más empedernido no haría, porque todos los hombres buenos y malos quieren a sus pequeños, lo hace vuestro Dios, quien, según la Iglesia, conoce el porvenir, y sabe, por ejemplo, que de mil niños nacidos hoy, quinientos harán tales o cuales cosas durante su vida, por las que serán arrojados al infierno.

Vuestro Dios es un ser "infinitamente justo", al decir de los curas. Acabamos de ver que no hay tal cosa, como lo hemos demostrado con este ejemplo.

Por último, el decir que la vida humana es una "prueba que hace vuestro Dios con las almas por él mismo creadas, a fin de que las buenas ganen el Cielo y las malas se pierdan en el Infierno, es otro fraude, porque, aparte del ejemplar que acabamos de citaros de los pillos que mueren y van al Cielo sin pasar por tal prueba, hay que convenir, una de dos: o que Dios conoce o no conoce el porvenir. Si lo conoce, debe saber, tan pronto como crea un alma, si aquella será justa o criminal, y en uno y en otro caso es inútil la prueba.

En otra parte os dijimos que, para demostrar las imposturas e invenciones de los doctores de la Iglesia, no hacían falta estudios sino que bastaba usar del sentido común: o nosotros carecemos de él, o acabamos de convencernos.

II

Los catecismos que tanto en España como en otros países católicos se usan, y a cuyos preceptos y aserciones se concreta el conocimiento que de su religión tienen la casi totalidad de los católicos, no es un compendio de la doctrina cristiana, "según las Sagradas Escrituras", sino que, en su mayor parte, no contiene otras cosas que decisiones de los doctores de la Iglesia romana, decisiones a menudo contrarias a las Escrituras mismas.

Según el catecismo, los "cuerpos gloriosos" están dotados de "impasibilidad, claridad, agilidad y sutileza". Las almas que van a la gloria pertenecen indudablemente a esta categoría, de lo que resulta que las almas tienen cuerpo; de lo contrario, no podrían ser "claras, ágiles y sutiles", pues éstas son cualidades físicas, o sea corporales.

Según los mismos sabios doctores, el alma tiene "memoria, inteligencia y voluntad". Ignoramos de dónde han sacado los teólogos cristianos semejantes cosas: lo que es de las Sagradas Escrituras no ha sido, porque en ellas no hay una sola palabra de las potencias del alma. En efecto; Si el alma tiene memoria, debe tener conciencia de sí misma, desde el momento que es creada, y a pesar de eso vemos que no hay alma que recuerde el día de su creación, por más que, para cada cual, fue un acontecimiento importante, del que parece natural se conservase algún recuerdo. Que no tiene inteligencia, lo vemos igualmente en el niño, pues recién nacido no tiene ni puede tenerlas, careciendo de memoria.

Dios es el alma, o la vida universal, la que todo lo anima o si lo preferís, las Leyes de la Naturaleza, que rigen los movimientos de los astros y los perpetuos y eternos cambios de "la materia sin fin. Nuestro Mundo es un átomo o una partícula de esa materia; noso-

tros, los seres llamados racionales de ese grano de polvo, así como todo el Universo, estamos animados por la vida universal, o sea Dios; ese destello divino es el que llamamos el "alma". El alma, pues, es de la misma esencia, o, para explicarlo mejor, una parte de Dios mismo. Su existencia, separada del cuerpo, es tan incomprendible como la existencia de Dios separado del Universo, porque el alma ni ve, ni oye, gusta, toca o huele, o lo que es lo mismo, no tiene ninguno de los cinco sentidos llamados "corporales", pero que no son ni más ni menos corporales que la memoria, la inteligencia y la voluntad, pues ya hemos probado que el alma de por sí no tiene ninguna de esas cualidades.

Así como el ojo es el órgano de la vista, y el paladar del gusto, del mismo modo los órganos de la memoria, de la influencia y de la voluntad se hallan en los sesos, o sea el cerebro. El cerebro recibe las sensaciones por medio de los sentidos, y las analiza produciendo lo que llamamos "raciocinio", porque ya comprenderéis que los ojos, los oídos, etc., no raciocinan. Del mismo modo, como le es imposible al alma ver sin ojos, oír sin oídos, le es imposible tener memoria, inteligencia y voluntad sin tener cerebro.

En el sueño tenéis algo parecido a la muerte, porque al dormir, perdéis el conocimiento de que existís. Nos diréis que soñáis y que esto demuestra la personalidad del alma. Os contestaremos a, esto que a pesar de soñar disparates, os parecen aquellos muy racionales "durante el sueño". Del mismo modo duermen los otros sentidos: un ruido que oiríais despiertos no le oís estando dormidos, necesitando que éste sea bastante fuerte para que el nervio conductor del sonido llame a vuestro cerebro y le despierte; pero suponed que recibís un golpe tal que quedáis completamente sin sentido; entonces ni soñáis ni oís ruido, por fuerte que sea, y cuando volvéis en vuestro acuerdo no conserváis la más mínima idea de lo que pasó durante el tiempo que estuvisteis sin conocimiento. Vivisteis, sin embargo, pero vivisteis como la planta, porque el sistema nervioso, que es el conductor de las sensaciones, se paralizó con el golpe, y vuestros sentidos y vuestro cerebro quedaron paralizados. Ahí tenéis la imagen de la muerte.

Los animales tienen alma, siendo más o menos inteligentes, según sus órganos más o menos perfectos: esto lo veis claro, porque más inteligente es un perro que un gusano.

También tienen alma los árboles y las plantas, siendo su existencia como la de un animal privado de sentidos.

Si vuestro Dios crea las almas a su imagen y semejanza y vuestro Dios es perfecto, las almas tienen que ser perfectas. Se os asegura que la memoria, la inteligencia y la voluntad, son cualidades del alma, luego el alma y no el cuerpo es la responsable de los pecados; hay que convenir, por lo tanto, o que las almas no son creadas a imagen y semejanza de Dios, o que vuestro Dios es pecador, y la verdad es que lo parece, puesto que se entretiene en crear almas para los cuerpos de los chinos, indios, árabes, ingleses, alemanes, etc., que no son católicos, y por lo tanto crea almas para mandarlas al Infierno, lo cual es una mala acción. Del mismo modo os es más creíble que Dios hiciese un hombre y una mujer de los que todos descendemos que el hombre haya pasado por formas muy diferentes que la que hoy tiene.

Por lo demás, nosotros no decimos que de un mono y una mona, como los que ahora existen, sale un hombre como los presentes, sino que el germen del hombre ha ido pasando durante millones de siglos por innumerables millares de formas que han tenido más o menos analogía con las de los animales que conocemos, transformándonos gradual e insensiblemente en lo que hoy somos. Del mismo modo estamos persuadidos de que continuaremos perfeccionándonos; porque, ¿qué otra cosa es la civilización, sino el efecto de esta ley de la perfección?

Ni hay que tomar como cosa ideal lo de que el hombre ha sido planta y animal irracional, cuando todos pasamos por ambos estados. El germen humano es un huevecillo mucho más pequeño que un grano de trigo; aquí tenemos al hombre en estado de semi-

lla; esta semilla fecundada por el varón, se desarrolla en el seno de la mujer lo mismo que la simiente fecundada por la lluvia germina en el seno de la tierra y pasa al estado de planta; porque si bien el feto vivo, no tiene sentidos, ni por consiguiente, puede tener ideas. Más adelante se mueve pasando por el período intermedio entre la planta y el animal, y por último, nace dando principio a una vida independiente de la madre, y durante la cual vemos pasar por todos los grados de la inteligencia, desde un animal completamente estúpido como es el recién nacido, hasta el hombre en toda la plenitud de sus facultades.

III

En las Sagradas Escrituras vemos decir a Jesucristo: "Más fácil cosa es pasar un camello por el ojo de una aguja que un rico entrar en el reino de Dios" (San Mateo, Cap. XVIII, vers. 24; San Marcos, Cap. X, vers. 25; San Lucas, Cap. XVIII, vers. 25). O los Evangelios, compuestos por el Espíritu Santo, dicen mentiras, o Jesucristo mismo declaró que ningún rico puede salvarse, y por consiguiente, los reyes que lo son, van al Infierno, lo cual no está muy de acuerdo con lo de reinar por la gracia de Dios. Los cardenales, y hasta los mismos Papas, quienes al morir suelen dejar buenas fortunas, también están condenados y, por lo tanto, más que representantes de Dios lo serán del diablo; pero indudablemente el Espíritu Santo se equivocó, porque los doctores de la Iglesia, que por lo visto saben más que él, decidieron que Luis IX, rey de Francia, que no tenía nada de pobre era santo.

¿Por qué condenó Jesús a todos los ricos? Porque Jesucristo fue siempre pobre, y por consiguiente, participó de la creencia general en los pobres, de que la felicidad no consiste en ser rico. De aquí el que creyese que había otro mundo en que esta diferencia quedaría compensada.

Moisés, que fue el jefe absoluto de la nación hebrea, comprendió prácticamente que la felicidad no está en las riquezas, ni en el poder, sino en la conciencia tranquila del que obra bien; y como todos podemos obrar bien, ricos y pobres, por eso no instituyó premios ni castigos después de la muerte, resultando de aquí que el Espíritu Santo inspiró a Jesús o a los evangelistas lo contrario de lo que había inspirado a Moisés.

La creencia general de que los hombres son más o menos felices, según su posición social, es una ilusión, por mas que a vosotros así no os lo parezca. El pobre cifra su felicidad en ser rico; el rico en aumentar sus riquezas o en conseguir honores; el ambicioso en obtener más poder; el literato, el artista, en más aplausos, etc., etc. Todos creemos que seríamos felices si tuviéramos "más" y como por mucho que tengamos siempre podemos tener más, de aquí el que nadie se considere feliz. Hoy para vosotros la felicidad es tener una pareja de muías; la conseguís, y a la semana ya queréis dos; las tenéis, y entonces deseáis tierras; adquirís tierras, llegáis a poseer grandes riquezas, os hacen marqueses, duques, y nada; siempre encontráis que queréis "algo más", y que no sois más felices que cuando nada teníais. Cuando en las ciudades veis pasar una familia en magnífico coche tirado por dos soberbios caballos, decís dando un suspiro:—¡Qué felices son! Os engañáis: posible es que sean más desgraciados que vosotros. Diréis que más vale tener un millón de renta y desear dos, que no tener renta ninguna y desear tenerla. Este es otro error. Tan desgraciados sois vosotros sin renta como el otro con ella, y tanto placer sentiríais en tener renta como el rentista en doblar la suya.

Naturalmente vuestros curas se guardan muy bien de deciros nada de esto; al contrario, os aseguran que los ricos son más felices que los pobres y que como Dios es justa, iguala las cosas en la otra vida. Esta mentira no es más difícil de descubrir que las otras.

Hemos visto que los ricos no sólo pueden ir al cielo, sino que muchos santos fueron hombres ricos y hasta reyes; luego, vuestro Dios siempre sería injusto, puesto que los ricos serían más felices en este mundo y en el otro, y los pobres sólo en el otro; y si nos dicen que un pobre puede ser feliz y un rico desgraciado, según sus acciones buenas o malas, tienen que convenir con nosotros en que el premio y el castigo se reciben en este mundo y no hay necesidad de otro.

Del mismo modo se dice que nuestra doctrina lleva al hombre al suicidio. Efectivamente, parece natural que el que se considera desgraciado, y está convencido que con la muerte no puede pasarlo peor, se mate; pero la experiencia nos enseña que los incrédulos no tienen más ganas de morir que los creyentes. Los suicidas no abundan más entre unos que entre otros. Más de una vez hemos visto el caso de personas que, para matarse, se han preparado oyendo misa y hasta confesado y comulgado. No hace mucho se suicidó un creyente católico de rodillas ante un crucifijo.

Mucho se habla de la humildad cristiana, pero nosotros siempre hemos visto juntas la devoción y la soberbia. Decir que una persona es humilde porque es devota, es como decir que los nobles que sirven a los reyes son humildes, porque se consideran honrados con hacer de porteros o ayudas de cámara. En otra parte hemos demostrado que la fe y la devoción son incompatibles con la caridad verdadera.

IV

Autores famosos han escrito y escriben obras voluminosas asegurando que la religión cristiana es superior a las demás, porque hace progresar los países en que impera, y que la prueba la tenemos en que Europa está más adelantada que Asia.

Ya hemos dicho que a nosotros no nos convencen los nombres por famosos que sean, sino las razones; y lejos de hacernos mella todos los sabios juntos, "nada más que por ser sabios", jamás olvidamos la máxima de que "los disparates mayores son los disparates de los hombres de talento".

Es muy cierto que los ministros de la Iglesia siempre han cumplido escrupulosamente el precepto de no arar y sembrar, pero han tenido especial cuidado de que otros lo hagan, para ellos recoger; ni son gentes que ponen la mejilla cuando reciben un bofetón, ni tenemos noticia de que repartan sus bienes a nadie. Luego si los mismos representantes del Cielo no son cristianos, ¿cómo van a serlo los demás? Luego lo único cierto y positivo es que la doctrina cristiana es un desatino y que ni han existido, ni existen, ni existirán cristianos. ¿No es el cristianismo el que nos ha hecho adelantar? Pues será el catolicismo. Continuemos el análisis.

Se nos dice que en los tiempos bárbaros que siguieron a la caída del Imperio romano, se conservó en conventos y monasterios lo que se sabía de las ciencias y las artes. Es verdad; pero esto lo único que prueba es que la gente de Iglesia monopolizó la Ciencia. Hacer de eso un mérito sería como hacer un mérito de que los conventos guardasen todo el dinero de Europa 'para su uso particular', para engañarlos y vivir a costa del trabajo de ellos. ¿Por qué no hay milagros ahora, cuando entonces cualquier fraile los hacía a puñados? Porque hoy sabemos tanto como ellos, y no pueden engañarnos. Pues mucha más falta hacen ahora los milagros que entonces, cuando nadie dudaba que fuese cierto cuanto los sacerdotes decían.

Si el catolicismo produce la civilización, la fe católica debe progresar a medida que la civilización progresa. Veamos si es cierto. ¿Cuál ha sido la palanca más poderosa de la civilización presente? La imprenta. ¿Se inventó por inspiración del Espíritu Santo? No tal. ¿Cuál fue el primer resultado del adelanto producido por la imprenta, por medio

de la cual la ciencia pudo salir de los conventos y hacerse más general? La Reforma protestante, que hizo separarse del catolicismo a la mitad de Europa. ¿Decretó algún Concilio que la Tierra era redonda y, que no era más que una de las infinitas tierras? No. ¿Cómo trató a los que aseguraron que aquello era cierto? Declarando loco a Cristóbal Colón, encerrando en un calabozo a Galileo y quemando vivo a Giordano Bruno. ¿Abolió la Iglesia la esclavitud? No, sino que la extendió a las Américas. ¿A qué se deben los inmensos progresos de Europa durante los últimos cuarenta años? A los vapores y ferrocarriles. ¿Los inventó la Santísima Trinidad? No. ¿Por qué está Europa más adelantada que Asia? Porque en Asia tienen hoy la misma fe en su religión que tenían hace mil años, mientras que en Europa cada día es menos la fe en la religión cristiana. ¿Cómo estaba Europa cuando nadie dudaba que la religión católica era la verdadera? Tan atrasada y tan bárbara como se hallan las naciones asiáticas. ¿Por qué esos pueblos conservan todavía íntegras sus creencias? Porque siendo sus religiones menos disparatadas que la cristiana, es más difícil que puedan convencerse de que no son ciertas.

Los escritores católicos establecerán las teorías que quieran; el hecho claro y positivo de que la civilización no puede marchar sino arrinconando la fe, es innegable. Ni puede ser de otro modo; porque hacer creer a los pueblos que a Dios se lo adora comiendo pescado, y que un hombre hace tomar cuerpo y venir a" sus manos al Infinito Dios para tragárselo, lejos de civilizar, lo que hace es embrutecer a la humanidad.

¿Es un progreso haber suprimido la Inquisición? ¿Es un progreso la tolerancia de cultos? Pues, ¿qué otra cosa quiere decir eso, sino que la fe baja según avanza la civilización? Con el progreso viene la buena administración, y a su lado la moralidad. Comparemos la estadística criminal de Inglaterra con la de España, y veremos si la civilización no hace disminuir la criminalidad.

Porque estamos íntimamente convencidos de que la religión católica no sirve más que para retardar el progreso, y por consiguiente, el bienestar, la moralidad y la felicidad, por eso hemos escrito este libro, probando de la manera más palpable que la Iglesia romana, así como cualquier otra, no son más que calamidades. Por eso, todos los que como nosotros ven claras estas cuestiones, deben sobreponerse a las preocupándonos tan arraigadas en nuestra patria, emitiendo públicamente sus ideas, dando así ejemplo a los tímidos. Esa es la única manera de que nuestra patria progrese y de que llegue el día en que nuestros gobiernos puedan decir a los párrocos, obispos, y arzobispos sin miedo, como hoy» a que armen una guerra civil: "Ilustrísimos y reverendísimos señores: la mayoría del pueblo español se ha convencido de que para adorar a Dios no necesita para nada de ustedes ni de su religión; por consiguiente, los doscientos millones de reales que les pagamos serán empleados en adelante en hacer caminos, hospitales, asilos, establecimientos penitenciarios, etc., etc.; todo esto sin perjuicio de que sean ustedes unas personas agradables y simpáticas: a quienes tendremos mucho gusto en continuar tratando, y sin perjuicio igualmente de que los que los crean a ustedes necesarios para su tranquilidad y su conciencia, los mantengan y les den de ganar buenos miles en misas, bautismos, entierros, casamientos, bulas, etc., etc."

Con objeto de que ese día llegue cuanto antes, os enseñamos la verdad acerca de las religiones, del mismo modo que en otros países se enseña. Allí no reina el error, general en España, de que la devoción y la fe ardiente influyen en la moralidad del individuo; allí nadie se informa de si Fulano tiene tal o cual religión, no tiene ninguna, sino que se pregunta: "¿Es honrado? ¿Es caritativo? ¿Cuáles son sus obras?"

Hemos concluido. Si nos preguntáis qué cosa es Dios, qué cosa es el alma, por qué existimos, contestaremos: "Ni nosotros ni ningún ser humano lo sabe, ni lo lia sabido jamás".

Los teólogos de todas las religiones pasadas y presentes han acumulado y continúan

acumulando volúmenes sobre volúmenes; cada uno demuestra que la religión contraria es falsa; pero sin poder probar que **la** suya sea más verdadera.

Ahora, si nos preguntáis qué debéis hacer para ser felices, entonces os aseguramos que lo lograréis adorando a Dios de la única manera que los hombres, tanto el rey como el mendigo, podemos adorarle, que es cumpliendo con los Mandamientos de la Moral Universal:

"No calumnies. — No cometas adulterio. — No hurtes. — No mates. — Honra a tus padres."

En resumen;

NO HAGAS MAL ALGUNO

FIN

SE TERMINÓ
DE IMPRIMIR EN LOS
TALLERES GRÁFICOS *LUMEN*
NOSEDA Y CÍA.
CALLE TTUCUMAN 2926
T. E. 62-6646/6647
BUENOS AIRES
REPÚBLICA ARGENTINA
EN EL MES DE
AGOSTO
DE MIL NOVECIENTOS
CINCUENTA Y OCHO